

 HARLEQUIN™

Pro



JANELLE DENISON

SEDUCIDA

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Ryan Matthews se enamoró de la bellísima Jessica Newman nada más verla. Y ella también parecía haberse fijado en él, pero algo la cohibía, de modo que Ryan decidió lanzarse al ataque. Iba a meter a Jessica en su cama y para ello pensaba tentarla incluso con sus fantasías prohibidas.

Jessica no estaba haciéndose la difícil. Estaba segura de que una relación con Ryan no funcionaría. Pero cuando él empezó con su plan para seducirla, no pudo dejar de preguntarse qué secreto sexual, qué placer erótico tendría aquel atractivo hombre guardado para ella. Desde luego, estaba disfrutando con aquel juego, ¿pero se atrevería a dejar que Ryan la capturase...?

Capítulo 1

—Jessica Newman está esperando, señor Matthews —la voz de su secretaria llegaba a través del intercomunicador mientras Ryan estaba trabajando en un caso de divorcio—. No tiene cita, pero quiere hablar con usted sobre un asunto personal. Si tiene un momento, claro.

Ryan siempre tendría un momento para Jessica Newman.

Y que fuera a visitarlo despertaba su curiosidad porque la última vez que se habían visto, ella había dejado claro que no podía haber nada entre ellos. Aunque a él le gustaba mucho, Jessica intentaba disimular la atracción que sentían el uno por el otro haciendo bromas sobre abogados que Ryan encontraba demasiado divertidas como para ser ofensivas.

—Dile que pase, Glenna.

No tenía ningún caso urgente, solo montones de papeles que revisar. Y Jessica Newman sería mucho más interesante.

Ryan dejó a un lado los papeles, preguntándose qué la habría hecho ir a visitarlo.

Había conocido a Jessica un año antes cuando él y sus amigos, Marc y Shane, habían ido a esquiar a Colorado. Pero, en lugar del fin de semana solo de chicos que habían imaginado, se encontraron compartiendo casa con Jessica, su hermana Brooke y su amiga Stacey. Una tormenta había dejado incomunicados a Brooke y Marc durante dos días y ese había sido el principio de una larga relación entre ellos. Y aunque Shane y Stacey también comenzaron un romance, Ryan había pinchado en hueso con Jessica. Y no porque no lo hubiera intentado.

Durante los últimos doce meses se habían visto varias veces, la última en la boda de Marc y Brooke tres semanas antes, donde él era el padrino y Jessica una de las damas de honor.

Y, de nuevo, ella se opuso a sus avances usando un arsenal de bromas sobre abogados para mantener a raya la atracción que sentían y, al final, rechazando su oferta de salir a cenar juntos.

Pero Ryan estaba preparado para una nueva negativa.

Él no era como la mayoría de los hombres y tenía suficiente paciencia para creer que había cosas por las que merecía la pena esperar. Y Jessica lo intrigaba con sus esfuerzos para resistirse a toda costa. Lo estimulaba con sus bromas y sus discusiones.

Y lo volvía loco no poder romper sus barreras y hacerla reconocer que había una enorme atracción entre ellos.

Se había convertido en un reto que disfrutaba y que lo frustraba al mismo tiempo. No le gustaba perder y Ryan era de los que solo admiten la derrota cuando es inevitable.

Una sonrisa iluminó su rostro entonces. Quizá era el momento de atacar directamente y convencerla de que podían tener una relación satisfactoria para los dos. Él no buscaba algo serio y duradero que interfiriese con los objetivos profesionales que llevaba seis años intentando conseguir. No quería decepcionar a sus padres, que habían ahorrado cada céntimo para enviar a su hijo a la universidad y estaban orgullosos de que se hubiera convertido en abogado. Su objetivo era convertirse en socio del bufete en el que trabajaba y para ello trabajaba diez horas diarias.

Ser soltero le iba estupendamente y lo dejaba libre para perseguir aquel objetivo sin la distracción de una relación sentimental. Pero no se oponía a mantener una relación física con una mujer que lo excitaba a todos los niveles; y esa mujer era Jessica Newman.

Pero antes tenía que obligarla a admitir que ella sentía lo mismo por él.

En cuanto Jessica abrió la puerta de su despacho, su mente se llenó de calenturientas ideas. Ryan se levantó automáticamente, un gesto caballeroso que su madre le había enseñado. Siendo el único chico en una familia con tres hermanas, pronto había aprendido que debía tratar a las mujeres con respeto. De niño le molestaban ese tipo de cosas, pero había comprendido que eso era algo que las mujeres apreciaban.

Aunque no contaba con sus habilidades sociales para impresionar a Jessica. No, tendría que ser algo más tangible, más sincero lo que la convenciera. Para cuando saliera de su oficina, esperaba que ella hubiera dejado a un lado su frialdad y decidiera abrirle los brazos.

Jessica entró en el despacho con el abrigo en la mano y los guantes metidos en uno de los bolsillos. Ryan se levantó, mirando sus enormes ojos azules, sonriendo al observar el jersey negro de lana y los pantalones del mismo color embutidos en unas elegantes botas de piel. Ella vestía de forma conservadora y nunca llevaba nada que llamase la atención sobre sus curvas.

No era sofisticada, pero era precisamente su sencillez lo que lo atraía. Tenía una piel perfecta y su pelo, de color miel, le llegaba por los hombros, con un flequillo que parecía acariciar su frente como le hubiera gustado hacerlo a él.

Aquel día no controlaría sus deseos. Aquel día iba a descubrir lo delicioso que era sentir su pelo entre los dedos... y mucho más.

—¿Te apetece tomar algo, Jessica? —sonrió Ryan.

—Me encantaría tomar un café, gracias. Estoy helada.

Ryan empezó a pensar entonces en formas más antiguas y divertidas de crear calor. Largos besos húmedos, por ejemplo. El roce de su mano sobre una piel desnuda, su cuerpo desnudo sobre el de ella. Las posibilidades eran interminables.

—Yo tomaré café solo —dijo Ryan.

—Muy bien —asintió Glenna antes de cerrar la puerta del despacho.

—Qué sorpresa verte por aquí —dijo él entonces, colgando su abrigo del perchero—. ¿Lo has pensado mejor y quieres rogarme que salgamos a cenar juntos?

Jessica sonrió y sus ojos brillaron con un humor que él conocía bien.

—No sé —empezó a decir ella, pensativa—. A ver... estoy atrapada en una habitación con un tigre, una serpiente de cascabel y un abogado. Tengo una pistola con dos balas. ¿Qué debo hacer?

Ryan levantó una ceja, indicando que esperaba la respuesta, aunque sabía que no sería favorecedora.

—No tengo ni idea. ¿Qué debes hacer?

—Disparar al abogado. Dos veces —sonrió Jessica.

Él sacudió la cabeza, sonriendo. Aunque no podía entender aquella actitud tan cínica con respecto a los abogados.

—¿Eso quiere decir que me olvide de la cena?

—Vaya, un abogado que entiende las cosas a la primera. Eso es nuevo —rio Jessica, examinando los diplomas que colgaban de la pared.

—Ten cuidado, Jessie. Tengo que confesar que esas bromas tuyas sobre abogados están empezando a excitarme.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Pues entonces tendré que dejar de hacerlas.

—A mí me parecen estupendas —rió él. Le gustó ver que los ojos de Jessica se iluminaban, aunque seguía manteniendo una actitud distante que lo irritaba—. Pero creo que tenemos que mejorar la imagen que tienes de los abogados... y de mí.

Jessica se volvió, suspirando.

—No es nada personal, Ryan. Me caes muy bien.

—Pero no te gusta que sea abogado.

—Algo así —respondió ella vagamente.

Ryan dio un paso hacia ella, pero Jessica se alejó, intentando disimular.

—Entonces deberíamos mejorar nuestra relación... a un nivel personal. Solo tú y yo.

Jessica se cruzó de brazos, en un gesto que a él le pareció de protección.

—No te rindes nunca, ¿verdad?

—¿Qué puedo decir? Soy abogado y me gusta probar que tengo razón. Especialmente, cuando estoy seguro de que la tengo.

—Pues este caso no lo vas a ganar.

—¿Tú crees?

Jessica negó con la cabeza. El pelo rubio oscuro rozó su cara, haciéndolo desear más que nunca hundir los dedos en él.

—Estoy segura.

Como si fuera algo muy normal, Ryan apoyó las dos manos sobre la pared, acorralándola. La diversión se había terminado y era reemplazada por una tensión que ambos podían notar. Su aroma, una excitante combinación de jazmín e inocencia, lo embriagaba.

—Dame una buena razón para que me rinda.

Jessica tragó saliva, nerviosa.

—No me gusta salir con abogados. Especialmente, abogados especializados en casos de divorcio. Va contra mis convicciones morales.

Ryan había oído aquello antes y no se molestó en preguntar por qué, ya que cada vez que intentaba hablar en serio sobre el tema, Jessica se salía por la tangente. Pero intuía que las razones eran muy serias.

—Entonces, ¿mi profesión es el problema?

—Me temo que sí —contestó ella—. Por cierto, sé que te gusta provocarme, pero no he venido aquí para soportar un interrogatorio.

Ryan miró aquellos profundos ojos azules, llenos de conflictivas emociones, negación, desafío, anhelo. Fue la última emoción la que más lo sorprendió.

—Quizá has venido aquí para algo más de lo que crees —murmuró, levantando la mano derecha. Quería acariciar su cara, pasar los dedos por su pelo, dejar que su deseo siguiera el curso natural.

Estaba decidido a hacer que aquel fuera el momento. Y, a juzgar por la respiración entrecortada de Jessica, estaba casi seguro de que no le daría una bofetada si intentase saciar la necesidad de probar sus labios.

Un golpe en la puerta interrumpió su intento de seducción.

Jessica se apartó, sofocada, y Ryan ahogó una maldición ante la entrada de Glenna.

Cinco segundos más y la habría besado, pensó, apretando los dientes. Y, en el proceso, habría conseguido que ella olvidase su rechazo a los abogados. Llevaba un año esperando aquella oportunidad y su eficiente secretaria lo había estropeado todo sin querer.

Por el rabillo del ojo, vio a Jessica apartándose el flequillo de la frente, nerviosa, como si no pudiera creer que aquello había estado a punto de ocurrir.

Ryan casi soltó una carcajada. Si supiera la mitad de los sueños eróticos que tenía con ella, estaba convencido de que no querría volver a verlo. Besos y caricias eran solo el principio.

—Glenna, por favor, no me pases llamadas durante un rato.

—Muy bien, señor Matthews.

Ryan le hizo un gesto con la mano a Jessica para que se sentara. Frente a ella, la ventana del despacho desde la que podía verse el cielo gris de Denver, que amenazaba tormenta.

—Prefiero que hablemos sin que nos interrumpan —dijo Ryan, sirviéndole el café.

—¿Vas a cobrarme por horas? —preguntó ella, sonriendo.

Al ver cómo ponía sus labios sobre la taza, Ryan tuvo que hacer un esfuerzo para respirar. No recordaba cuándo una mujer lo había hecho sentir así.

—Para ti, mis honorarios son negociables. Y muy flexibles — consiguió decir, con un guiño—. Pero de eso podemos hablar más tarde. ¿Por qué no me dices qué te trae por aquí?

—Quería hablar contigo —dijo Jessica, un poco nerviosa—. Supongo que debería haber llamado antes, pero estaba aquí cerca comiendo con Brooke y pensé que a esta hora estarías menos ocupado que por la tarde.

Ryan asintió.

—La verdad es que por las tardes no estoy demasiado ocupado. Y tampoco me importaría ocupar mis noches con una, dos o tres citas contigo.

Ella arrugó la nariz y ni siquiera se molestó en contestar.

Otro rechazo. Pero Ryan no pensaba darse por vencido.

—Quiero hacer algo especial para Brooke y Marc, ya que la ceremonia de su boda fue tan sencilla.

—Pero ellos querían que fuera así, ¿no?

Sus amigos habían decidido casarse solo en presencia de sus más íntimos amigos y ni siquiera habían organizado un banquete.

—Sí. Mi hermana pensó que, como era su segunda boda, era mejor no hacer algo muy llamativo, pero a mí me gustaría organizar una fiesta en su honor. Y como tú eras el padrino y yo la dama de honor, he pensado que sería apropiado que la organizásemos nosotros —explicó ella—. El día de Nochevieja sería perfecto para hacer la fiesta.

Ryan echó un vistazo a su agenda.

—Suenan bien, pero supongo que la mayoría de las salas de fiesta estarán reservadas. Quedan menos de cuatro semanas para Nochevieja.

—Por eso necesito tu ayuda —sonrió Jessica, cruzando las piernas—. Efectivamente, todas las salas de fiesta están reservadas y en mi apartamento no podemos hacerla porque es muy pequeño. Así que tú eres mi última esperanza.

A Ryan le gustaba que ella dependiera de él porque eso significaba que le debería un favor... y tendría que salir con él a cenar, por ejemplo.

Desgraciadamente, no estaba seguro de poder organizar la fiesta en su casa.

—Mi casa no es exactamente una mansión.

La casa de doscientos cincuenta metros cuadrados que había comprado el año anterior a veces le parecía gigantesca y tremendamente vacía por las noches. Su gata, *Camelot*, le hacía compañía y era la perfecta compañera de piso. Ella no le pedía nada y nunca se quejaba si llegaba tarde.

Distraídamente, Jessica se apartó un mechón de pelo, mostrando unos pendientes de diamantes que brillaban con cada movimiento. No era una sorpresa para Ryan encontrar excitante el lóbulo de su oreja y se preguntó si ella suspiraría de placer si tuviera la oportunidad de mordisquear aquellas perfectas orejitas.

—¿Cabén treinta personas? —preguntó Jessica entonces, sacándolo de su ensueño.

Ryan se pasó la mano por la barbilla, pensativo.

—Si se reparten entre el salón, el comedor y el cuarto de estar, sí. Pero habrá que mover los muebles.

—Yo lo haré —sonrió ella.

Aquella fiesta era muy importante para Jessica, pensó Ryan. Brooke era su única hermana. Su madre vivía en Virginia con su segundo marido y el día que le preguntó por su padre, había recibido una respuesta elusiva. Por lo visto, su padre había desaparecido mucho tiempo atrás y no mantenían con él relación alguna.

Esa había sido toda la información que había conseguido, pero le hizo sospechar que la infancia de Jessica no había sido nada fácil.

—No sé...

—Enviaremos invitaciones a Brooke y Marc por separado, como si fuera una fiesta de Nochevieja que tú organizas por tu cuenta y así les daremos una sorpresa.

Ryan tomó un sorbo de café, pensativo. Jessica había planeado la fiesta con detalle y tenía la impresión de que su opinión contaba poco.

Pero pretendía sacar provecho del asunto.

—La verdad es que no es mala idea.

—Yo me encargaré de las invitaciones, la decoración, el catering y la tarta —siguió Jessica, con aquella sonrisa que lo volvía loco—. Y tendremos que buscar un regalo. Eso podemos hacerlo juntos, si quieres. Pero tú no tendrás que preocuparte de nada, excepto de escribir un pequeño discurso para los recién casados.

Qué conveniente, pensó Ryan. Sabía exactamente lo que Jessica quería hacer, encargarse de todo y que él no se involucrara en absoluto.

—Todos los gastos a medias, claro.

El dinero no era lo que preocupaba a Ryan.

—Eso da igual. No te preocupes por el dinero.

Jessica se inclinó hacia adelante, mirándolo con atención.

—Entonces, ¿hacemos la fiesta en tu casa?

Ryan veía aquello como la última oportunidad para romper las barreras que ella había levantado, para seducirla y ver dónde los llevaba aquella atracción.

—Acepto que organicemos la fiesta en mi casa con una condición.

Jessica sonrió, irónica.

—No puedes aceptar sin poner tus condiciones, ¿verdad?

—No puedo evitarlo —se encogió Ryan de hombros—. Llegar a acuerdos es parte de mi trabajo. ¿Por qué aceptar menos de lo que puedo conseguir?

—Di la verdad, Matthews, lo que quieres es hundir a tu oponente.

Él hizo una mueca de sorpresa.

—Yo prefiero pensar que es simple ambición. Y la ambición es algo muy sano. He llegado donde estoy porque soy ambicioso.

—¿En tu carrera como abogado o conmigo?

La conversación se había vuelto personal de nuevo y parecía que su ambición era un tema de controversia.

—En ambas cosas.

—Muy bien, señor letrado, dime qué quieres. ¿Cuál es tu condición?

—Que organicemos la fiesta juntos.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

—Pero tú no tienes tiempo —insistió ella.

Parecía molestarle que Ryan quisiera participar porque eso significaba pasar tiempo con él. Y eso lo irritaba.

—¿Y tú cómo sabes si tengo tiempo o no?

Jessica sacudió la cabeza.

—Yo puedo encargarme de todo. ¿Por qué quieres hacerlo si puedo quitarte ese peso de encima?

Sabiendo que si revelaba sus auténticos motivos, nunca tendría una oportunidad con ella, Ryan optó por la respuesta más obvia:

—Para empezar, yo pago la mitad de la fiesta y eso me da derecho a dar mi opinión. ¿No te parece?

—Pues... sí.

—Voy a abrir mi casa a treinta personas y quiero saber lo que vamos a hacer —insistió él, pasando las páginas de su agenda—. La verdad es que ahora mismo tengo bastante trabajo, pero por las noches y los fines de semana estoy libre.

Jessica lo miró, frustrada.

—¿Por qué los tiburones no atacan a los abogados?

—¿Por qué? —sonrió Ryan.

—Por cortesía profesional.

Ryan soltó una carcajada mientras dibujaba un plano de su casa.

—¿Es tu forma de decir que siempre me salgo con la mía?

—Desde luego.

Jessica no parecía muy contenta, pero eso a él le daba igual.

—¿Qué te parece si empezamos los preparativos mañana? Es sábado y estoy libre.

—Pues... me temo que yo tampoco tengo planes.

—Estupendo. ¿Por qué no vas a mi casa a las once y hacemos una lista de todo lo que hay que hacer?

—Muy bien —suspiró Jessica, guardando el papel en el bolso—. Tengo una lista de los amigos de Marc y Brooke y un programa de ordenador que puede imprimir las invitaciones.

Ryan cruzó las piernas, encantado.

—Llévalas a casa y te ayudaré a cerrar los sobres.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Insisto en que quiero organizar esto contigo, Jessie. Y eso incluye cerrar sobres.

Ella levantó la barbilla, desafiante.

—Me llamo Jessica.

—A mí me gusta más Jessie.

—En fin, supongo que podrías llamarme cosas peores —asintió ella, sonriendo.

—¿Como cariño o cielo?

Jessica se puso colorada.

—Esos términos no pueden aplicarse ni a ti ni a mí —replicó, levantándose.

—¿Por qué no? A menos que estés saliendo con otro hombre...

—No salgo con nadie, pero no estoy interesada en ti. Lo siento.

—Ya —sonrió Ryan.

Dependía de él que cambiara de opinión porque la mirada femenina contradecía sus palabras.

—Bueno, creo que hemos dicho todo lo que teníamos que decir y ahora que me has chantajeado, es hora de irme —dijo ella entonces, dirigiéndose a la puerta.

—Una cosa más —la detuvo Ryan.

—¿Qué? ¿Más condiciones?

Él impidió que tomara el abrigo del perchero. Jessica contuvo la respiración, pero no apartó la mano. Sus miradas se encontraron entonces.

Ryan observó que los ojos azules se volvían de color zafiro y una ola de calor recorrió sus venas.

Estaban tan cerca que sus piernas se rozaban y decidió no dejar pasar aquella oportunidad de acariciar su rostro, una de sus más ingenuas fantasías.

Jessica pareció sorprendida por su audacia, hipnotizada por la ternura del roce. Aprovechándose de su inusual docilidad, Ryan

deslizó los dedos por su pelo. La sensación era tan increíblemente erótica que tembló de placer.

—Ryan... —susurró Jessica.

—No hay más condiciones —dijo él con voz ronca, tomándola por la barbilla—. Esto no tiene nada que ver con la fiesta. Tiene que ver contigo y conmigo... y con la respuesta que llevo un año esperando.

Y entonces, Ryan inclinó la cabeza y tomó su boca.

Capítulo 2

Jessica nunca hubiera podido anticipar el impacto que le causó el beso de Ryan, ni su respuesta a la caricia.

Llevaba un año resistiéndose a sus encantos masculinos, bromeando para mantener a raya la atracción que sentía por él, pero todo eso se disolvió cuando los labios del hombre rozaron los suyos.

Todas sus defensas, todo lo que se había dicho a sí misma para no mantener una relación con un hombre como Ryan Matthews desapareció.

Pero no podía ser. Ryan era un hombre cuya profesión consistía en destrozarse familias, como la suya había sido destrozada. Lo sabía y, a pesar de ello, nada de eso importaba en aquel momento, cuando el hombre, no el abogado, la estaba llevando con sus labios a territorio prohibido.

Jessica no tenía defensa contra aquella indolente seducción. Y cuando él la apretó contra la pared para besarla con más comodidad, se sintió perdida. Para no caerse se sujetó a los antebrazos del hombre, fibrosos y duros bajo la tela de la camisa.

Deseando experimentar aquel exquisito placer, se rindió con un gemido. Sus labios se abrieron como por voluntad propia para dejar que la lengua del hombre la explorase. Le temblaban las piernas y no podía evitar el estremecimiento que la recorría entera.

Jessica aprendió enseguida que pese a su carácter directo, Ryan Matthews era un hombre que se tomaba su tiempo para conseguir lo que quería. La besaba con deliciosa languidez, como si tuviera todo el tiempo del mundo para saborear su boca. Los labios del hombre parecían marcarla a fuego mientras la apretaba contra la pared, haciéndola sentir cada músculo de su cuerpo.

El ancho torso se aplastaba contra el suyo, haciendo que sus pezones se endurecieran con el contacto. Cuando una musculosa pierna masculina se insinuó entre las suyas, Jessica sintió la dureza de una erección contra su cadera y el deseo se concentró en su vientre.

Nunca había experimentado una pasión como aquella, instantánea y salvaje. Nunca había deseado a otro hombre con tanto abandono. Nunca se había permitido a sí misma dar rienda suelta a su deseo. El único encuentro sexual que había mantenido,

tres años atrás, no la había preparado para aquel asalto a sus sentidos.

Desde que su hermana se había casado, se sentía inquieta, deseando algo que no estaba a su alcance. Con un beso, Ryan Matthews había despertado todos sus deseos y la hacía desear aún más.

La hacía desearlo todo.

Pero su sensato cerebro le decía que estaba cometiendo un error. Después de ver el dolor que produjo la separación de sus padres, había aprendido a ser cauta con los hombres.

Ryan había admitido que su profesión era lo más importante para él y eso no le dejaba tiempo para cultivar auténticas relaciones sentimentales ni tener compromiso de ningún tipo.

Jessica llevaba un año rechazándolo, jurando que nunca se dejaría llevar por un hombre como él, cuya profesión contradecía todo lo que para ella era sagrado y que quería para sí misma... amor, matrimonio y familia.

Un beso, por muy excitante que fuera, no cambiaría sus principios... ni la haría olvidar que él destrozaba matrimonios y familias sin sentir remordimiento alguno.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Ryan se apartó. El aliento caliente del hombre sobre su cara seguía excitándola y tuvo que morderse los labios para no buscar su boca.

—En caso de que te lo estés preguntado, la respuesta es «sí».

Estaban solo a unos centímetros y seguía sintiendo el calor que emanaba del cuerpo del hombre. Los ojos de Ryan se habían oscurecido y la pupila era de un rico color marrón rodeado de oro. Ojos hambrientos. Ojos seductores. Su cabello negro estaba despeinado y eso le daba un aspecto abrumadoramente masculino.

—¿Cuál era la pregunta? —murmuró Jessica, sorprendida.

—Si me deseas tanto como yo a ti.

Jessica había olvidado lo que él buscaba. Y lo que necesitaba en aquel momento era una broma, algo que los devolviera a la situación que ella prefería, la de dos amigos. Pero estaba tan confusa que era incapaz de recordar ni uno solo de sus chistes sobre abogados.

—¿Y tú crees que yo quería ese beso? —preguntó por fin, sin mirarlo.

—No has dicho que no y yo siempre busco el lado positivo de las cosas —contestó él, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. Y ahora que nos hemos quitado esa pregunta de en medio, podemos dar el segundo paso.

Jessica sonrió ante el presuntuoso comentario, pero no podía negar que Ryan tenía un aspecto adorable en aquel momento.

Aquel hombre despertaba algo en ella, física e intelectualmente, la hacía desear olvidarse de todo y abandonarse ante aquella atracción innegable.

—¿Y cuál es el siguiente paso, según tú?

—Una cita.

Se lo había pedido muchas veces y ella siempre se había negado.

—¿Primero el beso y luego la cita? ¿No suele ser al revés? —sonrió, tomando su abrigo.

Ryan la ayudó a ponérselo, como un caballero.

—Nunca me han acusado de ser demasiado tradicional.

A Jessica no le sorprendía. ¿Cómo podía un hombre que se ganaba la vida rompiendo matrimonios ser sentimental?

Después de ponerle el abrigo, Ryan no apartó la mano y, sin querer, en la mente de Jessica aparecieron imágenes de aquella mano masculina deslizándose por su cuerpo...

Asustada, tomó su bolso y se lo colgó al hombro, sacudiendo la cabeza para apartar aquellos pensamientos.

—¿Y si yo soy una chica tradicional?

Un gesto apropiadamente contrito transformó las facciones del hombre, aunque en sus ojos había un brillo de humor.

—Entonces, te pido disculpas por ofender tu sensibilidad. Y me gustaría recompensarte por mi atroz comportamiento... con una cena. ¿Qué tal mañana?

—Nos veremos mañana y pasaremos la tarde juntos organizando la fiesta —sonrió ella.

—Yo pensaba hacer algo más... placentero.

La palabra «placentero» hizo que Jessica sintiera un escalofrío por la espalda.

—No —contestó, sin embargo.

—¿El domingo entonces?

Ryan había puesto la mano en su espalda para acompañarla al ascensor y la suave presión fue suficiente para hacer que se estremeciera.

—Me temo que tampoco.

—Muy bien —dijo él, imperturbable—. Dime cuándo.

—¿Qué tal nunca?

—Vas a hacer que me lo trabaje, ¿verdad? —sonrió Ryan, pulsando el botón del ascensor.

Pero no parecía molesto. Todo lo contrario. Jessica sospechaba que le gustaba el reto.

Con su atractivo y su encanto, estaba segura de que nunca antes había tenido que enfrentarse con una negativa y de que su interés por ella terminaría en cuanto capitulase.

Pero, a pesar de lo fácil que sería rendirse, no pensaba hacerlo. No pensaba terminar con el corazón roto, descartada por él una vez que se hubiera terminado la diversión... sobre todo siendo Ryan un hombre que la afectaba profundamente.

El ascensor llegó en ese momento y los dos entraron en silencio. No sabía por qué, si era la presencia del hombre o aquel reducido espacio, pero Jessica sintió que su estómago se encogía.

—Nos estoy haciendo un favor a los dos —insistió ella entonces—. Después de ese beso, sería ridículo por mi parte negar que existe una cierta atracción entre nosotros, pero me parece que no buscamos lo mismo.

—La química es un buen comienzo —sonrió Ryan.

Desde luego, había mucho de eso, pero Jessica quería algo más duradero con un hombre, quería seguridad, estabilidad... las cosas de las que había carecido en su infancia.

—Eso no dura mucho.

Ryan la estudió con atención.

—¿Lo dices por experiencia?

Ella se encogió de hombros. No quería admitir que su experiencia era muy limitada y no precisamente agradable.

—¿Cuánto ha durado tu relación más larga, Ryan?

—Un año —contestó él.

—¿Cuándo fue eso?

—El último año de instituto.

Ella lo miró, irónica. No le sorprendía nada que no hubiera mantenido relaciones serias durante su vida adulta. Ryan Matthews era un solterón empedernido.

—Acabas de probar que yo tengo razón. Las relaciones serias no existen para ti.

—No has probado nada —refutó él—. Después del instituto, fui a la universidad y me pagué las clases trabajando. Convertirme en abogado y establecerme han sido las prioridades en mi vida hasta ahora.

—Lo sé. Tu carrera es tu única prioridad.

—No he llegado donde estoy sin hacer sacrificios —sus palabras no parecían una defensa, sencillamente una explicación—. Y la verdad es que no he encontrado una mujer por la que haya deseado dejar de ser soltero.

El timbre aterciopelado de su voz y el brillo de sus ojos la hicieron sentir un estremecimiento. El ascensor se paró y Jessica buscó las llaves del coche en su bolso.

—Dudo mucho que yo sea esa mujer, Matthews, y tú tampoco eres el hombre que busco para mantener una relación duradera.

—¿Y qué tal una relación corta?

Sin saber si lo decía en broma o en serio, Jessica lo miró de reojo. La pecadora invitación que había en su mirada indicaba que la sugerencia era seria y tuvo que hacer un esfuerzo para no decir que sí.

—Eres un bruto. No estoy interesada.

—Mientes muy mal, Jessie —rio él—. Sí estás interesada. Y, para que lo sepas, tarde o temprano pienso derretir esa obstinación tuya.

Jessica se volvió, usando la espalda para empujar la puerta de cristal y Ryan se quedó en el vestíbulo, apoyado sobre una columna con los brazos cruzados. Tan masculino, tan seguro de sí mismo, tan seductor, tan irresistible...

Pero se resistiría.

—Puedes intentarlo, letrado. Pero no esperes que te lo ponga fácil. Y esta vez no esperes ganar.

Él inclinó la cabeza a un lado, sonriendo.

—No sería divertido si me lo pusieras fácil. Nos veremos mañana, Jessie.

Ryan se obligó a sí mismo a hacer diez largos más en la piscina, esperando que el ejercicio quemara la inquietud que lo había hecho dar vueltas en la cama durante toda la noche.

Y la culpa era de las fantasías que habían invadido su sueño.

Fantasías de Jessica desnuda y sumisa en su cama... De él descubriendo las curvas que ella solía esconder bajo jerséis de lana, deslizando las manos por su piel, saboreándola con su lengua, haciendo que lo desease hasta suplicarlo.

Y ella le suplicaba con tanto candor en sus fantasías...

Pero antes de que pudiera experimentar el éxtasis de enterrarse en ella, se despertaba, dolorido, con las sábanas enrolladas en las piernas y sudando. Tres veces había estado a punto de poseerla en sus fantasías hasta que al final se tiró de la cama y se puso a hacer ejercicio para calmarse.

Cuando llegó al otro lado de la piscina, giró y continuó dando brazadas. Salía vapor del agua que se mantenía a buena temperatura durante el invierno, pero le dolían brazos y espalda por el esfuerzo, mientras el agua se deslizaba por su piel, su estómago y sus piernas como los dedos de una amante.

Los dedos de Jessica... La fantasía apareció de nuevo en la piscina, donde había creído librarse de ella.

El beso que habían compartido el día anterior había encendido un deseo que no podía apartar de sí, junto con un ansia más profunda, que trascendía ese deseo, una emoción que ninguna otra mujer había provocado.

Durante un año, había dejado pasar aquella atracción como algo divertido, pero después de saber que Jessica lo deseaba también estaba decidido a conocerlo todo sobre ella, a explorar sus secretos.

Y no sería fácil, considerando que ella lo rechazaba continuamente y su aversión a la profesión de abogado. Pero aquel beso le había dado armas para conquistarla. Jessica decía que no, pero sus labios le habían dicho todo lo que quería saber.

Ella también lo deseaba.

Ryan salió de la piscina y se secó el pelo con una toalla. Cuando entró en la casa, no se sorprendió al ver a su hermana Natalie sentada frente a la ventana que daba al jardín, leyendo el periódico y tomando un café como si estuviera en su casa.

La saludó con la mano, pero no fue directamente a la cocina, sino al cuarto de baño para darse una ducha y ponerse unos vaqueros. Después, se puso las zapatillas de deporte y se reunió en la cocina con su hermana.

El aroma de los bollos que solía regalarle su madre despertó sus sentidos. Y su hermana también se estaba aprovechando de ellos, observó.

—Buenos días, Nat. Veo que la llave que te di para casos de urgencia funciona perfectamente.

Sin dejarse afectar por la ironía, Natalie dejó el periódico sobre la mesa.

—Llamé, pero como no contestabas, abrí con mi llave. Pero no esperaba verte en la piscina —sonrió, acariciando a *Camelot*—. No entiendo cómo se puede nadar a cero grados.

La piscina era uno de los detalles de la casa que más le había gustado a Ryan. Eso y el jacuzzi de su habitación. Por eso se había decidido a comprarla.

—El agua está a veinte grados. Es muy agradable nadar aunque haga frío fuera.

—Lo que tú digas —sonrió ella.

Ryan miró su reloj. Faltaba media hora para que llegase Jessica y su hermana tenía que desaparecer de escena. Desgraciadamente, Natalie estaba acostumbrada a hacer las cosas a su manera.

Con veintisiete años, cinco menos que Ryan, la pequeña del clan Matthews era la más próxima a él desde el primer día, cuando su madre volvió del hospital con aquel bebé en la cunita. Además, ellos eran los únicos que seguían solteros.

—¿Qué te trae por aquí?

Natalie miró a *Camelot*, sonriendo. Ella misma le había regalado la gata para que no se sintiera tan solo.

—Solo quería saber si *Camelot* estaba bien.

—¿Y?

Su hermana levantó la cara y el largo cabello castaño cayó sobre sus hombros.

—La encontré tomando un platito de leche, encantada. Así que supongo que no eres malo del todo.

La gata era muy afectuosa y la verdad era que Ryan estaba encantado con ella.

—Muy bien. Y ahora que sabes que *Camelot* me tiene loco, ¿vas a decirme qué te trae por aquí?

—Mamá me ha pedido que te trajera estos bollos —contestó Natalie, mordiendo uno.

—Ya veo. Pero te los estás comiendo, guapa. ¿No eran para mí?

—Claro —contestó Natalie, con la boca llena—. Pero solo me he comido uno, egoísta.

—Bueno, a ver, dime a qué has venido en realidad.

—Te daré una pista. Tienes que empezar a practicar tu mejor saludo de Santa Claus.

Ryan suspiró.

—¿Has traído el disfraz?

—Sí. Me parece que este año te toca otra vez.

Él sonrió. Le encantaban sus cinco sobrinos, las tres hijas de Courtney y los dos hijos de Lindsay.

—Estupendo —dijo, mirando su reloj—. Siento tener que decirte esto, Nat, pero estoy esperando a una persona.

Natalie no se movió, observando a su hermano quitar los platos de la mesa.

—Si estás limpiando, la visita es femenina.

—Pues sí.

—¿Es algo serio? —preguntó su hermana, interesada.

Si Jessica se saliera con la suya, su relación sería platónica para siempre. Si él se salía con la suya, ella calentaría su cama y haría realidad las fantasías que lo mantenían despierto por la noche. Pero, por mucho que lo deseara, no pensaba hacer nada que ella no quisiera hacer. Había esperado un año y podía esperar un poco más.

—Me gusta mucho —contestó por fin.

—¿Cómo se llama?

—Jessica Newman —contestó Ryan, guardando los platos en el lavaplatos—. Estamos planeando una fiesta sorpresa para su hermana el día de Nochevieja y estará a punto de llegar.

Natalie ignoró el comentario.

—¿Vas a llevarla a casa estas navidades?

Ryan se quedó pensativo. Las navidades en su casa eran fechas divertidas, llenas de niños, alegría y la música que su madre tocaba al piano.

Posiblemente, Jessica pasaba sola la mayor parte de los días navideños, ya que su madre vivía en Virginia y Brooke estaba casada. ¿Aceptaría una invitación para cenar en casa de sus padres?

Nunca había llevado a nadie a casa de sus padres en esas fechas, nunca había sentido el deseo de compartir esos días tan especiales con alguien que no fuera su familia. Y, aunque no le resultaba difícil imaginar a Jessica en casa de sus padres, no estaba seguro de querer dar ese salto.

—No lo sé —contestó por fin.

En ese momento, sonó el timbre y la expresión de Natalie se iluminó de curiosidad. Con delicadeza, soltó a *Camelot* y se limpió los pelos de la gata del pantalón.

—Ya que tu amiga ha llegado, supongo que debería marcharme.

—Ahora, ¿no? —murmuró Ryan, sabiendo Natalie se había salido con la suya.

De pie frente a la casa de Ryan a las once de la mañana, Jessica respiró profundamente, ajustándose el bolso sobre el hombro. Dentro llevaba todo lo necesario para organizar la fiesta de Brooke y Marc.

Con un poco de suerte, estaría en casa de Ryan apenas una hora. Una vez que empezaran a examinar la parte más aburrida de organizar una fiesta, algo que lo haría pensar en el partido de fútbol en televisión, estaba segura de que cambiaría de opinión y decidiría que fuera ella quien se encargase de todo. Entonces, cualquier cosa que tuviera que consultarle, lo haría por teléfono. Y no tendrían que verse hasta el día de Nochevieja.

Eso era lo que quería, se decía Jessica a sí misma. Cuanto menos roce tuviera con Ryan Matthews, mejor. Aunque se sintiera tentada por él, aunque un solo beso de aquel hombre la hubiera hecho sentirse salvaje y excitada como nunca. Nada bueno podía salir de aquella atracción puramente física. Entonces, ¿para qué atormentarse a sí misma estando a su lado más tiempo del necesario?

Su determinación se esfumó en cuanto Ryan abrió la puerta. Al verlo frente a ella, alto, fuerte y seductor, su corazón empezó a latir como lo había hecho el día anterior. La atracción que sentía por él despertó de nuevo, contradiciendo su anterior decisión.

Con vaqueros y una camiseta, estaba incluso más atractivo que con traje. Hacía mucho frío en la calle, pero el calor de sus ojos la inflamó por dentro. La sensual promesa de su boca la hacía desear olvidar sus precauciones y explorar lo que había quedado sin explorar el día anterior.

Sin duda, Ryan estaría encantado de satisfacer todos sus deseos...

Aquel pensamiento envió un escalofrío por su espalda.

—Asombroso, una mujer que llega a su hora —sonrió él.

Apartando de su cabeza aquellos imposibles pensamientos, Jessica entró buscando en su cerebro un chiste sobre abogados para quitarle tensión al asunto. Pero se le quedó en la garganta cuando vio a otra mujer en el pasillo.

—Soy la hermana de Ryan, Natalie —se presentó ella misma—. Y me parece que la bromita es culpa de la desgraciada infancia de mi hermano, con tres hermanas que le hacían la vida imposible.

Ryan miró a su hermana, sonriendo.

—No tienes ni idea de lo que es tener que levantarse a las seis de la mañana para que tus tres hermanas puedan ducharse. Yo terminaba en diez minutos, pero ellas se tiraban dos horas dentro del baño —explicó, irónico—. Y daba igual a qué hora se levantasen porque siempre llegaban tarde al colegio. Lindsay y Courtney incluso llegaron tarde el día de su boda.

—Obviamente, sus maridos pensaban que merecía la pena esperar —sonrió Jessica.

—Esta chica me cae bien —rió Natalie.

—¿No te ibas, Nat?

—Me voy —dijo su hermana, besándolo en la mejilla—. Encantada de conocerte, Jessica. Espero que volvamos a vernos.

—Yo también.

Ryan dejó escapar un suspiro cuando su hermana desapareció.

—Es muy simpática —sonrió, ayudando a Jessica a quitarse el abrigo—. Y mis padres insisten en que no es adoptada.

A pesar de la broma, era obvio que Ryan quería mucho a su hermana. No era eso lo que ella había esperado. Creía que el interés de Ryan en su carrera profesional estaba basado en una vida familiar menos que gratificante, pero ese no parecía ser el caso.

—He traído las invitaciones. Y como tengo el plano, podemos empezar a anotar lo que necesitamos para atender a treinta personas.

—Muy bien —sonrió él—. Puedes tomar notas mientras te enseño mi casa.

La casa dejó a Jessica sin aliento. Para ella era una mansión, comparada con la casita en la que había vivido desde que sus padres se separaron y con su diminuto apartamento.

Trabajaba como transcritora de recetas médicas y había comprado el pequeño apartamento en el que vivió con Brooke hasta que su hermana se casó, pero no se parecía en nada a la lujosa casa de Ryan.

Obviamente decorada por un profesional en tonos azules y verdes, el primer piso era muy espacioso. La mesa del comedor podría servir para colocar el bufé y si podían mover los muebles del salón y del cuarto de estar tendrían sitio para todos los invitados.

Cuando observó la escalera de caracol que llevaba al segundo piso, Jessica pensó que debían colocar allí luces y velas para dar ambiente.

—¿Quieres ver el piso de arriba?

Ella lo miró, recelosa. Hasta el momento se había portado como un caballero.

—¿Hay algo en el segundo piso que deba ver?

—¿Te parece interesante mi dormitorio?

Jessica tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada.

—¿Piensas dejar que los invitados entren en tu dormitorio?

—Los invitados no. Pero tú puedes entrar cuando quieras, Jessica.

Aquella insinuación despertó una presión deliciosa en su vientre. Una hora de éxtasis comparada con los diez minutos de magreo que había experimentado tres años antes...

Intentando ponerse seria, Jessica se sentó frente a la mesa de la cocina y sacó las invitaciones.

Ryan no se quejó cuando le encargó la aburrida tarea de cerrar los sobres y poner los sellos. Todo lo contrario, se dedicó a ello con gran dedicación.

Su plan no estaba funcionando. Era imposible disuadir a aquel hombre. Por no mencionar que la distraía y la hacía imposible concentrarse.

Estaban tan cerca que la pierna de Ryan rozaba la suya. Podía sentir los ojos castaños clavados en ella y entonces, de repente, él alargó la mano y apartó un mechón de pelo de su cara.

Jessica sintió un escalofrío.

—¿Te estás aburriendo?

—En absoluto —contestó Ryan—. Aunque tengo la sensación de que eso era lo que querías.

—Me asombra que te guste cerrar sobres. Bueno, ya está —dijo Jessica—. Ahora solo queda echar las invitaciones al buzón.

—Muy bien —sonrió Ryan, levantándose. Unos segundos después volvió con la chaqueta de Jessica y otra de cuero para él.

Quizá tenía prisa porque se fuera. Seguramente había interpretado mal su interés y lo que quería era sencillamente terminar con aquello lo antes posible porque tenía otros planes.

—¿Has comido algo?

Jessica tomó su bolso.

—No.

—Yo tampoco. Venga, vámonos.

Antes de que ella pudiera contestar, la había tomado de la mano y la llevaba hacia el garaje.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Dentro, había un Lexus de color negro brillante. Los asientos del coche eran de cuero color arena, suaves y elegantes.

Asombrada de la facilidad con la que él la manipulaba y cómo ella lo dejaba hacer, Jessica se puso el cinturón de seguridad.

—¿Dónde vamos?

—A comer juntos —sonrió Ryan—. Esta es nuestra primera cita.

Capítulo 3

—Esto no es una cita —insistió Jessica después de pedir la comida a la camarera.

Ryan la miró, sonriendo. El humor que había en sus ojos azules le decía que la idea no le molestaba tanto como intentaba aparentar.

—Supongo que eso depende de cómo termine la tarde.

La expresión de Jessica se alteró.

—¿Cuál es el factor decisivo?

La mirada de Ryan se deslizó hasta sus labios. Podría saborearlos durante horas y no se sentiría saciado.

—Creo que un beso al final de la tarde determinaría si esto ha sido una cita o no.

—Siento desilusionarte, Matthews, pero esta es una comida de negocios —sonrió ella.

—Ah, pero aún no hemos discutido nada de negocios.

—Lo haremos —insistió Jessica, sacando el cuaderno del bolso—. Tenemos que decir lo que hay que alquilar para la fiesta, hacer llamadas y muchas cosas más.

—Tú ganas —concedió él, suspirando—. Esta es una comida de negocios.

¿Por qué le había parecido que ella se sentía a la vez aliviada y decepcionada? Las conflictivas emociones que veía en sus ojos confundían y le aseguraban que había potencial para mucho más. Era cuestión de tomarse las cosas con calma y tenía cuatro semanas para persuadirla.

Nunca se había tomado tanto tiempo y cuidado con una mujer, pero las sofisticadas mujeres que conocía solían perseguirlo a él y mantenía relaciones sabiendo ambas partes que no había nada que los atase. Saciar su deseo físico era el objetivo de aquellas relaciones y cuando terminaban, no había remordimientos y ninguno de los dos se sentía comprometido.

Pero desde que conoció a Jessica se había vuelto más selectivo. Hasta tal punto que había rechazado varios ofrecimientos. Atraer a las mujeres siempre le había resultado fácil, pero de repente mantener una relación puramente sexual había perdido todo atractivo.

Jessica estimulaba no solo su cuerpo, sino su mente y ninguna mujer lo había conseguido antes. Ella lo hacía pensar en todo lo que había dejado de lado para conseguir sus objetivos, hacía que se preguntase si combinar su trabajo con una relación estable era algo que podría hacer.

Lo hacía preguntarse si podría encontrar un equilibrio entre conseguir el éxito profesional y mantener los valores tradicionales.

Pero no con ella, pensó, recordándose a sí mismo la aversión de Jessica a su profesión. Ella lo toleraba por la fiesta que quería organizar para su hermana y Marc y sin duda le diría adiós después de Nochevieja. A menos que pudiera convencerla de lo contrario.

Pero no podían negar la atracción que sentían el uno por el otro, ni el desinterés de ella por dar rienda suelta a esa pasión.

Y eso significaba que tenía que tomarse las cosas con calma.

—Yo creo que sería mejor un bufé, no una cena formal. Podemos servir champiñones rellenos, alitas de pollo, queso y ese tipo de cosas —estaba diciendo Jessica en ese momento—. Tengo que llamar a un par de empresas de catering para pedir presupuesto. ¿Qué te parece?

Ryan aparentó pensárselo.

—Me parece bien.

—Estupendo —sonrió ella, anotando algo en su cuaderno. En ese momento, llegó la camarera con su pedido, una hamburguesa para él y sopa de pescado para ella.

Después de un par de cucharadas Jessica siguió con su agenda.

—Pensaba encargarme una tarta de bodas de dos pisos. ¿Te parece bien?

—Supongo que sí. ¿Qué tal una tarta de fresa o de limón?

Jessica arrugó la nariz.

—Esos sabores no le gustan a todo el mundo. Yo creo que la nata o la vainilla son sabores seguros.

—Pero nada originales —opinó Ryan—. ¿Por qué tiene que ser una sola tarta?

—Porque... no sé, es lo tradicional. Pero podríamos encargarnos dos o tres. ¿Qué sugieres?

Ryan se lo tomó con calma y antes de contestar mojó una patata en el tomate.

—¿Puedo pensármelo durante un par de días?

Jessica lo miró con una ceja levantada.

—Muy bien. Pero me gustaría conocer tus sugerencias antes del fin de semana.

—El miércoles o el jueves te lo diré.

—De acuerdo entonces —suspiró Jessica, guardando el cuaderno en el bolso.

Pero Ryan no pensaba dar la conversación por terminada.

—Ayer hablaste sobre un regalo. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Había pensado en algo para el baño. Brooke lo ha pintado de color melocotón, así que podríamos regalarles toallas que hicieran juego, frascos de cristal y cosas así.

—Es un regalo muy práctico.

—¿Tampoco te gusta? —preguntó Jessica, irritada.

—Están recién casados, Jessie. ¿Por qué no les regalamos algo divertido y sexy?

—¿Cómo qué?

Ryan se encogió de hombros.

—No sé, velas, lociones, cremas eróticas... Hay cremas corporales con sabor que se pueden untar en el cuerpo y...

Jessica levantó las cejas, sorprendida.

—¿No lo dirás en serio?

Él se preguntó entonces cuál sería su experiencia sexual. No le parecía una mujer del todo inocente, pero empezaba a sospechar que solo sabía del sexo lo más básico. ¿Habría sido seducida por un hombre alguna vez? Seducida de verdad, seducida con los cinco sentidos.

«La química dura poco», recordó sus palabras del día anterior.

Empezaba a pensar que las relaciones sexuales de Jessica habían sido breves y poco satisfactorias.

—Es un regalo romántico y divertido. A Marc y tu hermana les gustaría, estoy seguro. A cualquier pareja le gustaría.

—Lo dudo.

No lo dudaría si supiera lo sensual y erótico que podía ser un baño cuando se tenía a alguien con quien jugar en la bañera.

—Mira, ¿por qué no te encargas tú de las cosas prácticas y yo me encargo de la parte divertida? Después, juntaremos las dos cosas y será una buena combinación.

Jessica cruzó los brazos sobre el pecho, frustrada. Sin duda estaba preguntándose por qué lo había dejado participar en la organización de la fiesta.

—Quizá sea mejor comprar los regalos por separado.

Ryan decidió dejar el tema por el momento. Las cosas se estaban poniendo difíciles.

Pero había descubierto una cosa sobre Jessica Newman: tenía algo que enseñarle sobre las muchas y creativas formas de disfrutar la intimidad.

Y cuando hubiera terminado, estaba seguro de que ella le daría las gracias.

¡Aquel hombre era irritante!

Jessica entró en su apartamento y tiró la chaqueta sobre el sofá, soltando un grito que no alivió su frustración. ¿Por qué no la había dejado organizar la fiesta a su manera, como haría cualquier hombre? ¿Por qué tenía que meterse en todo?

¿Y por qué tenía que ser tan guapo y tan sexy y hacer que lo deseara más de lo que había deseado nunca a un hombre, a pesar de saber que una relación con él sería absurda?

Jessica se dejó caer sobre el sillón que había soportado muchos años de dolor, frustración y soledad. Aunque había sido re tapizado tres veces desde el divorcio de sus padres, cuando ella tenía nueve años, el sillón era algo de lo que no podía desprenderse. La suavidad y el calor de aquel mueble eran un consuelo para ella, un sitio que parecía tragársela y le ofrecía solaz para sus problemas, fueran los que fueran.

Como la desconcertante atracción que sentía por Ryan Matthews.

Era absurdo sentirse tan atada a aquel sillón, considerando que tenía para ella malos recuerdos, pero había sido la única constante en su vida, igual que Brooke.

Cuando su padre decidió irse a vivir con una mujer más joven que su madre, Brooke fue la que se mantuvo fuerte, ayudando a su madre y a ella a soportar el terrible proceso de divorcio. Su padre contrató a un prestigioso abogado y como su madre no tenía dinero para contratar a uno competente, William Newman se había quedado con todo, dejándolas en la miseria.

Amargos recuerdos la envolvieron al recordar los años de su infancia, los esfuerzos de su madre por llegar a fin de mes, cómo Brooke había sacrificado su adolescencia para ayudar en casa...

Una infancia terrible debida al abandono de su padre y a la insensible y cruel naturaleza de los abogados, más interesados en ganar dinero que en el bienestar de una familia.

Jessica encogió las piernas, acariciando la tela azul del sillón que tantas lágrimas había ahogado. Su padre ni siquiera se había molestado en visitar a sus hijas y no le importaba nada la familia que había dejado atrás.

Y tampoco le había importado a su abogado.

Cuando pensaba en la profesión de Ryan, recordaba al letrado que representó a su padre. Un hombre cruel que solo había pensado en su beneficio y no en la mujer y dos niñas que dejaba sin medios para sobrevivir.

Pero Ryan no era frío e insensible. Era una persona cálida y la sorprendía que pudiera dedicarse a los divorcios cuando era un hombre unido a su familia. Jessica se preguntó por qué habría elegido aquella rama de la profesión, pero sacudió la cabeza porque la respuesta no le importaba. O no debería importarle. Ryan era el hombre equivocado para ella.

Cerrando los ojos, intentó olvidar su triste pasado y el turbulento presente. Pero estaba preocupada por su corazón... y porque Ryan Matthews entrase en él. A pesar de su profesión, a pesar de que la había puesto de mal humor llevándole la contraria en todo, no podía negar que lo deseaba.

Pero esos sentimientos eran peligrosos y solo podían llevarla al desastre.

Ryan había admitido no estar preparado para el compromiso mientras ella llevaba toda su vida buscando precisamente eso. Tras el divorcio de sus padres, el matrimonio fracasado de Brooke y su propio error en una relación previa, Jessica estaba decidida a pensar las cosas con calma. Cuando se casara, quería hacerlo con alguien que le diera estabilidad y tranquilidad.

Y Ryan no era el hombre adecuado para ello.

Pero sí era un hombre que la hacía sentir viva y deseable. La hacía desear arriesgarse y experimentar la verdadera pasión. Con Ryan Matthews.

Jessica suspiró profundamente. No sabía qué iba a hacer con la atracción que sentía por él y con el indudable interés del hombre. Se debatía entre ser fiel a sus convicciones o dejarse ir y saborear el cielo que sus besos y sus caricias prometían.

Y temía que lo último estaba ganando la batalla.

Pero pasara lo que pasara entre Ryan y ella, aunque se rindiera a la atracción que sentía por aquel hombre, había dos cosas claras: estaba decidida a encargarse de una sola tarta y no pensaba poner dinero para el ridículo regalo que él había sugerido.

Pasaron tres días antes de que Ryan llamara a Jessica para hablar sobre el asunto de la tarta. Había querido llamarla antes, pero el trabajo había interferido con sus buenas intenciones.

Aunque ella quería tomar una decisión por teléfono, Ryan insistió en ir a su casa el jueves por la noche, dos días después.

Encontrar una pastelería que pudiera realizar su encargo había sido una de las razones para el retraso, pero confiaba en que los resultados de la prueba merecieran la pena.

Porque había planeado llevar a cabo su primera seducción.

Después de un largo día de trabajo, Ryan fue a casa y se puso vaqueros y una camiseta de manga larga. Después, entró en la cocina para calentar los espagueti que habían sobrado de la noche anterior. Mientras su cena se calentaba y *Camelot* comía tranquilamente, echó un vistazo al correo.

Al final del montón de sobres había uno de color caramelo, con su nombre y dirección escritos en letras doradas. Cuando vio que el remite era la dirección particular de Irwin Haywood, el propietario del prestigioso bufete en el que trabajaba, Ryan abrió el sobre, entusiasmado.

—Esto es increíble... —murmuró, leyendo la tarjeta.

Después de seis años de duro trabajo, sus esfuerzos empezaban a dar resultado.

Era una invitación para asistir a la fiesta navideña que Irwin Haywood daba en su mansión, un honor destinado solo a los miembros más antiguos del prestigioso despacho. De modo que era un paso adelante en su objetivo de convertirse en socio del bufete. Por primera vez, Ryan era invitado a aquella fiesta privada y por nada del mundo pensaba perderse la oportunidad de asistir.

Por lo que sabía, todos los invitados solían llevar a sus esposas o prometidas, aunque no era obligatorio. Ryan era uno de los pocos solteros del bufete y la única persona a la que le apetecía llevar era a Jessica, aunque tuvo que hacer una mueca al imaginar sus bromas delante de los socios más antiguos.

Pero Ryan estaba seguro de que lo respetaría suficiente como para no hacerlo quedar en ridículo delante de sus colegas.

Si aceptaba acompañarlo a la fiesta, claro.

La idea de invitar a Jessica era estupenda en todos los sentidos. Además de llevar del brazo a una mujer inteligente y bellísima, podría mostrarle que sus colegas no eran tiburones y gente sin corazón sino seres humanos normales y corrientes.

Por supuesto, había abogados que se aprovechaban de la gente, como había canallas en cualquier profesión. Pero no era por eso por lo que él había elegido la abogacía. A Ryan le gustaban los debates y su objetivo era defender casos, normalmente de mujeres que querían separarse sin que eso se convirtiera en un trauma para toda la familia. Y aunque tenía clientes que querían vengarse de sus maridos o esposas, siempre intentaba tratar el caso con objetividad.

Y quería que Jessica lo entendiera.

Si conseguía que fuera con él a la fiesta...

Media hora más tarde, después de comer y lavarse los dientes, fue a su armario y buscó una corbata que guardó en el bolsillo de los vaqueros.

Fue a la pastelería para buscar el pedido que había hecho el día anterior, cinco tartitas de diferentes sabores, y unos minutos más tarde estaba frente al apartamento de Jessica con un par de bolsas en la mano.

Ella abrió la puerta vestida con vaqueros y un ajustado jersey rosa de cuello alto que marcaba los pechos rotundos que se habían apretado contra su torso unos días antes.

Jessica se cruzó de brazos en el umbral, como un centinela.

—No entiendo por qué no hemos resuelto esto por teléfono.

Ryan no se molestó en darle una explicación. En lugar de eso, sencillamente sonrió.

—Hola Jessie —dijo, dando un paso hacia ella. Con su superior estatura, la obligaba a dejarlo entrar o verse presionada contra la pared.

Jessica, por supuesto, se apartó.

—Hola, Ryan.

—¿Dónde está la cocina? —preguntó él, mirando alrededor. El apartamento estaba decorado en tonos azules y malvas. Muy femenino.

—¿Por qué? Yo ya he cenado.

—Yo también —dijo Ryan, levantando las bolsas—. Esto es el postre.

Jessica lo miró, confundida.

—No quiero postre, gracias.

—Ya verás cómo sí —sonrió él, dejando las bolsas sobre la mesa del salón.

—Creí que habías venido para darme una respuesta sobre la tarta.

—Y así es. Aunque supongo que lo que yo opine te da igual. Como soy un hombre, estás convencida de que no tengo ni idea.

—Yo no he dicho eso —protestó Jessica.

—No, pero lo piensas —sonrió él, sacando varias cajitas de las bolsas—. Sé que no te hizo gracia mi sugerencia y estoy aquí para convencerte.

Jessica se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón, algo que, sin que se diera cuenta, marcaba aún más sus pechos bajo el jersey.

—¿De qué estás hablando?

Ryan la miró, sin poder disimular su admiración. Los pezones femeninos se marcaban a través del suave algodón del jersey, de modo que o no llevaba sujetador o era muy ligero. No había ningún obstáculo que disimulara su respuesta y si él no tenía cuidado, su reacción sería igual de obvia. O más.

En un intento de disimular, Ryan fue a la cocina para buscar un cuchillo.

—Es muy sencillo, Jessie —contestó por fin, subiéndose las mangas de la camisa—. He preparado una degustación de tartas para ver cuál de ellas te gusta más.

Y si la de vainilla sigue siendo tu favorita, encargaremos una de vainilla. Solo te pido que me des una oportunidad.

—Muy bien —suspiró Jessica.

Satisfecho, Ryan golpeó la mesa.

—Necesito que te sientes.

—¿En la mesa? —preguntó ella, incrédula.

Ryan la tomó por la barbilla para que lo mirase a los ojos. Los de ella eran tan profundamente azules que le hubiera gustado ahogarse en ellos.

—Solo por esta vez, ponme las cosas fáciles, ¿de acuerdo? Solo quiero que confíes en mí.

Jessica se quedó pensativa y él esperó pacientemente.

Unos segundos después, sin decir nada, se sentó sobre la mesa.

—Perfecto —murmuró Ryan, sacando la corbata del bolsillo.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Qué vas a hacer con esa corbata? —preguntó, con voz ronca.

—Voy a vendarte los ojos.

Capítulo 4

Jessica sintió un escalofrío ante la mirada directa del hombre, ante el innegable intento de seducción. El calor del cuerpo masculino parecía traspasarla, los latidos de su propio corazón le golpeaban el pecho y el ardor que empezó a sentir en el vientre hacían que se sintiera un poco mareada... pero no tenía miedo.

Ryan dejó la corbata colgando y el suave y erótico sonido de la seda despertó en ella una excitación desconocida.

Jessica tuvo que hacer un esfuerzo para respirar. Pero, aunque la sugerencia era muy estimulante, no estaba segura de cuál era la razón para querer vendarle los ojos.

—¿Por qué tienes que hacer eso?

—Para que experimentes todas las sensaciones.

Ryan dio un paso hacia ella y cuando sus piernas se rozaron, Jessica abrió las suyas... un error, pensó. Él se acercó más, apartando sus piernas para hacerse sitio, haciendo que se diera cuenta de cuán íntima era aquella posición.

—¿Qué sensaciones? —preguntó Jessica, con voz estrangulada.

—Tener los ojos vendados despertará el resto de tus sentidos, como la textura de las tartas, el sabor, el olor...

No estaba proponiendo nada indecente y, sin embargo, cuando colocó la corbata sobre sus ojos, una sensación de que estaba haciendo algo prohibido envolvió a Jessica. Después de hacer el nudo, Ryan apartó un mechón de pelo de su cara con los dedos, en un gesto tierno que alargó más de lo debido.

Sus pechos respondieron a aquella caricia, pero intentó disimular.

—¿Tocarme es parte del experimento?

—Solo quiero comprobar que tus sentidos están alerta.

Sus sentidos estaban electrificados y más vivos que nunca. Y no tenía ni idea de dónde estaba él mirando, pero sentía sus ojos clavados en todas partes. Jessica tuvo que hacer un esfuerzo para no cubrirse con los brazos.

—¿Cuántos dedos he levantado?

—Dos y medio —dijo ella, irónica.

El sonido de la ronca risa masculina recorrió su espina dorsal, como una caricia.

Jessica oyó que abría una de las cajitas y otros sonidos que no podía identificar antes de que Ryan volviera a colocarse entre sus piernas.

—Aquí está la primera —murmuró, rozando sus labios con el dulce.

Jessica abrió la boca para probarla e inmediatamente identificó el vulgar sabor a vainilla. Pero se guardó el comentario para sí misma.

—Vainilla. ¿Tú también estás comiendo?

—Prefiero no probar esta tarta. Ya sé lo aburrida que es la vainilla.

Jessica arrugó la nariz.

—Estoy deseando probar la que tú has elegido. ¿Macedonia de frutas, quizá?

Él volvió a reír, con aquel sonido profundamente masculino. Y entonces dos cosas despertaron sus sentidos al mismo tiempo, el olor a chocolate y una sensación de quemazón cuando él puso la mano sobre su muslo. La combinación fue como un cortocircuito.

—¿Chocolate? —murmuró, nerviosa.

—Sí, pero no es un chocolate normal.

Jessica respiró profundamente antes de probar un trocito. Sabía a café, a moca y a... menta.

—¡Qué rica! Quiero más.

—Sabía que te gustaría —dijo Ryan, dándole otro pedacito y deslizando después el dedo por sus labios—. Se llama «sinfonía de chocolate».

Desde luego, aquella tarta era una sinfonía de sabores. Decían que el chocolate era afrodisíaco y la verdad era que empezaba a sentirse... excitada.

—Es deliciosa.

Ryan le dio una botella de agua mineral.

—Bebe un trago para limpiarte el paladar. No quiero que mezcles los sabores.

Aunque el agua era refrescante, no podía apagar las llamas que el experimento estaba despertando.

—¿Y ahora qué?

—Ahora voy a darte algo dulce y pecaminoso —musitó Ryan—. Abre la boca.

Al probar la tarta, Jessica no pudo evitar un suspiro de placer. Sabía a fresas, a crema y a chocolate blanco. Una deliciosa mezcla de sabores.

—¡Qué rica!

—¿Más?

Ella asintió con la cabeza, olvidando que unos minutos después, tendría que soportar el consabido «ya te lo dije». Y Ryan tendría razón. La vainilla era un sabor demasiado aburrido y convencional, comparado con las tartas que él había llevado.

—Más —susurró Jessica, abriendo los labios. Ansiosa, tomó un bocado demasiado grande y sintió que algo se escurría por su barbilla—. Espero que hayas traído servilletas.

Jessica no estaba preparada para lo que pasó entonces. Sencillamente, Ryan acercó la boca a su barbilla y ella se estremeció al sentir allí la lengua del hombre.

La estaba chupando como si ella fuera el postre.

—Delicioso. Y muy dulce —murmuró, la voz ronca del hombre vibrando sobre sus labios.

Sin querer, Jessica esperaba que completase la tarea besándola en la boca...

Pero no ocurrió.

Como si no hubiera pasado nada, Ryan se apartó y volvió a cortar otro trozo de tarta, aquella vez de mantequilla y mermelada de naranja. Una delicia para las papilas gustativas.

La tentaba con cada prueba y ella se dejaba llevar por los evocativos placeres que aquellos sabores provocaban.

Ryan seguía limpiando con la lengua cada vez que se le escurría algo por la barbilla, pero seguía sin besarla.

Jessica se sentía frustrada. Hubiera querido quitarse la venda y... y tentarlo a su vez. Pero él insistió en que no se la quitara o el experimento terminaría.

Al final, ganó Ryan.

La siguiente prueba era una tarta de melocotón con champán que la hizo sentir mareada, no por el alcohol sino por el deseo que estaba creciendo dentro de ella.

Pero fue la última la que la desató: una mousse de chocolate con caramelo, frambuesas y coñac. Aquella tarta se derretía en su boca como un pecado.

—Esta es increíble. ¿Cómo se llama?

—¿Quieres creer que la llaman «mejor que el sexo»?

Jessica se pasó la lengua por los labios.

—Es deliciosa —suspiró—. Te hace sentir... eufórico.

—¿Esta es tu favorita?

—Desde luego.

—Muy bien —dijo Ryan con voz ronca—. Pero deja que te diga una cosa. Por muy buena que sea la tarta, nunca será mejor que el sexo... cuando lo haces con la persona adecuada.

De repente, Jessica se sintió incómoda e intentó quitarse la venda, pero él se lo impidió, sujetando su mano. El roce era firme, caliente.

—¿No quieres más? —preguntó en voz baja. Jessica sabía que no se refería solo a la tarta—. Está aquí mismo, en la palma de mi mano. Solo tienes que pedirla y será tuya.

Estimulada por sus palabras y el doble sentido sexual de la conversación, el corazón de Jessica empezó a latir con fuerza dentro de su pecho. Era un reto, una invitación...

Tuvo que tragar saliva para poder articular palabra.

—No quiero comer yo sola.

—A mí tampoco me gusta comer solo. ¿Qué tal si la compartimos?

—Muy bien.

De nuevo entre sus piernas, rodeándola con su aroma y su calor, Ryan tomó su mano. Jessica no sabía lo que pretendía, pero confiaba en él.

Tuvo que contener el aliento cuando introdujo sus dedos dentro de una de las tartas para que acariciase la textura de los ingredientes, algo que de repente embriagaba sus sentidos.

Todo su cuerpo temblaba de excitación.

—Esto es...

—¿Excitante? —sugirió Ryan.

Desde luego que sí. Jessica sonrió, sin saber si debía admitir cómo la estaba afectando aquella provocativa demostración.

—Y flácido.

—¿Flácido? Eso no puede ser —rio él, usando el chocolate como lubricante para deslizar los dedos de Jessica entre los suyos. Ryan se inclinó hacia ella para rozar su oreja con los labios—. ¿Te gusta? Así es el sexo con la persona adecuada. Sensual, suave, erótico...

Ella se mordió los labios al sentir una cascada caliente entre sus muslos. No tenía más remedio que creerlo. Quería creer que hacer el amor podía ser tan impetuoso, tan embriagador.

Unos segundos después, Ryan apartó la mano y Jessica se sorprendió al sentir los dedos del hombre sobre sus labios.

—Ryan...

—Y así es como sabe el sexo. Dulce, eufórico, vibrante. Pruébalo, Jessie, compruébalo por ti misma.

Aquella era una tentación demasiado poderosa.

—Quiero más —musitó Jessica por fin, con voz ronca.

Ryan volvió a poner los dedos sobre sus labios y ella abrió la boca. Sin pensar, sujetó la mano del hombre para que no pudiera apartarse, torturándolo como él la había torturado y después, instintivamente, deslizó la lengua por los dedos, chupándolos uno a uno.

Sintió que él temblaba, pero cuando intentó apartar la mano, Jessica se lo impidió. Estaba ávida, hambrienta y no de tarta, sino de la necesidad de experimentar el sexo embriagador y sensual.

Con Ryan.

De repente, Jessica sintió la boca del hombre sobre la suya, urgente, exigente.

A partir de ahí, perdieron el control. Ryan la tomó por la cintura, apretándola contra su pecho, obligándola a abrir más las piernas para acomodar su fiera erección justo sobre su vértice más íntimo. Estaban pegados desde los labios hasta los muslos y Jessica seguía sintiendo que aún no estaban demasiado cerca.

Enredando los dedos manchados de chocolate en su pelo, se arqueó hacia él, abriendo la boca para recibir la embestida sexual de su lengua. Ryan, por su parte, enredó los dedos en su pelo y deslizó la otra mano hasta llegar a su pecho. Jugaba con el pezón endurecido a través del algodón del jersey, apretando, tirando... hasta que un gemido de deseo escapó de los labios femeninos.

Jessica sentía un deseo salvaje, estaba perdida en el hechizo de Ryan. Tener los ojos vendados y ser acariciada de esa forma era una de sus fantasías prohibidas y la emoción era liberadora.

De repente, Ryan se apartó y ella lo oyó respirar agitadamente.

—Sal conmigo.

—No —estaba tan acostumbrada a rechazarlo que su respuesta fue automática.

Ryan volvió a besarla, aquella vez lenta, persuasiva, posesivamente.

—Solo una cita.

—Puede ser —dijo entonces Jessica.

Él seguía besándola, devorándola mientras rozaba sus pezones con los nudillos, volviéndola loca. Después, la besó en el cuello mientras tiraba del jersey hacia arriba.

Jessica tembló al sentir la lengua del hombre en sus pezones y tuvo que ahogar un grito cuando la mordió.

—Una cena —insistió él con voz ronca—. Di que sí, Jessie.

Mareada por la falta de visión y colorada por aquel asalto sensual, Jessica se sentía tentada.

—Sí —dijo por fin.

En ese momento, sonó el teléfono.

¿Le había dicho que sí a Ryan Matthews?

El teléfono volvió a sonar, pero Jessica no se movió. Y Ryan tampoco. Podía sentir el calor del cuerpo del hombre, aquel calor viril que la hacía pensar en sexo dulce, eufórico, sensual...

En silencio maldijo la venda que le había robado sus inhibiciones. Incapaz de ver a Ryan y bajo el hechizo de sus expertas caricias, su libido le había hecho olvidar que no era hombre para ella.

El contestador automático saltó entonces.

—Hola, Jessica, soy Brooke —escucharon la voz de su hermana—. He recibido una invitación para la fiesta de Nochevieja en casa de Ryan Matthews y supongo que tú también la habrás recibido. Llámame esta noche. Un beso.

Jessica se sintió culpable repentinamente, como si su hermana la hubiera pillado en aquella insensata postura con Ryan. El placer la había hecho olvidar algo muy importante, que a ella no le gustaban los abogados.

Sobre todo los que se dedicaban a tramitar divorcios.

Pero le gustaba Ryan. Lo deseaba.

De repente, él le quitó la venda y Jessica tuvo que cerrar los ojos. Cuando los abrió, vio el desastre que habían organizado sobre la mesa y en sus ropas. Ryan tenía chocolate, nata y fresa por toda la camisa, el pantalón, el pelo y la cara. Y ella estaba en la misma situación. Incluso había unos dedos de chocolates marcados sobre su pecho.

—Qué horror...

Pero mirar aquellos ojos castaños tan cerca de los suyos la confundía. Aquel hombre la confundía continuamente. Estaba dejando que sus emociones se mezclaran con la pasión física y eso no la llevaría a ningún sitio.

—No te preocupes. Lo limpiaremos juntos.

—Tenías razón —dijo Jessica entonces, bajando de la mesa.

—¿Sobre qué? —preguntó Ryan, esperanzado.

—Sobre la tarta, por supuesto —murmuró ella, incómoda. Era difícil hablar con normalidad después de lo que había ocurrido. Después de lo que ella había dejado que ocurriera.

Tenía que darse una ducha. Y necesitaba apartarse de aquel hombre que era una amenaza para su cordura. Quería estar sola para ordenar sus pensamientos y su vida. Una vida en la que no había sitio para el sexo sensual y erótico con Ryan Matthews.

—Ah, la tarta —suspiró Ryan, decepcionado.

—La de vainilla es muy aburrida. ¿Por qué no encargamos tres de las que has traído? ¿Te parece bien?

—Muy bien. Elige tú.

—¿Qué tal la de fresas y crema, el pastel de champán y la sinfonía de chocolate?

—Me parece estupendo —contestó él—. Pero creo que la tarta «mejor que el sexo» daría mucho que hablar a los invitados.

—Bueno, si quieres... —se encogió Jessica de hombros, intentando aparentar indiferencia—. Mira, tengo chocolate hasta en los zapatos, así que voy a ducharme, ya limpiaré yo esto más tarde. Tú puedes lavarte en el aseo, si quieres. Y cierra la puerta cuando te vayas.

Sin darle oportunidad de replicar, Jessica salió al vestíbulo y se dirigió al cuarto de baño.

Ryan dejó escapar un profundo suspiro. No pensaba irse a ninguna parte hasta que hubiera arreglado aquel desbarajuste.

Y no se refería a las tartas, sino a Jessica.

Había ido demasiado aprisa. La había asustado y esa no era su intención. Solo quería mostrarle lo fantástica que era la química entre dos personas y ofrecerle la posibilidad de que pudieran ser algo más que amigos.

Ella había aceptado de buen grado lo que había ocurrido entre ellos. Más que de buen grado, había sido desinhibida, incluso abiertamente sensual. La respuesta a sus caricias había sido auténtica. Pero su mente y su cuerpo no estaban en el mismo sitio. Ese era el problema.

Mientras sus seductoras demostraciones conseguían que Jessica olvidara sus reservas, no habían conseguido hacerla olvidar que no confiaba en él. Jessica tenía miedos y dudas muy profundos. Y por razones que ni él mismo entendía, Ryan deseaba que confiase en él, tanto como deseaba hacerle el amor para mostrarle los placeres que le habían sido negados.

Y sabía que si se marchaba en aquel momento, perdería la oportunidad de romper sus defensas. Solo había empezado a conocer las complejidades de Jessica y quería descubrirla en profundidad.

Mientras limpiaba la mesa y tiraba el resto de las tartas a la basura, Ryan planeaba su estrategia.

Si las cosas hubieran terminado mejor, podría estar compartiendo la ducha con Jessica, pensaba mientras se lavaba las manos y la cara en el aseo. La imagen del cuerpo femenino desnudo y mojado, con el agua cayendo por sus curvas invadió su

mente. La vivida fantasía ocasionó una nueva erección y Ryan tuvo que echarse agua fría en la cara.

Media hora más tarde, Jessica salió del baño y se detuvo al verlo, sorprendida. El pelo mojado caía sobre sus hombros y llevaba un viejo albornoz que la cubría hasta los pies.

En aquel momento, a Ryan le pareció increíblemente vulnerable.

Pero entonces, ella levantó la barbilla, desafiante.

—Sigues aquí —dijo, mirando alrededor—. No tenías que limpiar nada.

—Yo he contribuido a ensuciarlo todo, así que es justo que lo limpie —se encogió Ryan de hombros.

—Gracias.

«Y ahora puedes irte». No lo dijo, pero él imaginó que era lo que estaba pensando.

—De nada.

Jessica suspiró, cansada. Cuando se apretó el cinturón del albornoz, el escote se abrió un poco y Ryan pudo ver el nacimiento de sus senos. Acalorado, se preguntaba si estaría completamente desnuda y tuvo que hacer un esfuerzo para no alargar la mano y desatar el cinturón...

—Es tarde. Deberías irte.

—Enseguida. Pero me debes una cosa y no pienso irme sin ella.

—¿El dinero de las tartas? —preguntó Jessica entonces, abriendo un cajón—. No tengo efectivo en casa, pero puedo darte un cheque.

—No quiero dinero, Jessie. Lo que me debes es una cita.

—La has conseguido con malas artes, letrado.

Ryan soltó una carcajada.

—¿Llamas malas artes a mis besos?

Cuando Jessica arrugó la nariz, en uno de sus gestos característicos, le hubiera gustado tomarla en sus brazos y besarla de nuevo hasta que admitiera la verdad, que había participado por decisión propia en lo que había tenido lugar sobre la mesa.

—Te has aprovechado de mí, Matthews.

—Entonces, ¿reniegas de tu promesa?

Ella bajó la mirada, aparentando apartar una pelusa del albornoz.

—Creo que deberíamos limitarnos a ser amigos.

En opinión de Ryan, habían llegado demasiado lejos como para seguir siendo amigos. Pero estaba claro que debía tener paciencia.

—Entonces, ¿saldrías conmigo para... digamos, hacerme un favor?

Eso despertó su atención. Jessica levantó la cara y lo miró a los ojos, sorprendida.

—¿Un favor?

—Necesito una acompañante para la fiesta de mi bufete.

—¿Yo en una habitación llena de abogados? No, gracias.

—Una cita. Es lo único que te pido.

Jessica sonrió.

—¿Cómo se sabe que un abogado está mintiendo?

—Porque está moviendo los labios —sonrió Ryan.

—Exactamente.

Ryan tomó el cinturón del albornoz y la atrajo hacia él.

—Vamos, Jessie. Quieres acompañarme, lo sé.

Ella negó con la cabeza.

—No solo me niego a ir por razones personales, es que no me gustan esas fiestas elegantes. Seguro que encontrarás a otra mujer que pueda adornar tu brazo.

Ryan seguía sin soltar el cinturón del albornoz, sospechando que si lo soltaba, ella saldría corriendo. Y quería tenerla cerca.

—Te lo he pedido a ti porque no quiero ir con nadie más.

Y esa era la verdad, lo creyera Jessica o no.

—Pues entonces tendrás que ir solo. Lo siento, Ryan. No puedo ir. Es una cuestión de convicciones morales.

La excusa le resultaba familiar, pero aquella vez no pensaba aceptarla. No solo era importante para él ir acompañado a esa fiesta, era muy importante ganar su confianza.

—No entiendo esas convicciones morales tuyas, Jessie. ¿Qué tienes contra los abogados? —preguntó. Ella no contestó y Ryan se dio cuenta de que estaba levantando las barreras de nuevo. Si no actuaba rápido, perdería su oportunidad—. ¿Cómo puedes responder a mis caricias como lo has hecho antes y después darme con la puerta en las narices? No te entiendo.

Jessica tragó saliva.

—Lamento haberte decepcionado.

—No estoy decepcionado. Pero creo que tienes miedo y me gustaría saber de qué.

Ella levantó la barbilla, pero parecía más vulnerable que agresiva.

—Muy bien. Me siento atraída por ti, pero es solo algo físico. Es muy difícil para mí aceptar que eres abogado y te dedicas a tramitar divorcios.

—¿Por qué? —preguntó Ryan, atónito.

—Yo tuve que pasar por el divorcio de mis padres y comprobé lo fríos y calculadores que son los abogados. Mi madre tenía que trabajar doce horas diarias para mantenernos a Brooke y a mí mientras mi padre se quedó con su cuenta en el banco. Ni siquiera nos pasaba una pensión, gracias a su famoso y brillante abogado.

Ryan la miró, sorprendido. No sabía mucho sobre la infancia de Jessica, pero imaginaba que debía haber sido terrible.

—¿Crees que es eso lo que yo hago?

—¿No es así?

—Lo que le pasó a tu madre es una desgracia, aunque siempre hay dos lados en cada historia. Algunos divorcios son amistosos y otros, no, Jessica. Pero yo intento representar a mis clientes de forma objetiva.

—¿Aunque eso signifique arruinar la vida de una persona?

—A veces represento a la parte más débil, mujeres como tu madre que no quieren quedarse en la calle con sus hijos. Todo depende de las circunstancias, pero no se puede controlar la personalidad de los clientes, Jessica.

Ella dio un paso atrás y Ryan vio el dolor que había en sus ojos. Era evidente que seguía llevando sobre la espalda la amargura de su infancia y que su experiencia la había hecho

desconfiar no solo de los abogados, sino de los hombres en general.

—Entonces, ¿te gusta lo que haces?

Ryan se metió las manos en los bolsillos del pantalón, pensando en los seis años que llevaba trabajando con Irwin Haywood.

—Me encanta mi trabajo porque es un reto y me mantiene intelectualmente despierto —empezó a explicar—. Mi objetivo es ser socio del bufete, pero la razón por la que elegí mi carrera fue para ayudar a la gente.

Jessica sonrió, incrédula.

—¿Y por qué no te hiciste médico?

—Lo pensé. Pero cuando vomité mientras diseccionábamos una rana en clase de biología me di cuenta de que esa no era mi profesión —sonrió él—. Poco después, descubrí que lo que de verdad me gustaba era mantener discusiones y, sobre todo, intentar convencer a la gente para que viera las cosas desde mi punto de vista.

—Eso se te da muy bien —asintió Jessica.

—Pero no puedo convencerte para que salgas conmigo.

Ella suspiró, pasándose la mano por el pelo.

—Ryan, tu trabajo es todo lo que yo odio. A pesar del divorcio de mis padres y el de mi hermana, yo sigo creyendo en el matrimonio, en el amor y en los finales felices. Eso es lo que quiero para mí... con la persona adecuada.

Obviamente, él no era un candidato. Y, por mucho que Jessica le gustase, por mucho que le importara, no podía hacerle promesas, no podía darle lo que estaba buscando. Le había dado una buena razón para retirarse, pero Ryan descubrió que no podía hacerlo porque por primera vez en su vida, quería dar ese enorme paso con una mujer...y ver dónde lo llevaba.

Un paso que le daba miedo. Pero llevaba un año pensando en Jessica Newman y se le encogía el estómago ante la idea de no volver a verla.

—¿Seguro que no quieres pensarte lo de la fiesta? Puede que te dé una nueva perspectiva sobre los abogados.

—Lo dudo. Y creo que sería más inteligente si no fuera contigo a esa fiesta.

Ryan suspiró. No quería admitir aquella derrota.

—Sé que esto es algo inesperado y que no te he dado tiempo para pensarlo...

—No voy a cambiar de opinión, Ryan —lo interrumpió ella.

—Piénsalo, ¿vale?

Mientras tanto, pensó, si la única forma de disolver sus barreras era seduciéndola, al menos podrían divertirse.

Capítulo 5

Jessica estaba sentada frente al ordenador, incapaz de concentrarse en las recetas que debía transcribir.

Gracias al último comentario de Ryan la noche anterior, no podía pensar en nada más que en aquella fiesta.

Le había dicho que no y pensaba seguir diciendo que no. No se imaginaba a sí misma en una habitación llena de abogados. Tenía demasiados resentimientos y amargos recuerdos como para sonreír amablemente.

Lo que Ryan había sugerido era ridículo e imposible. Las complicaciones de involucrarse a un nivel tan personal solo acabarían con su corazón roto. No era solo su profesión, sino que él no tenía tiempo para mantener una relación seria. Nada duradero saldría de un romance entre ellos.

Ella lo sabía. Entonces, ¿por qué no podía pensar en Ryan como en un amigo?

Por el sexo erótico y sensual.

Jessica tuvo que ahogar un suspiro, como había hecho por la noche en la cama. Esa promesa tenía mucho que ver con su preocupación. Ryan le había mostrado lo que era la tentación y mentiría si dijera que no quería experimentar el placer que él le había hecho probar.

Deseaba ser un poco rebelde y romper las barreras de precaución que había levantado durante toda su vida. Había sido una buena chica tanto tiempo que quería vivir un poco, abrazar la pasión que Ryan despertaba en ella.

Jessica suspiró de nuevo, recordando los besos que había compartido con él. Los labios del hombre tenían la capacidad de llevarla al cielo. Tuvo que cerrar los ojos al imaginarlos en otra parte de su cuerpo y sus pezones se endurecieron ante la evocadora imagen. Se mordió los labios, imaginando la húmeda lengua masculina rozando sus pezones, la succión de su boca...

El teléfono la despertó de su ensueño.

Por la noche, antes de que Ryan se fuera, le había dicho que tenía mucho trabajo y no estaría libre hasta el domingo. Y le había pedido que fuera ese día a su casa para seguir con la organización de la fiesta, de modo que Jessica no esperaba que fuera él. Sabía

que estaba ocupado y se sintió irritada consigo misma por desear que llamase.

—¿Dígame?

—Hola, Jessica, ¿te has olvidado de mí?

Su hermana. Había estado demasiado distraída como para recordar que debía llamarla.

—Estaba a punto de llamarte.

—Ya. ¿Dónde estabas anoche?

—Pues... cenando con un amigo.

Prefería no contarle la verdad a Brooke. Eso despertaría su curiosidad y le haría preguntas que no quería contestar. Después de Nochevieja, su relación con Ryan sería la que había sido siempre. Y su hermana no tenía por qué saber que la preparación de la fiesta había incluido ciertas... seducciones de las que prefería no hablar.

—Espero que lo pasaras bien.

Sabiendo que no conseguiría concentrarse en el trabajo, Jessica apagó el ordenador.

—¿Vas a ir a la fiesta de Ryan? —preguntó, aparentando indiferencia.

—Claro. ¿Y tú?

—¿Cómo sabes que me ha invitado?

—Venga, Jessica. Marc y yo hablábamos ayer de cómo se nota que le gustas. Seguro que te ha invitado.

—Pues sí, me ha invitado —dijo ella, haciéndose la tonta.

—¿Y?

—Y aún no le he dicho si voy a asistir o no.

—Di que sí —la animó su hermana—. Lo pasaremos muy bien.

«Di que sí». Ryan también le había dicho eso la noche anterior. Y ella había renegado de su promesa, pero por una buena razón.

—Muy bien, iré. A lo mejor conozco a alguien interesante.

—Dudo que esa sea la razón por la que Ryan te ha invitado —rio Brooke—. Pero eso ya es cosa vuestra.

Durante el último año, su hermana había sido testigo de los coqueteos de Ryan. Pero en una semana, él había conseguido

atravesar sus barreras, y levantarlas de nuevo, después de la noche anterior, iba a ser más difícil de lo que creía.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal la vida de casada?

—Una maravilla —suspiró Brooke.

Jessica sonrió. La relación de su hermana con Marc había sido complicada al principio, pero con respeto y amor habían conseguido que funcionara.

El primer matrimonio de Brooke había sido un fracaso y la alegraba mucho que hubiera encontrado al hombre ideal. Además, eso le daba esperanzas de encontrarlo también.

—Me alegro mucho.

—Tú también te mereces ser feliz, Jessica.

—Soy muy feliz —replicó ella, pensando que sería mejor cambiar de tema—. ¿Qué vais a hacer Marc y tú en navidades?

—Hemos pensado ir a esquiar a Tahoe. Si a ti no te importa, claro.

Jessica sintió que su corazón se encogía.

—Por supuesto que no me importa.

—¿De verdad no te duele pasar las navidades sin mí?

Cada dos años, iban a visitar a su madre a Virginia, pero aquel era el año que les tocaba quedarse en Denver y siempre pasaban las fiestas juntas. Aquel sería el primer año que lo hicieran separadas.

Jessica sabía que su hermana cancelaría el viaje si le dijera que no quería estar sola, pero no pensaba estropearle los planes.

—No pasa nada, Brooke. Pensaba pasar unos días en casa de una amiga —mintió para tranquilizarla.

Brooke dudó un momento.

—Podrías pasar el día de Navidad con los padres de Marc.

—Me lo pensaré —dijo Jessica.

—Estupendo. Yo vuelvo a Denver el día treinta, así que podríamos comer juntas e ir de compras. Necesitamos un vestido para Nochevieja.

El entusiasmo de su hermana la hizo sonreír.

—Muy bien. El día treinta nos vamos de compras.

Después de eso se despidieron y, de repente, Jessica se sintió sola... y nada feliz con su solitaria vida.

—He encontrado una empresa de catering para la fiesta. Me han enviado un fax con varios menús para que podamos elegir. ¿Qué te parece? —preguntó Jessica, mostrándole el papel.

Llevaba media hora en su casa y Ryan se estaba portando como un caballero. No había mencionado lo que había ocurrido la última vez que se había visto y tampoco estaba coqueteando con ella como solía hacerlo. Ni siquiera había vuelto a referirse a la fiesta de su bufete. De hecho, a juzgar por su expresión, podría estar hablando con uno de sus clientes.

Jessica se decía a sí misma que eso era lo mejor, pero su actitud pasiva la molestaba. Estaba acostumbrada a discutir y bromear con él, a rechazar sus avances. Y su actitud de frialdad la sorprendía.

Quizá después de su último rechazo había decidido que no merecía la pena insistir. La amistad pura y simple sería lo mejor para los dos. Eso era lo que ella quería.

¿O no?

Ya no estaba segura. Aunque sabía que Ryan no podía darle el final feliz que deseaba, había algo que no podía negar: Ryan Matthews era el hombre más sexy que había conocido nunca y lo deseaba como no había deseado a ningún hombre.

De reojo, observó la nariz recta, el firme mentón y los labios que le habían mostrado delicias prohibidas. Culpaba a Ryan por despertarla a aquellos placeres carnales y llenar su cabeza de pensamientos lascivos.

Lo hacía responsable por las noches sin sueño, dando vueltas y vueltas en la cama, imaginando cómo sería dejarse seducir y experimentar el erótico y sensual interludio que él llevaba un año ofreciendo.

Ryan dejó el papel sobre la mesa.

—Hay una buena selección de platos para elegir —dijo, sonriendo. Pero en sus ojos castaños no había el brillo alegre que Jessica estaba acostumbrada a ver.

—Yo había pensado en una bandeja de verduras, otra de quesos, pollo, mini pizzas, canapés de cangrejo, ensaladas...

—Muy bien. Y, si no te importa, podríamos incluir champiñones rellenos.

Durante una hora estuvieron charlando sobre la fiesta y, para su sorpresa, Ryan no se opuso a la elección de bebidas ni a sus ideas para decorar la casa con flores de pascua y muérdago.

En ese momento, Jessica notó que algo le rozaba la pierna y al principio pensó que era la pierna de Ryan, pero cuando miró hacia abajo vio una bola de pelo gris.

—¡Un gato! —exclamó, mirando los ojitos verdes del animal.

—Te presento a mi gata, *Camelot* —dijo él, tomando en brazos al animal.

Jessica observó los largos dedos de Ryan acariciando a la gata y cómo *Camelot* cerraba los ojitos ante la caricia. Así era como se sentía ella cuando Ryan la acariciaba...

Algo que no había hecho en toda la tarde.

—Es preciosa.

—Y muy cariñosa. Siempre duerme conmigo. Si duermo en el sofá, se pone a mi lado. Si duermo en mi cama, se coloca encima de mis pies.

Jessica sintió una punzada de envidia. Aunque era una tontería, por supuesto.

—He hablado con Brooke y me ha dicho que Marc y ella vendrán a la fiesta de Nochevieja.

—Menos mal. Sin ellos, no habría fiesta.

—Habríamos encontrado alguna forma de convencerlos —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Entonces, ¿estás de acuerdo con todo lo que hemos decidido?

—Claro.

Jessica reunió sus papeles para marcharse, incapaz de creer que Ryan no iba a hacerle insinuación alguna. Debería estar agradecida, pero se sentía decepcionada.

—Me lo estás poniendo muy fácil, Matthews.

—Creo que has aprendido la lección. Es mejor no ser tan práctico y probar varias cosas.

Ella guardó las cosas en su bolso, mirándolo con ironía.

—Ya me imaginaba que dirías algo así. No te hagas el listo.

—Yo no me hago el listo.

—Sí te lo haces.

—¿Por qué dices eso?

Como si no lo supiera, pensó Jessica.

—Porque me equivoqué sobre la tarta.

—Yo solo quería enseñarte que en la variedad está el gusto. Y hablando de enseñar, hay una cosa que quiero decirte antes de que te vayas.

—¿Qué?

—¿Has comprado el regalo para Marc y Brooke?

—Ayer compré un juego de toallas, pero tengo que comprar alguna otra cosa.

—¿Sigues pensando en que cada uno compre un regalo, en lugar de hacer algo conjunto?

Jessica suspiró. Otra vez el tema.

—Sigo pensando que mi idea es más...

—Práctica y sensata —la interrumpió él, sin dejar lugar a dudas sobre lo que pensaba: era aburrida.

—Es lo que a mí me gustaría que me regalaran.

—¿De verdad?

El reto que había en su voz y el brillo diabólico de sus ojos despertó algo en ella... una excitación ilícita y prohibida.

—Pues sí. De verdad.

—¿Alguna vez te has bañado con un hombre?

Jessica se apartó un mechón de pelo de la cara.

—No.

—Entonces, no tienes ni idea de lo que se siente cuando alguien te enjabona la espalda, suave, delicadamente...

Jessica tuvo que resistir el deseo de encogerse en la silla. Su voz y las calculadas palabras la tocaban en lugares secretos. Cuando se fijó en las manos del hombre acariciando al gato, el deseo se despertó de nuevo.

—Mi esponja me sirve. Muchas gracias.

Él rio suavemente y el sonido pareció envolverla como un abrazo.

—Pero no es tan divertido como deslizar tu cuerpo sobre el cuerpo de otra persona —murmuró Ryan entonces—. Y luego están las cremas con sabor de las que te hablé. Se echan en el cuerpo del amante y después... se chupan.

El pulso de Jessica se aceleró ante la imagen que apareció en su mente. Aquel era el Ryan que conocía, el que la tentaba con sus palabras. No la estaba tocando, pero sus palabras ejercían un poderoso efecto en ella.

—Si tú lo dices...

Ryan dejó en el suelo a *Camelot* y estiró las piernas.

—Si no lo has probado, ¿cómo sabes qué prefieres unas toallas?

—Yo soy muy práctica, Ryan. Siempre lo he sido.

De repente, y por primera vez, Jessica se preguntó qué se había perdido siendo tan prudente.

El sexo erótico y sensual, se dijo a sí misma.

—Y estás demasiado orgullosa de ello —dijo Ryan entonces. No había crítica en su expresión, todo lo contrario, parecía divertido—. Ven, Jessie, quiero enseñarte una cosa.

—«Dijo la araña a la mosca».

—¿No sientes curiosidad?

Jessica se sentía más tentada de lo que quería reconocer, pero no pensaba admitirlo.

—¿Por qué no me dices qué quieres enseñarme?

—Porque es más divertido así —sonrió él, ofreciendo su mano—. Puedes darme la mano o no, Jessie. Tú decides. Pero si te conozco bien, te marcharás loca de curiosidad, preguntándote qué tenía en mente...

Un escalofrío la recorrió. Ryan la conocía demasiado bien. Mientras su corazón le decía que pusiera la mayor distancia posible entre ellos, su cuerpo traidor le pedía que le diera la mano.

Diciéndose a sí misma que solo quería saciar su curiosidad, le dio la mano por fin y permitió que la llevara hasta su dormitorio.

Jessica se fijó en los muebles de caoba y la decoración en tonos azules y verdes antes de que Ryan la colocase frente a la cama, sobre la que había una cesta llena de cosas.

Eran productos para el baño, velas, una botella de vino con dos copas y un albornoz granate. Había más cosas, pero con lo que había visto era suficiente.

—Ya veo —murmuró, soltando su mano—. Pero sigo creyendo que Marc y Brooke encontrarán mi regalo más práctico.

—Esto no es para ellos. Es la lección número dos —sonrió Ryan, perverso—. Sensualidad contra pragmatismo.

—¿Quieres que me bañe contigo? —preguntó Jessica, atónita.

—Pues sí —contestó él, como si fuera la cosa más normal del mundo—. Ya que eres tan escéptica, he pensado que lo mejor sería hacerte una demostración.

Ella recordó la demostración de las tartas, que había empezado tan inocentemente y... recordar lo que había ocurrido sobre la mesa hacía que le temblaran las piernas.

—Ryan, lo que estás sugiriendo es...

—¿Tentador?

Lo era, pero no pensaba decírselo.

—Más bien, infame.

—Vamos, Jessica —rio él—. Solo quiero mostrarte lo divertido que puede ser bañarse con un hombre. Así entenderás mejor mi regalo.

—No pienso desnudarme delante de ti —insistió Jessica.

—Ya me imaginaba que eso era demasiado esperar —suspiró Ryan—. Entonces, habrá que echar mano del plan B.

—¿Cuál es el plan B?

—Que te dejes puesta la ropa interior.

Jessica soltó una carcajada, nerviosa.

—¿Y qué tal el plan C: ni lo sueñes?

Ryan se puso las manos en las caderas, en un gesto deliciosamente infantil.

—No pasa nada, Jessie. Será como si llevaras un bañador. Yo te prometo que no me quitaré el mío. Además, si las cosas llegan demasiado lejos y quieres que pare, solo tendrás que decirlo.

Ella se mordió los labios, pensativa. Los ojos del hombre parecían llenos de sinceridad. Además, Ryan nunca la había obligado a nada, ella había aceptado de buen grado participar en sus «demostraciones».

Y eso era lo que la preocupaba. Estar en ropa interior con él era una idea loca y, además, Ryan tenía un arma letal: sus besos que la drogaban, sus caricias...

—No, gracias.

—Si cuando termine sigues pensando que tu idea es mejor, la aceptaré. Pero tienes que darme una oportunidad de demostrarte que tengo razón. ¿Te parece justo?

—¿Un abogado entiende de justicia? —bromeó ella.

—¿Por qué no te olvidas de mi profesión durante un rato? Este es un experimento, Jessica. Solo debes pensar que somos un hombre y una mujer pasándolo bien.

Podía decir que sí y disfrutar de los placeres que Ryan tenía guardados para ella.

O decir que no y lamentar después haberse perdido una experiencia única.

—Muy bien. De acuerdo.

—Estupendo —sonrió Ryan, acercándose a un cajón para sacar un bañador.

Después, se quitó la camiseta y la dejó sobre la cama. Jessica tuvo que tragar saliva al ver aquel torso desnudo y musculoso, cubierto por una fina capa de vello oscuro que seguía hacia abajo, hasta la cinturilla de los vaqueros... que él estaba empezando a desabrochar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, con el corazón en la garganta.

—Desnudarme. Y sugiero que tú hagas lo mismo.

Sin una onza de decoro, Ryan se bajó la cremallera del pantalón y Jessica tuvo que enfrentarse con unos calzoncillos de algodón blanco... que no conseguían ocultar sus atributos masculinos.

Pero antes de que se desnudara del todo Jessica recuperó el sentido común.

—Si no te importa, me gustaría quitarme la ropa en privado.

Podría parecer ridículo, pero no estaba acostumbrada a estar en braguitas y sujetador delante de un hombre.

—Como tú digas —asintió Ryan, tomando el albornoz que había en la cesta—. Puedes ponerte esto, ya que eres tan pudorosa.

—Gracias —dijo ella, haciendo una mueca que lo hizo reír.

Ryan tomó el bañador y la cesta y entró en el cuarto de baño.

—Entra cuando estés preparada.

Cuando la puerta se cerró tras él, Jessica se preguntó si alguna vez estaría preparada para Ryan Matthews.

Capítulo 6

Jessica se estaba quitando las zapatillas de deporte cuando oyó el grifo de la bañera y, sin darse cuenta, miró hacia la puerta del dormitorio.

Aún no era demasiado tarde para salir corriendo, pensó.

Sería lo más lógico, pero no podía negarse a sí misma lo que deseaba. Unos deseos que habían permanecido dormidos durante años y que Ryan había despertado. Fuera lo que fuera lo que él había planeado, quería disfrutarlo, quería jugar y divertirse.

Esperaba que la tocara, que la besara...

Y la idea de embadurnar su cuerpo con crema para chuparla después no sonaba nada mal.

Decidiendo que la experiencia merecía la pena, Jessica se bajó los vaqueros. Pero cuando iba a tomar el albornoz de la cama, su reflejo en el espejo la detuvo.

Viéndose a sí misma con ojos diferentes, tuvo que sonreír al ver lo clásica que era su ropa interior. El sencillo sujetador y las braguitas de algodón un poco demasiado grandes no parecían adecuadas para estimular el deseo de un hombre.

Desde luego, ella no era una bomba sexual. Nunca se gastaba el dinero frívolamente y la lencería sexy le parecía un lujo injustificable.

Pero era lo mejor. Al menos, esa ropa interior de algodón no convertiría a Ryan en un tigre y le haría más fácil imaginar que llevaba un bikini.

Después de ponerse el albornoz, llamó a la puerta del baño y, al entrar, la recibió el aroma a fresas que salía de la bañera.

Pero no era una típica bañera, sino un jacuzzi, suficientemente grande para dos personas y tan profundo que uno podría estar hundido en el agua hasta los hombros. Si la bañera no era suficiente para dejarla inmóvil, la pecadora composición con la que Ryan había decorado el baño, sí lo fue.

La cesta de productos estaba en un taburete al lado de la bañera, junto con una botella de vino y dos copas, llenas. Media docena de velas iluminaban la habitación dándole un ambiente muy romántico y el aroma a fresas salvajes saturaba sus sentidos.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

—Estoy impresionada —contestó Jessica. Y no solo se refería a la decoración del baño. Con el bañador, Ryan estaba realmente sensacional.

—Es un buen principio. Y ahora, quítate el albornoz y métete en el agua.

Intentando aparentar tranquilidad, Jessica se quitó el albornoz y lo dejó caer al suelo, quedándose en ropa interior. No podía mirarlo, pero sentía los ojos del hombre clavados en ella, como si estuvieran marcándola a fuego.

—Oh, no —murmuró Ryan con voz ronca.

No había murmurado aquello porque no le gustase su cuerpo sino por todo lo contrario... la erección del hombre era visible bajo el bañador.

—Dijiste que sería como llevar un bañador —dijo ella, incómoda.

—Y lo es... en cierto modo.

—¿En cierto modo? —repitió Jessica, incrédula—. ¿Tienes esa reacción cada vez que ves una mujer en bañador?

—La verdad es que no —sonrió Ryan, pasándose la mano por el pelo—. Mi cerebro sabe que la ropa interior es igual que un bikini, pero por fin estoy viendo el increíble cuerpo que escondes bajo capas y capas de ropa y mis hormonas se han apoderado de mí. Siempre había sabido que tenías un cuerpo precioso, pero mis fantasías no te hacían justicia. En realidad, eres perfecta.

Jessica se puso colorada como un tomate. Aquel hombre era un seductor, pero no podía evitar sentirse halagada. Nadie la había mirado de esa forma y ella nunca se había sentido más deseada.

Era una experiencia nueva sentirse tan atractiva. Durante toda su vida, había sido muy precavida con el sexo opuesto, habiendo aprendido por la experiencia de su madre que los hombres no eran siempre lo que parecían. Y su breve relación tres años antes sostenía esa teoría.

Jessica tenía que aplicar la misma filosofía con Ryan, más aún a causa de su profesión. Él era el tipo de hombre al que debía evitar a toda costa. El propio Ryan había admitido que su carrera era lo más importante y que prefería relaciones sin ataduras, al contrario que ella.

Pero... era sincero, amable, bueno. Una contradicción con su oficio. Además, Ryan sabía cómo derretir sus defensas y despertar anhelos que ella ni siquiera sabía que existieran.

Confusa por sus sentimientos, Jessica decidió concentrarse en algo que era innegable, la atracción que sentía por él.

Era una experiencia embriagadora saber que ella era la estrella de sus fantasías y, por aquel día, pensaba disfrutar de sus atenciones sin expectativas ni promesas.

—Las señoras primero —dijo Ryan entonces, señalando la bañera.

Jessica entró en el agua y suspiró al sentir el chorro caliente sobre su piel.

—Qué bien.

—¿Te gusta? —preguntó él, sentándose a su lado.

—Es muy agradable —sonrió Jessica, apoyando la cabeza sobre el borde de la bañera.

—Me alegro. Pero ahora viene lo mejor —dijo Ryan, dándole su copa de vino.

—¿El vino es lo mejor?

—No. Solo quiero que lo pruebes —sonrió él. Jessica tomó un sorbo del líquido escarlata—. Muy bien. Ahora cierra los ojos y relájate.

Ella obedeció y en cuanto dejó la copa sobre el taburete, sintió los dedos del hombre en uno de sus tobillos.

Al principio se puso tensa, pero se fue relajando a medida que notaba la esponja deslizarse por su pierna. Incluso rio cuando le hizo cosquillas. Pero cuando él empezó a deslizar la esponja por sus muslos, arriba y abajo, la risa desapareció.

El agua rozaba sus hombros y su pelo mientras Ryan movía la esponja por su vientre, sus pechos y su cuello. Aunque evitaba deliberadamente detenerse en sus zonas erógenas, ella estaba sin respiración.

—¿Te gusta?

Jessica tembló ante el sonido ronco de la voz masculina y cuando abrió los ojos, se encontró con la mirada del hombre, aparentemente tan afectado como ella.

—Es mi turno. Date la vuelta.

Colocándose de rodillas, Jessica empezó a pasar la esponja por la ancha espalda masculina y sintió que Ryan se ponía tenso. Con una confianza que nunca antes había sentido, decidió explorar el momento y empezó a pasar los dedos por su pecho. Cuando rozó los pezones masculinos, erectos, un escalofrío de placer la recorrió. Jessica se apretó contra la espalda masculina, abriendo las piernas para que Ryan se colocara entre ellas.

Cuando rozó la erección bajo la tela del bañador, él sujetó su mano y se dio la vuelta, casi hundiéndola en el agua al hacer un movimiento brusco. Pero Jessica enredó las piernas alrededor de su cintura para no resbalar y cuando sus cuerpos entraron en íntimo contacto, los dos ahogaron un gemido.

Los ojos del hombre se habían oscurecido, pero el círculo dorado que los rodeaba brillaba con una llama de deseo.

—Me parece que lo estás pasando demasiado bien.

Ella sonrió, coqueta, mientras intentaba recuperar el equilibrio.

—¿No era ese el propósito de la lección?

Ryan la ayudó a sentarse de nuevo y después buscó algo dentro de la cesta.

—Sí, supongo que sí. Así que presta atención.

Jessica intentó observar lo que estaba haciendo, pero sus anchos hombros eran un espectáculo más interesante.

—¿Qué haces?

Ryan sacó un frasco y le quitó la tapa.

—La diversión está a punto de empezar —dijo, metiendo el dedo y chupándolo después.

—¿A qué sabe?

—Pruébala.

Jessica metió el dedo en el frasco, pero en lugar de chuparlo lo extendió por el torso del hombre y después lo lamió con la lengua.

—Sabe a chocolate —susurró, volviendo a extender la crema sobre uno de sus pezones y, más audaz que nunca, mordisqueándolo después.

Ryan parecía sorprendido.

—Oye...

Ella lo miró con fingida inocencia. No se sentía nada inocente en ese momento.

—¿No era este el propósito?

—Siempre he sabido que eras una estudiante muy aplicada —sonrió él, tomándola por la cintura para sentarla sobre el borde de la bañera.

Salir del agua caliente y enfrentarse con el aire fresco del baño hizo que sus pezones se endurecieran inmediatamente... y, en ese momento, se dio cuenta de que sus braguitas y sujetador, húmedos, dejaban muy poco a la imaginación. Sus pezones se veían claramente bajo el algodón y una sombra oscura en forma de V se marcaba entre sus piernas.

Jessica tuvo que hacer un esfuerzo para no cubrirse de la mirada masculina, pero la modestia hizo que juntara las piernas.

Sacudiendo la cabeza, Ryan volvió a separárselas. Él seguía dentro del agua, de rodillas.

—De repente, estoy hambriento —murmuró con voz ronca.

La mirada del hombre era efectivamente hambrienta y primitiva y Jessica sintió un escalofrío de placer. Tomando el tarro de nuevo, Ryan metió los dedos y después extendió el chocolate por su cuello y sus hombros, antes de acercarse con los labios abiertos.

Con el corazón acelerado por lo que se avecinaba, ella se sujetó al borde de la bañera y gimió ante el contacto de su lengua. Aquello era demasiado.

Pero Ryan seguía con la lección, extendiendo el chocolate sobre uno de sus brazos.

—¿Tu madre no te enseñó que no se juega con la comida? —rio, nerviosa.

—Sí. Pero también me enseñó a no dejar nada en el plato —contestó él, poniendo más chocolate sobre su escote. Cuando se inclinó para chuparlo, Jessica tuvo que cerrar los ojos.

Intentando jugar también, ella extendió la mano para tomar el tarro, pero Ryan se lo impidió.

—Deja que lo haga yo. No quiero que te ensucies, porque si lo haces, luego seré yo quien tenga que limpiar —protestó, fingiendo indignación.

Ante el pensamiento de lo que esa tarea implicaba, sus pezones reaccionaron inmediatamente. Jessica recordó entonces

que él había prometido no quitarse el bañador y que si las cosas llegaban demasiado lejos, podrían parar.

Pero Jessica no quería que parase. Aún no. Confiaba en él y quería seducirlo como él la estaba seduciendo a ella. Sintióse más atrevida que nunca, metió los dedos en el frasco y extendió el chocolate sobre sus propios pezones.

—Insisto en que lo limpies. Todo esto es culpa tuya —susurró, dándole el permiso que él buscaba.

Después, con una audacia que a ella misma asombraba, empujó su cabeza hacia adelante para guiarlo hacia el chocolate.

Y él se puso a hacer su trabajo, lentamente primero, con la punta de la lengua y después abriendo la boca para chupar su pecho a través del sujetador.

Jessica gimió de placer. Ryan parecía querer poseerla con la lengua, haciéndola sentir un estremecimiento hasta en la parte más íntima y escondida de su cuerpo. Excitada, arqueó la espalda y apretó los muslos contra los costados del hombre deseando... algo que parecía imposible de conseguir.

Ryan siguió chupando el chocolate en el otro pecho, llevándola a un estado sensual que Jessica desconocía. Sentía los dedos del hombre deslizándose hasta su vientre, donde dibujó algo que parecía un corazón. Después, deslizó la lengua por el dibujo y dentro de su ombligo mientras la sujetaba por las caderas.

Jessica dejó caer la cabeza hacia atrás. Se sentía salvaje, sin control. Incapaz de contenerse, abrió más las piernas para restregarse contra él, moviéndose arriba y abajo descaradamente. Quería disfrutar del éxtasis que ningún otro hombre le había proporcionado.

Ryan volvió a tomar más chocolate, que extendió por la cara interior de sus muslos para chuparlo después, mordiendo la delicada piel y volviéndola loca cuanto más se acercaba a su parte más íntima.

Y entonces él la tocó allí, quemándola con su aliento. Jessica sintió emoción, sorpresa y miedo a la vez. Ryan había colocado sus piernas sobre sus hombros y de repente se sentía muy vulnerable cubierta apenas con las finas braguitas. Tenía miedo del placer que la esperaba.

—Ryan... no.

A pesar de la protesta, no parecía muy convencida.

—Quiero probarte, disfrutar de ti.

Una especie de peso se instaló en su vientre, una sensación que pedía a gritos ser liberada. Al ver la pasión que marcaba las facciones del hombre, la misma que debía marcar las suyas, supo que siempre lamentaría haber dejado pasar aquel momento y puso las manos en su cuello suavemente, como señal de rendición.

Había esperado que él le quitara las braguitas, pero no lo hizo. Sujetando sus muslos para que no los cerrara, empezó a besar la parte interior, derritiéndola. Jessica dejó de sentir miedo y empezó a sentir una decadente languidez... hasta que él se volvió impaciente y presionó su boca contra la femenina cueva. De repente, sintió la lengua del hombre embistiendo sobre sus braguitas y tuvo que hacer un esfuerzo para respirar. Pero antes de que se hubiera recuperado, él la estaba tomando con la lengua. La barrera de algodón mojado no existía para Ryan. Con sabias embestidas de su lengua, combinadas con la presión de labios y dientes, Jessica sintió una ola de placer que la recorría entera.

Se sujetó a sus hombros para no perder el equilibrio, sintiendo un delicioso abandono, y tuvo que cerrar los ojos cuando un orgasmo que jamás antes había experimentado la pilló por sorpresa. Solo pudo escuchar el gemido ronco del hombre y sus propios gemidos, mezclados con las voluptuosas contracciones que recorrían todo su cuerpo.

Y en aquel momento indescriptible, embriagada de salvaje sensualidad se dio cuenta de que estaba enamorándose de Ryan Matthews, abogado.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, él la metió de nuevo en el agua y Jessica enredó las piernas alrededor de su cintura, sintiendo la erección del hombre presionando entre sus piernas.

Sus ojos se habían oscurecido y tenía los labios húmedos tras el sensual asalto.

—Ahora quiero que tú pruebes lo bien que sabes.

La voz del hombre era ronca, sexy, excitante.

Sujetando su cabeza, Ryan acercó sus labios para que pudiera saborear la dulzura y la euforia de su propio sexo. Ella gimió ante un gesto tan erótico, pero a pesar de sus audaces palabras, el beso fue tan tierno que Jessica estuvo a punto de ponerse a llorar. Se dijo a sí misma que era por efecto del orgasmo, pero no lo creía. Porque, aunque estaba por primera vez físicamente saciada, se sentía vacía e inquieta.

No quería analizar sus sentimientos y se concentró en el beso. Ryan deslizaba sus labios y su lengua con un ritmo y una sabiduría tan deliciosos que Jessica se preguntó si haría el amor de la misma forma.

Y, de repente, volvió a desearlo de nuevo. Un deseo que era como un incendio extendiéndose por todo su cuerpo y concentrándose entre sus piernas. Aunque él no había hecho demanda alguna, Jessica habría deseado dárselo todo, rendirse a la pasión que ambos sentían.

Sabía que no tenía futuro con Ryan Matthews, solo un par de semanas más hasta la fiesta de Nochevieja y después cada uno se iría por su lado. De modo que, ¿por qué no disfrutar de las delicias sensuales que él podía ofrecer sin promesa alguna por ambas partes? La gratificación sería mutua y se separarían sin remordimientos. Aquel recuerdo quedaría grabado en su memoria para siempre, reemplazando el torpe encuentro amoroso que había mantenido años atrás.

Con el corazón acelerado, Jessica apartó la cara. Tenía que decírselo, tenía que hacerlo antes de perder el valor.

—Hazme el amor, Ryan.

Capítulo 7

La sorprendente invitación de Jessica reverberaba en la mente de Ryan como una seductora letanía. Un calor intensó se concentró entre sus piernas, aumentando su erección. No había nada que deseara más que llevarla a su cama, cubrir su cuerpo con el suyo y enterrarse en ella. Pero no estaba preparado para dar aquel paso. No tenía preservativos. Y seguramente era lo mejor porque no creía que Jessica estuviera preparada emocionalmente.

Él deseaba más que una tarde de sexo satisfactorio con una mujer que empezaba a importarle de verdad, quería más que una rendición a la atracción física. Por primera vez en mucho tiempo no quería un revolcón... y quería que Jessica exigiera más de él.

Saciar sus deseos era algo muy sencillo. En el pasado lo había hecho tantas veces que podía afirmarlo sin dudas. Pero no había nada sencillo en Jessica Newman y una vez que hubieran saciado su deseo, habría muchas repercusiones emocionales.

Necesitaba tener toda su confianza antes de hacer el amor con ella.

Estaban apretados el uno contra el otro y Ryan intentaba no pensar en lo fácil que sería dejarse llevar por la tentación y satisfacer su deseo.

Jessica seguía tensa, esperando una respuesta. Estaba colorada por el calor, por el deseo... y sus ojos parecían nublados.

Con ternura, Ryan apartó un mechón de pelo de su cara.

—Jessie, no podemos hacer el amor. No tengo preservativos.

Era la verdad. Y la mejor forma de rechazar la invitación sin herir su orgullo.

Ella lo miró, sorprendida. Como si esperase que tuviera cajas y cajas de condones por todas partes.

—¿No tienes?

—Lo creas o no, hace algún tiempo que no tengo relaciones con ninguna mujer. Y no guardo una caja en la mesilla.

—Oh —murmuró Jessica, avergonzada.

La esponja flotaba en el agua y Ryan empezó a pasársela por los hombros. Ella cerró los ojos, disfrutando de la caricia, sin decir nada.

—Además, no creo que estés preparada para hacer el amor.

Jessica abrió los ojos y lo miró con una mezcla de sorpresa, confusión e incredulidad.

—¿Cómo puedes decir eso después de...?

—¿Después de que hayas tenido un orgasmo?

Ella, que no estaba acostumbrada a hablar sobre sexo, tuvo que tragar saliva.

—Sí.

—Tu cuerpo está preparado —asintió él, pasando la esponja por sus pechos—. Y yo podría deslizarme dentro de ti ahora mismo, pero no estoy seguro de que estés preparada para hacer el amor en tu cabeza.

—¿En mi cabeza? ¿Tengo que estar preparada para el sexo en la cabeza?

—Sí. Tienes que estar preparada mental y emocionalmente —asintió Ryan. Por primera vez en su vida, eso le importaba, pero no pensaba investigar las razones—. No estoy seguro, pero creo adivinar que tu experiencia sexual es muy limitada.

Jessica apartó la mirada.

—¿Tan evidente es?

—Eres muy apasionada y sensual, pero hay algo increíblemente inocente en ti. ¿Cuántos amantes has tenido, Jessie?

—Uno. Hace tres años.

—¿Y qué pasó?

—Lañe y yo salimos durante un mes. Yo pensé que le importaba, pero solo quería llevarme a la cama. Una vez que lo consiguió, las cosas se volvieron demasiado serias y desapareció —explicó ella—. Ese primer encuentro sexual no fue memorable, desde luego. Nada como lo que tú y yo... bueno, como lo que hemos hecho.

Ryan intentó no hincharse como un pavo.

—Me alegro.

—¿De qué? ¿De qué solo haya tenido un amante?

—No, de haber sido el primero en darte placer —sonrió él, deslizando las manos hasta su trasero—. Y ser inexperta no es algo

de lo que debas avergonzarte. Pero yo no quiero que esto sea solo algo físico.

Jessica levantó una ceja, extrañada.

—Ryan... los dos sabemos que entre nosotros no puede haber una relación seria. De modo que quizá deberíamos disfrutar de lo que tenemos, que es algo puramente físico.

Sus palabras eran demasiado frívolas, como si estuviera intentando hacerse la fuerte para protegerse. Pero Ryan estaba seguro de que no podría hacer el amor con él sin involucrar su corazón.

Y no quería que ella sintiera remordimientos después.

—¿Cómo esperas que haga el amor contigo cuando ni siquiera hemos salido a cenar? ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Jessica apretó las rodillas contra sus costados, riendo.

—Un hombre muy viril.

Y su parte viril no pudo evitar levantarse ante el cumplido.

—Entonces, ¿quieres usarme para disfrutar de un sexo fantástico?

—¿Eso sería tan malo?

—Sí, si tu cuerpo y tu mente no están de acuerdo.

Un año antes, habría aceptado su proposición, pero en aquel momento había algo mucho más fuerte entre ellos. Todo era nuevo para él, sobre todo aquel sentimiento posesivo, protector, pero no quería perder su oportunidad con ella.

—Ya.

—Y hasta que eso ocurra, no estarás preparada.

Ella arrugó la nariz, un gesto que a Ryan le encantaba.

—Eres el hombre más irritante y más dictatorial que conozco.

—Viniendo de ti, lo tomo como un cumplido.

Jessica le sacó la lengua.

—Arrogante.

—Ten cuidado, Jessie —rio él—. Podría hacer muchas cosas con esa lengua tuya. Puede que no estés preparada para hacer el amor, pero hay otras cosas... —añadió, metiendo un dedo en su boca suavemente—. No me importaría nada sentir tu boca en mi...

Jessica se quedó perpleja ante la audacia del hombre.

—¡Ryan!

—¿Ahora te vas a hacer la modosa? Pues te necesito completamente desinhibida si vamos a hacer el amor.

Ella suspiró, frustrada.

—Muy bien, letrado. ¿Y cuándo cree que estaré preparada para eso? —preguntó, levantando la barbilla.

Ryan tuvo que resistir el impulso de quitarse el bañador, quitarle las braguitas y tomarla allí mismo. Por lista.

—Ya lo sabrás, cariño. Y cuando estés preparada, no tendrás que pedírmelo. Simplemente, ocurrirá.

Desde el otro lado de la mesa de la cocina, Ryan observaba a Jessica comer un trozo de pizza. Había en ella una nueva confianza que le parecía increíblemente sexy y lo hacía sentir optimista sobre su decisión de tomarse su tiempo.

Después de jugar en la bañera, se habían dado una ducha. Él había vuelto a vestirse, pero Jessica llevaba el albornoz granate. Su ropa interior estaba en la secadora, de modo que estaba desnuda bajo la suave tela de aterciopelado algodón.

La idea hizo que tuviera que moverse en la silla para encontrar una postura más cómoda.

Jessica lo miró entonces con los ojos brillantes.

—Es usted un letrado muy duro, señor Matthews. Creo que puede declarar que ha ganado su último caso.

Ryan sonrió. Ella no parecía enfadada por la negativa y eso le daba esperanzas.

—¿Qué caso?

—Pragmatismo contra sensualidad. Has ganado. Otra vez, debo reconocer.

Jessica estaba chupándose los dedos con deliberada lentitud, tentándolo, y él estuvo a punto de advertirle que, si no tenía cuidado, tendría que demostrarle la lección número tres: no se bromea con un tigre hambriento porque puede devorarte.

—Eso es porque siempre presento mis casos con pruebas irrefutables —sonrió, tomando un trozo de pizza—. Usar pruebas irrefutables es la forma más segura de ganar.

—Y también conocer las debilidades del contrario y aprovecharse de él —dijo entonces Jessica, poniéndose seria.

No era una acusación, solo un hecho basado en su propia experiencia.

—Sí, algunos abogados operan así —admitió Ryan—. Pero no puedes juzgarme sin permitirme probar que yo no soy así.

Era una petición razonable y se sintió aliviado cuando ella asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

No tenía ni idea de cómo habían ido a parar a aquel tema, pero tenía que buscar la forma de buscar una conversación más agradable.

—Bueno, hablemos de algo más importante. ¿Mi regalo para Brooke y Marc te parece adecuado ahora?

—Desde luego que sí —sonrió ella, tomando un trago de refresco—. Nunca volveré a tomar un baño sin pensar en ti.

Eso le gustaba. Le encantaba ser parte de sus fantasías.

—¿Sabes una cosa? —dijo Jessica entonces, apartando el plato de pizza—. Después de la demostración de tartas y el baño, me parece que no necesito más lecciones.

Ryan sonrió, pero estaba empezando a pensar que él también tenía que aprender una lección, que podían encontrar terreno común en el que entenderse, además de la atracción sexual.

Habiendo aprendido que Jessica respondía favorablemente a sus demostraciones, empezó a pensar en el siguiente plan de ataque.

—Considerando la intimidad que hemos tenido en el baño, ¿qué tengo que hacer para convencerte de que vengas conmigo a la fiesta del bufete?

—Ah, no. De eso, ni hablar. No pienso ir.

El corazón de Ryan se encogió con afecto, junto con algo más profundo que lo pilló desprevenido. Y no intentó bloquear la sensación como habría hecho en el pasado, sino que dejó que la emoción lo llenara.

—Había pensado que, ya que estás tan contenta, podría convencerte.

—No.

—Ven conmigo a la fiesta, Jessie.

El corazón de Jessica latía con tal fuerza que le dolía. Lo que había ocurrido en el baño, lo que él le había hecho sentir, lo que ella le había pedido después... todo era un error, pero no se lo parecía.

Debería haberse negado como había hecho la otra noche, pero en realidad en su interior deseaba que las cosas fueran diferentes.

Necesitaba ocupar sus manos para que él no viera lo nerviosa que estaba y tomó los platos para llevarlos al fregadero.

—¿Por qué es tan importante que vaya?

Se decía a sí misma que preguntaba solo por curiosidad, pero sabía que estaba buscando una razón para aceptar la invitación.

—Tras la conversación del otro día sobre tus padres y sobre mi profesión, me gustaría mostrarte que no todos los abogados somos demonios, sino gente corriente que se gana la vida defendiendo a sus clientes. Espero que salgas de la fiesta con otro punto de vista —dijo Ryan, tirando la caja de pizza a la basura—. Es la primera vez que Irwin Haywood me invita a su fiesta. Es un privilegio para mí y, francamente, no me gustaría ir con nadie más que contigo.

Ryan quería compartir la noche con ella. Pero, ¿cómo podía olvidar que su carrera era lo único importante para él? Una relación con Ryan sería solo algo temporal. Tenía que aceptarlo o dejarlo.

Eso le daba la excusa perfecta para aceptar su invitación y pasar algún tiempo con él antes de separarse. Aunque era una locura, pensó. Era una loca por querer estar con él sabiendo que la relación no duraría. Sin embargo, como lo que ocurrió durante la demostración de las tartas, como había ocurrido en el baño, Jessica no podía resistirse.

—La verdad es que a mí no me gustan las fiestas, Ryan. Y tampoco tengo un vestido apropiado...

Él la interrumpió, poniendo un dedo sobre sus labios.

—Si es la mejor excusa que has encontrado, tengo que decirte que es muy pobre.

—Es la verdad.

—Entonces, déjame los detalles a mí. Yo me encargaré de que lleves algo adecuado —sonrió Ryan, metiendo las manos por la abertura del albornoz y poniéndolas sobre sus caderas.

Ella se quedó sorprendida por el audaz gesto que la había dejado completamente expuesta de cintura para abajo.

—¿Qué estás haciendo?

Él estaba pasando la mano por sus caderas, su cintura y su trasero. Sin embargo, el roce no era sensual, sino más bien práctico. Jessica no entendía nada.

—¿Talla treinta y seis?

—Treinta y ocho —corrigió ella, percatándose de que había estado tomando medidas.

—Tienes unas proporciones perfectas —sonrió Ryan, metiendo un dedo en su ombligo—. ¿Zapatos del número treinta y seis?

—Treinta y siete.

—Muy bien —dijo él, apartando las manos y sin mirar lo que tan claramente había estado expuesto—. Te llegará un paquete a mediados de semana.

Jessica, con las rodillas temblorosas, tuvo que apoyarse en la repisa para no caer al suelo.

Mientras tanto, él estaba abriendo un cajón.

—Por cierto. Quiero darte una llave de mi casa.

—¿Para qué?

—Para que puedas entrar cuando quieras. Supongo que querrás empezar a decorar la semana que viene.

—No hace falta. Vendré cuando tú estés en casa.

—Tómala, Jessie —insistió él, poniendo la llave en su mano—. Nunca se sabe cuándo puedes necesitarla. Y puedes venir cuando quieras, sin tener que llamar antes.

Jessica se emocionó al ver la sinceridad en los ojos del hombre. Sus palabras implicaban exclusividad, confianza. En ese momento se sentía deseada y segura y ningún otro hombre la había hecho sentir así.

Y aunque sabía que sus emociones eran una ilusión, tomó la llave y la apretó en su mano.

Envuelta en una toalla después de una relajante ducha, Jessica hizo inventario de las cosas que habían llegado al apartamento el sábado con una nota de Ryan que decía: *Estoy deseando ver lo guapa que estás. Iré a buscarte a las siete.*

Aquel hombre tenía muy buen gusto. No solo le había comprado ropa y zapatos, también había incluido un gel y una leche corporal con aroma a jazmín que olían de maravilla.

Se sentía mimada y tenía que reconocer que ese era un lujo al que no estaba acostumbrada.

Faltaba media hora para que llegase Ryan y debía darse prisa. No quería llegar tarde a una fiesta que, para él, era un gran paso adelante en su carrera.

Y ella iría de su brazo en aquella ocasión.

Mientras dejaba caer la toalla al suelo para vestirse, deseó no estar tan nerviosa. Por un lado, se preguntaba qué iba a hacer en una habitación llena de abogados, con los que no tenía nada en común. Pero, por otra, realmente deseaba disfrutar la noche con Ryan.

Decidida a pasarlo bien, tomó la ropa interior que él le había regalado, un conjunto de braguita y sujetador de encaje negro. Le quedaban perfectamente y tuvo que sonreír, pensando que Ryan debía haber echado un vistazo a la talla de su sujetador cuando lo había sacado de la secadora.

Después se puso las medias negras de seda con una banda de encaje que las sujetaban al muslo y cuando se volvió para mirarse en el espejo, casi no se reconoció a sí misma.

Se había convertido en una mujer muy sexy. Y le gustaba la transformación, como le gustaba la sensación excitante del encaje sobre su piel.

Por fin, se puso el vestido de terciopelo negro que se ajustaba a sus curvas como un guante. Era de manga larga y de escote suficientemente profundo como para mostrar el nacimiento de sus pechos.

Con el pelo recién lavado y un poquito de maquillaje para destacar sus ojos y sus labios, se sentía sofisticada y elegante. Una fantasía, desde luego, porque bajo esa apariencia estaba la misma Jessica de siempre, una mujer con sueños de estabilidad y

seguridad, con necesidades emocionales que no coincidían con los planes de Ryan.

El timbre sonó en ese momento, interrumpiendo sus pensamientos. Jessica se puso los zapatos negros de tacón, tomó el bolsito de seda y fue a abrir la puerta.

Cuando vio a Ryan, con traje oscuro y corbata azul, se quedó de piedra. Estaba más guapo que nunca.

—Hola.

Él entró en el apartamento y el exquisito aroma de su colonia masculina la envolvió.

—Hola —sonrió, mirándola con admiración—. Estás... fantástica.

—Gracias a ti.

—En parte —dijo Ryan, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. La verdad es que Natalie me acompañó a la tienda para comprar el vestido. Pero la ropa interior la elegí yo. ¿Te queda bien?

—Perfectamente —sonrió ella.

—Me gusta comprarte ropa interior de encaje —murmuró Ryan entonces, pasando el dedo por el escote—. Y estaría mintiendo si no dijera que imaginarte con esas medias negras de seda y las braguitas de encaje me hace desear arrancarte el vestido.

El deseo se apoderó de Jessica y, con una audacia que desconocía, le pasó un dedo por la solapa de la chaqueta, sonriendo.

—Bueno, es posible que más tarde podamos hacer realidad esa fantasía.

Él levantó una ceja, sorprendido.

—Si no tuviéramos que ir a la fiesta, aceptaría el reto.

Jessica se acercó un poco más para hablarle al oído.

—El reto sigue en pie, letrado. Durante toda la noche.

Ryan ahogó un gemido.

—Eres una mujer perversa, Jessie.

Nunca antes había sido perversa. Nunca hasta que conoció a Ryan. Él la hacía sentirse audaz, sexy... y ella disfrutaba de la sensación porque pronto volvería a estar sola.

—Aunque me gustaría mucho explorar esa invitación, me temo que debemos irnos —dijo él entonces, mirando su reloj—. ¿Estás lista?

—Supongo que sí —sonrió Jessica.

Media hora después, llegaban frente a la mansión Haywood. Un empleado salió de la casa para aparcar el coche y Ryan la tomó del brazo para llevarla hacia las impresionantes puertas de roble.

Con cada paso se sentía más nerviosa y él se percató de ello.

—¿Te pasa algo?

No podía decirle que se sentía incómoda, que aquel no era su sitio, sabiendo que él la llevaría a casa si lo hiciera. Ryan no quería hacerle pasar un mal rato, estaba segura. Y ella no deseaba estropearle la noche.

—Solo estoy un poco nerviosa.

Él inclinó la cabeza para rozar sus labios en una caricia infinitamente delicada.

—Estaré a tu lado todo el tiempo —murmuró para darle seguridad—. Lo pasarás bien Jessie.

En ese momento, un hombre salió de la casa y los saludó alegremente. Era Irwin Haywood, el jefe de Ryan, que lo regañó por haber ocultado a todo el mundo que iría a la fiesta con una acompañante tan bella.

Jessica no tuvo más remedio que aceptar el cumplido, haciendo un esfuerzo para relajarse.

Capítulo 8

Tras cuatro horas intercambiando frases amables con abogados, Jessica no pudo evitar que su sentido del humor se despertara mientras volvían a casa.

—¿Cómo salvarías a un abogado que está ahogándose?

—No tengo ni idea —sonrió Ryan.

—Dejando de pisarle la cabeza.

Él soltó una carcajada alegre y el sonido llenó el interior del coche.

—Gracias por guardar esa broma para mí solo.

—De nada. No creo que a tus colegas les hubiera hecho demasiada gracia.

—¿Tan mala ha sido la fiesta?

Jessica suspiró, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del asiento.

—La verdad es que no. Todo el mundo era muy agradable —confesó, con los ojos cerrados.

Había sobrevivido, incluso lo había pasado bien. Charlando con aquellos abogados había visto una cara de ellos que desconocía. Parecían personas normales, hombres y mujeres que habían elegido la carrera de leyes, pero que tenían familia y que representaban a la gente intentando conseguir un juicio justo. Tampoco esperaba que tuvieran cuernos, pero le había sorprendido sobre todo la calidez de algunos de ellos.

Pero lo que más la había sorprendido era el comentario que había hecho una de las abogadas cuando Ryan charlaba con su jefe. Según la mujer, Ryan era la clase de abogado más preocupado por sus clientes que por su propio beneficio.

Y, a pesar de los amargos recuerdos de su infancia, Jessica tenía que aceptar que no todos los abogados querían cortarle el cuello al oponente. Ryan desde luego no parecía ese tipo de persona.

—Me alegro mucho de que hayas venido conmigo —dijo él entonces, poniendo una mano sobre su pierna. Aunque los separaba la lana del abrigo, el calor de la mano masculina parecía traspasarla.

Ella también se alegraba. Ryan había sido tan atento que, por unas horas, había disfrutado la fantasía de ser algo más que una acompañante. Pero, como Cenicienta, a la mañana siguiente la fantasía habría desaparecido y volvería a la realidad.

—Te habrás dado cuenta de que tu jefe y tus colegas creen que somos una pareja.

—¿Y eso te molesta? —preguntó él, apartando un momento los ojos de la carretera.

—No. Pero supongo que creen que van a seguir viéndome en el futuro.

Y no sería así. No podía ser así.

—No te preocupes por eso.

Ryan dejaría claro que no eran una pareja, solo amigos. Esa idea la entristeció y se regañó a sí misma por ser tan tonta, por desear algo que era completamente imposible. Lo único importante para él era su carrera y, a juzgar por el entusiasmo de Haywood hacia su joven colega, era evidente que su objetivo estaba a punto de cumplirse.

«Debería sentirse orgullosa de Ryan. Es uno de nuestros colegas más brillantes y tiene un futuro muy prometedor frente a él», le había dicho Irwin Haywood.

Y eso era lo único que le importaba a Ryan. Debería alegrarse por él, pero sabía que esa era precisamente la barrera que los separaba.

—Tu jefe tiene muy buena opinión de ti —murmuró, con un nudo en la garganta.

—Después de seis años en el bufete, es muy agradable que reconozcan el trabajo de uno. Espero que los próximos años sean aún más interesantes.

Tenía el corazón puesto en llegar a socio, pero eso significaría más trabajo, menos horas libres y ningún tiempo para cultivar una relación sentimental duradera. Su compromiso estaría con el bufete.

Aunque eso no debería importarle, pensó Jessica, mirando las luces de la ciudad.

—¿Por qué te hiciste abogado? —preguntó unos minutos después—. Y sobre todo, ¿por qué te especializaste en divorcios?

—La verdad es que yo no tomé la decisión de especializarme en divorcios, pero antes de graduarme, Haywood me contrató como

pasante en el departamento de casos de familia. Yo tenía que pagar mi apartamento y muchas otras cosas y me pareció buena idea — explicó Ryan—. Y la verdad es que estoy contento con lo que hago.

El mensaje que había en sus ojos era innegable, le estaba pidiendo que lo aceptase por lo que era. Y, en ese momento, Jessica se dio cuenta de que ya lo había hecho.

Aunque su carrera la hacía recordar su turbulenta infancia, sabía que seguirían siendo amigos después de la fiesta de Nochevieja. Y, a pesar del peso que sentía en el corazón, sabía que no tenía más alternativa que terminar con aquella relación erótica que habían comenzado... antes de que las cosas fueran demasiado lejos. Antes de que todo se volviera más complicado.

Ryan paró el coche y cuando Jessica miró por la ventanilla, esperando ver su apartamento, se quedó sorprendida al ver las oficinas de Irwin Haywood.

—¿Qué hacemos aquí?

—Tengo que subir a buscar un informe para estudiarlo este fin de semana —contestó él, quitándose el cinturón de seguridad—. ¿Te importa?

—No, claro que no. Sube.

—Esperaba que vinieras conmigo —dijo Ryan, acariciando su pelo—. La vista desde mi despacho es magnífica.

—Debería haber sabido que escondías algo.

—Haría cualquier cosa para estar a solas contigo —rio él.

Incapaz de resistir aquella sonrisa, ella lo acompañó a la oficina, que estaba completamente solitaria.

—Solo tardaré cinco minutos.

—Muy bien.

Hacía calor y Jessica se quitó el abrigo. Mientras lo esperaba, echó un vistazo a las fotografías que había en la pared. En una de ellas, estaba Ryan con sus hermanas y sus padres.

—Es tu familia, ¿verdad?

—Sí. Es una foto muy bonita.

Había algo muy cálido en aquella foto y Jessica sintió una punzada de envidia.

—Tienes suerte de tener una familia tan unida. Es maravilloso —dijo, con el corazón encogido.

Ryan reconoció la tristeza en las facciones femeninas. Había visto esa expresión en algunas de las mujeres a las que representaba profesionalmente. Pero, mientras siempre se había mantenido en una posición objetiva con sus clientes, el dolor de Jessica era como una garra que apretaba su corazón.

Ella era una víctima del divorcio, como tantos otros niños, y se había sentido profundamente afectada por la traición de su padre. Había perdido la estabilidad, la seguridad de una familia y, aparentemente, seguía buscando lo que su padre le había arrebatado.

Una familia.

Algo que él había tenido siempre y a lo que, quizá, no le daba la importancia que debía darle. Nunca le había faltado afecto, nunca de niño se había ido a la cama sintiéndose solo, y jamás había cuestionado el cariño de sus padres.

Ryan respiró profundamente, sabiendo que era el momento de discutir su pasado, que para que Jessica confiara en él, tenían que saltar aquel obstáculo juntos. Y quizá, durante la conversación, ella podría purgar parte de la amargura que le había causado un hombre sin compasión.

—¿Cuántos años tenías cuando tus padres se divorciaron?

—Nueve —contestó Jessica—. Creo que lo más difícil del divorcio fue que antes todo era perfecto. Yo era el ojito derecho de mi padre y lo adoraba.

Ryan se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Supongo que los problemas de tus padres no empezarían de la noche a la mañana.

—No, claro. Y supongo que mi padre había buscado una amante mucho tiempo antes del divorcio, pero para mí, que mi padre hiciera la maleta y desapareciera de repente fue devastador. No podía entender qué pasaba y creí que era culpa mía.

Ryan apretó los puños dentro de los bolsillos, furioso ante el dolor de la joven. La imaginaba con nueve años, alegre y feliz, con sueños y fantasías destrozados de repente.

Jessica se acercó a la ventana y miró al exterior. Aunque las luces del despacho la reflejaban a ella, impidiéndole disfrutar de la vista de la ciudad. Ryan no se acercó, imaginando que quería mantener las distancias.

—Entonces mi padre presentó una demanda de divorcio y no se conformaba con la mitad de todo —siguió diciendo—. Mis padres discutieron muchas veces. Él decía que el dinero era suyo porque lo había ganado y mi madre insistía en que tenía que mantener a sus hijas. Al final, mi padre contrató a un abogado que se aprovechó de que no había separación de bienes y mi madre lo perdió todo. Nos quedamos sin nada.

—Entiendo —murmuró Ryan.

—Mi madre lo pasó muy mal. Siempre estaba llorando y ni siquiera quería salir de su habitación. Si no hubiera sido por Brooke, la depresión la habría matado y nosotras dos habríamos acabado en un orfanato. Tuvimos que mudarnos a un apartamento muy pequeño —siguió Jessica, con voz ronca de emoción—. Mi madre tenía que trabajar en dos sitios para llegar a fin de mes y mi hermana cuidaba de mí.

Pasamos de comer como cualquier familia normal a comer macarrones y perritos calientes casi todos los días.

—¿Tu padre no os pasaba dinero? —preguntó Ryan.

—Según mi hermana, enviaba un cheque muy de vez en cuando. Pero nunca nos llamó. No hemos sabido nada de él en trece años.

Estaba intentando mantener la compostura, pero le costaba trabajo.

—Entiendo que estés furiosa con él.

—Lo odio —murmuró ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ningún hombre debería abandonar a sus hijos —dijo Ryan, con vehemencia.

Los divorcios estaban a la orden del día, era un triste hecho. Y si había una cosa que le desagradaba de su profesión era que a veces los padres involucraban a los niños en sus peleas. No quería pensar en ello cuando estaba trabajando en un caso, pero la realidad era que muchos divorcios dejaban cicatrices incurables en los hijos.

Ryan sentía una gran compasión por Jessica y tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla en sus brazos.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por eso.

—Yo también —murmuró ella, volviéndose.

Después de lo que había sufrido de niña, era lógico que no permitiera a ningún hombre romper sus barreras.

Evidentemente, su profesión había sido un obstáculo al principio, pero no era la única razón por la que ella seguía manteniendo las reservas. Sospechaba que el abandono de su padre y la forma en que Lañe la había tratado habían hecho que no creyera en las promesas de ningún hombre.

—Tu madre se ha vuelto a casar, ¿verdad?

—Sí. Y es muy feliz.

—Y Brooke también.

—¿Dónde quieres llegar, Ryan?

—Lo que quiero decir es que la felicidad solo es cuestión de encontrar a la persona adecuada.

—¿Y cómo se sabe que uno ha encontrado a la persona adecuada?

—Hay que confiar en el instinto.

—Eso no funcionó con mi madre, ni con el primer matrimonio de Brooke.

—Pues entonces, tendrás que confiar en tu corazón.

Como él estaba haciendo con el suyo, que le decía que confiara en Jessica y en lo que sentía por ella.

Un brillo de aprensión brilló en los ojos femeninos. Tenía miedo de volver a arriesgar su corazón, tenía miedo de tener que volver a empezar, sola. Pero la vida y las relaciones sentimentales no tienen garantía y ella tendría que confiar en sus emociones antes de poder confiar en él.

Sabiendo que no había nada más que pudiera decir o hacer en ese momento, Ryan apagó la lámpara y guiándose por la luz del pasillo, se acercó a ella.

—Ven, cariño. Te prometí que tendrías una vista fabulosa.

—Sí, es verdad.

Ryan se sentó en un sillón y ella no protestó cuando la colocó sobre sus piernas. Para sorpresa del hombre, Jessica enredó un brazo alrededor de su cuello y apoyó la cabeza sobre su hombro mientras miraba la ciudad llena de luces.

Él cerró los ojos un momento, disfrutando de aquel gesto de confianza. Nunca en su vida le había parecido un momento más

perfecto. Y nunca su alma se había sentido más en paz que en aquel instante.

La revelación lo sorprendió. Su carrera lo satisfacía plenamente y aunque siempre había disfrutado del sexo opuesto, nunca había necesitado que una mujer lo hiciera sentir completo, nunca había encontrado una que le hiciera cuestionarse su futuro y sus objetivos.

Hasta que había conocido a Jessica Newman.

Siempre había sabido que un día se casaría y tendría hijos, pero no tenía ninguna prisa. Seguía inseguro sobre formar un compromiso con una mujer cuando sabía lo difícil que era mantener una relación incluso en las mejores circunstancias.

Sin embargo, después de estar con Jessica, no estaba preparado para dejarla ir. Lo que sentía por ella era raro y especial. Lo sabía y quería explorar aquel sentimiento. Sin duda la quería en su vida, aunque no sabía cómo. Le gustaba estar con ella, le encantaba que ella lo hiciera reír y desearla al mismo tiempo.

Con el trasero femenino apretando su entrepierna, en aquel momento la deseaba con locura. Pero tenía que dejar de pensar en ello. No estaban en el sitio adecuado.

—A veces, cuando trabajo hasta muy tarde, me siento aquí a oscuras para relajarme.

—La vista es fantástica.

—Tú eres fantástica —corrigió Ryan, acariciando su pelo—. Pero me alegro de que te guste el paisaje y de poder compartirlo contigo.

—Es una forma estupenda de terminar el día.

Pero Ryan no quería que terminase. Y ella tampoco, si el tono seductor de su voz era una indicación. Aquella noche tendría que terminar, pero él quería conservar algún recuerdo.

—Ayer hablé con Marc y me ha dicho que Brooke y él van a pasar las navidades a Tahoe.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer tú el día de Nochebuena?

Jessica apartó la mirada, incómoda.

—Aún no lo he decidido.

Él sabía que no era así, que tendría que pasarlo sola. Y no pensaba permitirlo.

—¿Por qué no vienes conmigo a casa de mis padres? El día de Nochebuena es muy divertido en casa, con todos los niños y los regalos...

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias.

—¿Por qué no? —preguntó Ryan, deslizando la mano por su espalda.

Jessica suspiró. Las caricias eran castas, pero la excitaban.

—No creo que ir a casa de tus padres sea buena idea.

—¿Por qué?

—No quiero darle la impresión a tu familia de que tú y yo...

—¿Estamos saliendo?

—Eso es.

—Lo de hoy ha sido una cita, así que estamos saliendo —sonrió él—. Pero en cuanto a lo de mi familia, si te sientes mejor, les diré que eres una amiga.

—¿Sueles llevar a tus amigas a casa de tus padres en Nochebuena?

—Serías la primera desde el instituto.

—¿No me digas? —rio Jessica.

El rico sonido llenó algo que Ryan no sabía que estaba vacío. Entonces, la sonrisa desapareció y él supo que Jessica se había dado cuenta de la importancia del comentario. Vio un brillo de pánico en sus ojos y antes de que el miedo la hiciera apartarse, decidió actuar.

—Di que sí, Jessie —murmuró, tomando su cara entre las manos.

—Si lo haces porque sientes lástima de mí...

—Por favor, no seas tan cabezota. Te lo pido porque quiero compartir mi familia contigo.

Ella se mordió los labios y su expresión se suavizó.

—¿Crees que podrías convencerme para que dijera que sí? —murmuró, mirándolo a los ojos.

El calor de esa mirada recorrió el cuerpo del hombre, endureciéndolo instantáneamente.

Sabía a lo que se refería, sabía lo que quería. Y no pensaba rechazar el ofrecimiento por nada del mundo.

—Lo intentaré —dijo Ryan, con una sonrisa malévola.

Cuando enterró las manos en su pelo, los labios de ella se abrieron como por ensalmo. Ryan aprovechó para introducir la lengua, acariciándola, bailando con la de ella a un ritmo sensual. Estaba poseyendo su boca como deseaba poseerla en cuerpo y alma.

Pero eso no ocurriría esa noche. Jessica estaba emocionalmente herida por la conversación y no quería mezclar ambas cosas. Además, no llevaba preservativos. Los preservativos estaban en su mesilla, esperando el momento adecuado.

Aceptando que tendría que darse una ducha de agua fría cuando llegara a casa, Ryan decidió disfrutar de los besos y las caricias hasta que ella decidiera parar.

Con un gemido, Jessica aplastó sus pechos contra el torso masculino y él tuvo que hacer un esfuerzo para no mover la mano que tenía en su espalda y acariciar las tentadoras curvas.

Ryan se apartó un poco para mirarla a los ojos. Sus labios estaban húmedos e hinchados por los besos, su respiración tan entrecortada como la suya.

—Dime que sí, Jessie. Dime que irás a casa de mis padres.

Ella negó con la cabeza, deslizando las manos por su camisa hasta encontrar los endurecidos pezones masculinos.

—Tienes que ser más persuasivo.

—¿Cómo?

Jessica acercó la boca a su oreja y empezó a pasar la lengua por ella.

—Te reto a que hagas lo que dijiste antes, en mi casa —murmuró Jessica entonces con voz ronca.

Ryan apretó los labios, excitado.

Era su oportunidad y no pensaba rehusar. Mirándola a los ojos, tomó la cremallera del vestido y empezó a tirar hacia abajo. Unos segundos después, Jessica quedaba expuesta de cintura para arriba, cubierta apenas con un sujetador de encaje negro, sus

pezones erectos suplicando las caricias de sus labios, el suave roce de su lengua...

—Son preciosos —murmuró él con voz ronca, deslizando la mano por una de sus piernas. Sin una pizca de pudor, Jessica las abrió para que él acariciara la parte interior del muslo.

Ryan levantó el vestido, respirando con dificultad mientras se concentraba en acariciarla, tentándola, excitándola, obligándola a decir que sí.

—¿Y bien?

Jessica acarició su cara, sonriendo.

—Es posible.

Ryan rio, disfrutando del momento.

Lentamente, bajó las tiras del sujetador hasta que lo único que lo sujetaba eran los aros y la punta de sus rosados pezones.

—¿Te das cuenta de que me estás obligando a tomar medidas extremas?

La advertencia solo sirvió para que los ojos azules de Jessica brillaran, excitados.

—Haz lo que tengas que hacer.

Ryan tiró del sujetador y los perfectos pechos quedaron a unos centímetros de su rostro, llamándolo. Ella ahogó un grito cuando sintió los labios húmedos del hombre rozando sus pezones y cuando él abrió la boca para chuparlos, sintió que un escalofrío la recorría entera. La lengua de Ryan hacía círculos alrededor de la aureola, mordisqueándola, volviéndola loca...

Ryan sabía lo que deseaba, lo que necesitaba. Y pensaba dárselo.

Tomándola por la cintura, le dio la vuelta para colocarla de espaldas a él, el trasero femenino sobre su erección. Antes de que Jessica se diera cuenta de lo que pensaba hacer, tiró de las braguitas hacia abajo y después levantó sus piernas y las colocó sobre cada brazo del sillón.

Jessica gimió al verse en una postura tan lasciva. El cristal de la ventana la reflejaba desnuda, excepto por el vestido arrugado en su cintura y las medias de seda.

—¿Ryan?

Cerrando los ojos para no ver la erótica imagen que devolvía el cristal, él enterró la cara en su pelo y respiró su aroma.

—Confía en mí —susurró—. Mírate en el cristal. Mira lo preciosa que eres.

La nueva posición dejaba sus dos manos libres y Ryan acarició sus pechos, gimiendo con ella cuando empezó a arquearse, moviéndose sobre su dolorida entrepierna.

Intentando controlarse y rezando para sobrevivir a aquella tortura, Ryan deslizó una mano sobre su vientre mientras la besaba en el cuello. Ella seguía mirándose en el cristal, atónita, hasta que tuvo que cerrar los ojos porque el deseo que le producían las manos del hombre era demasiado fuerte.

Y, entonces, Ryan la tocó íntimamente por primera vez, sin nada que entorpeciera el contacto de los dedos masculinos con su hinchada y húmeda piel. Estaba tan caliente, tan húmeda... y cuando introdujo dos dedos descubrió que era muy estrecha.

Aquello hizo que todo su cuerpo se tensara.

Jessica tuvo que sujetarse a los brazos del sillón como si estuviera a punto de perder el equilibrio.

La respiración de Ryan se volvió entrecortada y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tirarla al suelo y tomarla allí mismo.

Con monumental disciplina, Ryan se olvidó de sus propios deseos y se concentró en ella. Quería llevarla al éxtasis.

Jessica volvió la cara para mirarlo. Sus ojos, brillantes en la oscuridad, le suplicaban.

—Ryan... por favor.

Él tiró de uno de sus pezones, acariciándolo entre el pulgar y el índice hasta que el placer se convirtió en una verdadera tortura.

—Dime lo que quiero oír Jessie.

—Sí —dijo ella sin dudar.

La victoria era dulce y dolorosa para él, pero aceptaba las consecuencias del reto. Ryan capturó su boca en un beso ávido y urgente, llenando la boca femenina con su lengua. Al mismo tiempo, incrementaba la presión sobre la parte más sensible de su cuerpo y sintió que el orgasmo femenino estaba a punto de llegar.

Jessica gimió cuando un temblor la recorrió entera, la sensación haciendo que perdiera la cabeza por un momento. Él la llevó tan alto como pudo y después la ayudó a bajar, intentando contener la furia de sus sentimientos.

Cuando terminó, se dejó caer sobre su torso... y en lo único que Ryan pudo pensar fue en lo fácil que sería bajarse la cremallera del pantalón, liberar su furiosa erección y tomarla por detrás.

Para su alivio, unos segundos después, ella se levantó y empezó a arreglarse el vestido.

Incapaz de mirarla, Ryan se puso el antebrazo sobre los ojos. Pero escuchó el sonido de una cremallera y el del encaje de las braguitas rozando las medias de seda.

—Ryan, ¿estás bien?

La pregunta casi lo hizo reír, pero era un esfuerzo demasiado grande. No estaba bien, estaba seguro de que moriría de frustración sexual.

—Dame unos minutos —murmuró, intentando controlar su excitación.

Pero Jessica no lo escuchó.

Ryan casi saltó del sillón cuando la encontró de rodillas frente a él, apartando sus rodillas para colocarse entre ellas.

Sorprendido e hipnotizado, la observó deslizar las manos hasta el cinturón, que empezó a desabrochar sin dejar de mirarlo a los ojos.

Su corazón latía enfurecido y la sangre parecía acumularse en el miembro que precisamente no necesitaba más estimulación.

Ella desabrochó el pantalón, bajó la cremallera sobre la erección más grande que Ryan había tenido nunca y después tiró del elástico de los calzoncillos.

Los dedos femeninos rozando su erección eran demasiado y Ryan tuvo que sujetar su mano.

—Jessica, si me tocas estoy perdido.

La advertencia no pareció afectarla.

—¿Te importaría dejarme jugar un rato? —preguntó, sonriendo.

Un sonido gutural salió de la garganta masculina.

—Cariño, no tienes que hacerlo.

Ella lo miró, con los ojos llenos de deseo.

—Sé que no tengo obligación, pero quiero hacerlo. ¿Te importa?

Ryan no estaba seguro de poder soportar el asalto. Después de todo, solo era un hombre. Y uno que estaba a punto de perder el control.

Y, entonces, ella tomó la decisión por él.

Estaba perdido, incapaz de decir que no.

Los dedos femeninos se cerraron sobre la fiera erección y Ryan tuvo que apretar los dientes mientras ella exploraba. Cuando lo tomó en su boca, acariciando la punta con la lengua, cerró los ojos haciendo un esfuerzo para contener el impulso natural de empujar.

Ryan maldijo en voz baja cuando Jessica empezó a aplicar las mismas técnicas que él había empleado... chupar sensualmente, acariciando la piel aterciopelada de arriba abajo.

El deseo lo hizo sujetarse a los brazos del sillón con fuerza. No podía más. Sabiendo que estaba a punto de estallar, intentó apartarla. Pero ella no lo permitió y siguió chupando con deleite, moviendo perversamente la lengua arriba y abajo. Desesperado, seguro de que eso no era lo que ella quería, murmuró una última advertencia que ella no quiso escuchar.

Y, entonces, ya era demasiado tarde, y lo único que Ryan pudo hacer fue rendirse a la sensualidad femenina y a su generoso corazón.

Capítulo 9

—Acaba de una vez.

Sorprendida, Jessica se despertó de la fantasía erótica que había consumido sus pensamientos desde aquella noche en el despacho de Ryan, cinco días antes. Cuando miró a su hermana, vio que Brooke la miraba con cara de extrañeza.

Aquellas fantasías sexuales iban a causarle problemas, si no conseguía contenerlas. ¿Se habría dado cuenta Brooke? ¿Habría hecho algo que la delatará?

El corazón de Jessica latía a toda velocidad. La fantasía de hacer el amor con Ryan era tan real que ni siquiera la presencia de su hermana podía aplastar su deseo.

—¿Perdona?

—Voy a probarme estos vestidos —suspiró Brooke—. ¿Tú has elegido ya o no?

—Ah —murmuró Jessica, aliviada. El comentario de su hermana era completamente inocente. Era su mente la que estaba llena de pensamientos impuros.

Jessica siguió a su hermana hasta los probadores y cada una entró en uno de ellos. Después de colgar los vestidos que, distraídamente, había elegido, los colgó de la percha y se quitó el jersey.

—Llevas todo el día distraída —dijo Brooke a través de la pared de madera—. ¿Te pasa algo Jessica?

—No, nada —contestó ella automáticamente, probándose el primer vestido, de lentejuelas rojas. No estaba preparada para contarle a su hermana que tenía una relación con Ryan Matthews. Por no mencionar la cargada relación sexual que mantenía con él.

Había querido hacer el amor con Ryan y después de lo que había pasado en la oficina, sabía que estaba preparada para dar el último paso. Pero tenía la regla y no podría seducirlo hasta después de Navidad. Había sido muy frustrante dos días atrás cuando las cosas se habían puesto muy calientes en casa de Ryan y ella había tenido que pisar el freno. Él había sido muy comprensivo e increíblemente paciente, pero no podía decir lo mismo de ella misma.

La idea de llegar hasta el final con él era tan excitante como aterradora. Lo último porque la hacía sentir más que ningún otro

hombre, querida y deseada. Sin embargo, a pesar de lo compatibles que eran, conocía su dedicación al trabajo y sabía que su carrera siempre sería lo primero. Y eso hacía que Jessica no pudiera entregarse del todo.

Al mismo tiempo, estaba decidida a disfrutar de todo lo que él podía ofrecerle porque en una semana y media, su aventura solo sería un insigne recuerdo.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Brooke.

Intentando sobreponerse a la emoción que había formado un nudo en su garganta, Jessica se estiró el vestido rojo.

—Brooke, no te preocupes por mí.

—Ya sabes que no puedo evitarlo.

—Lo sé.

Salieron del probador a la vez y las dos estuvieron de acuerdo. Las lentejuelas rojas eran demasiado y el vestido dorado que Brooke había elegido no le sentaba bien.

De modo que volvieron al probador.

—¿Qué vas a hacer el día de Nochebuena? —preguntó Brooke.

—La verdad es que un amigo me ha invitado a pasarlo con su familia.

—¿Quién?

Jessica cerró los ojos, pidiendo perdón por la mentira que estaba a punto de soltar.

—Es un chico que conozco del trabajo.

Tenía que decir eso. No podía contarle que era Ryan porque entonces Brooke no dejaría de hacerle preguntas. Y no tenía sentido involucrarla en una relación que Jessica sabía era solo temporal.

—Ah, del trabajo —murmuró su hermana, tan discreta como siempre.

Volvieron a encontrarse frente al espejo de nuevo, Brooke con un vestido de leopardo que le quedaba demasiado estrecho y Jessica con uno de lana gris que no le sentaba bien.

De nuevo, volvieron al probador y Jessica se puso un vestido azulón de seda, que caía como una túnica.

—Brooke, ¿cómo supiste que Marc era el hombre para ti? — preguntó entonces, sin pensar.

—¿Por qué preguntas eso?

—Por curiosidad —contestó ella, aunque sabía que lo preguntaba por mucho más que eso. Tenía que saber qué era lo que hacía que una mujer entregase su corazón a un hombre. Aunque no pensaba entregarle el suyo a Ryan.

—Pues la verdad es que no sabía que Marc era el hombre para mí hasta que estuve a punto de perderlo —rió Brooke entonces.

—Pero, ¿no estuviste enamorada de Eric?

—La verdad es que sí, pero Eric y yo nos dimos cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro. Esas cosas pasan, como con papá y mamá. Es difícil de explicar, Jessica, pero quiero tanto a Marc que no me imagino viviendo sin él. Cuando conozcas al hombre adecuado, a ti te pasará lo mismo.

Jessica sintió de nuevo aquel nudo en la garganta. Se preguntaba si alguna vez encontraría a ese hombre, si podría confiarle su corazón de forma incondicional. La idea hizo que se sintiera tan insegura como se había sentido de pequeña. Ella adoraba a su padre y nunca le perdonaría por haberla traicionado como lo hizo.

—¿Ya te has puesto el vestido?

—Sí, espera un segundo.

Brooke y ella se parecían, pero la reacción ante el divorcio de sus padres había sido muy diferente. Su hermana se había convertido en una persona muy práctica y sensata. Jessica también era práctica y sensata, pero se había acostumbrado a esconder sus emociones.

Cuando salieron del probador, las dos sonrieron. Habían elegido los vestidos perfectos. Jessica, un vestido azul que le sentaba de maravilla y Brooke, uno rojo.

—Estás guapísima —dijeron las dos a la vez, riendo.

—¡Jo, jo, jo! ¡Feliz Navidad!

La profunda voz de barítono resonó en la amplia casa de los Matthews. Jessica observó a los cinco sobrinos de Ryan volviendo

las cabecitas para mirar al hombre de la barba blanca, que no era otro que su tío, con un saco rojo al hombro.

—¡Es Santa Claus! —gritó Alyssa, una niña de tres años.

El caos siguió a aquella exclamación. Cuatro de los niños rodearon a Santa Claus, intentando quitarle el saco de los regalos, mientras Max, el mayor, lo miraba a distancia, intentando decidir si era el verdadero Papá Noel o no.

Courtney, una de las hermanas de Ryan, se sentó a su lado.

—Mi hermano lleva tres años haciendo de Santa Claus. No sé cómo los niños no se han dado cuenta de que es su tío —dijo en voz baja.

—Es mejor que conserven la ilusión —sonrió Jessica, con tristeza, recordando su propia experiencia de la infancia—. Y es muy agradable que lo disfruten todo lo que puedan.

Una vez que Santa Claus logró calmar a los niños, dejó que se sentaran sobre sus rodillas y le dio un regalo a cada uno. Su paciencia y cariño eran evidentes y Jessica sintió que su corazón se encogía.

Jennifer abrió su regalo rasgando el papel y lanzó un grito al ver lo que era, la Barbie enfermera. Jessica tuvo que sonreír. Ryan y ella habían ido de compras el día anterior, con la lista que sus hermanas habían confeccionado.

—¡Mamá, papá! ¡Santa me ha traído lo que quería!

—Gracias, Santa —rio Courtney.

—Jo, jo, jo! —exclamó Ryan, encantado, guiñándole un ojo.

Cuando Jessica había llegado a casa de los Matthews, todos la habían recibido como si fuera de la familia, a pesar de que Ryan les había dicho que era una amiga. Pero ella vio en los ojos de la madre de Ryan que no se creía aquello del todo.

Envidiaba el ambiente familiar que había en aquella casa. Lo pasaban bien juntos y el cariño que había entre ellos era evidente. Para Jessica estaba siendo una noche mágica ya que se sentía transportada de nuevo a los días felices de su infancia.

Pero tuvo que recordarse a sí misma que, aunque aquel año, Ryan había compartido su familia con ella, eso era algo que no volvería a ocurrir.

Cuando volvió al presente, descubrió que todos los niños estaban abriendo sus regalos, excepto Max, que seguía mirando a

Santa Claus con cara de recelo. Jessica se acercó al niño y se inclinó para acariciar su pelo.

—¿Sabes una cosa? Yo nunca he estado cerca de Santa Claus. ¿Quieres que vayamos juntos?

Max asintió con la cabeza y tomó su mano. Obviamente, estaba deseando recibir su regalo, pero no se atrevía a acercarse solo.

—He oído que has sido muy bueno este año, Max —dijo Ryan, ahuecando la voz. Max lo miraba con la boca abierta—. ¿Quieres decirme que has pedido estas navidades?

El niño negó con la cabeza, aún inseguro.

—Díselo, Max —sonrió Jessica.

Pero el niño permaneció mudo.

—Muy bien. Creo que tengo algo para ti —sonrió Santa, sacando un regalo de la bolsa.

—Gracias —susurró el niño por fin, corriendo hacia su padre.

Jessica se apartó para volver a su sitio, pero una mano enguantada la tomó del brazo y, un segundo después, se encontraba sentada sobre las rodillas de Santa Claus.

—Cuéntame, Jessica, ¿has sido buena este año? —le preguntó Ryan al oído.

Ella se puso nerviosa porque sus padres estaban mirando, pero intentó disimular.

—He sido la más buena de la clase. ¿Y tú, Santa?

—Yo he sido muy malo —rio él—. Seguro que este año recibo carbón, pero no me importa. Lo he pasado muy bien y merece la pena.

Jessica soltó una carcajada.

—No se puede ser bueno todo el tiempo.

—¡Jo, jo, jo! —exclamó Ryan—. Tendré eso en mente cuando te lleve tu regalo —añadió, en voz baja.

* * *

Faltaban diez minutos para media noche y la casa estaba a oscuras. Ryan subió la escalera evitando los escalones que crujían y que tan bien conocía de sus años de adolescencia. Pasó por

delante del dormitorio de sus padres y continuó por el pasillo hasta su antiguo dormitorio, donde dormía Jessica. Entró sin hacer ruido y se acercó a la cama.

—¿Ryan?

—Sí, soy yo —confirmó él, sentándose a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jessica, apoyándose en un codo. La luz de la luna entraba por la ventana, haciendo brillar su pelo—. Tus padres están aquí al lado...

—Sí —la interrumpió Ryan, poniendo un dedo sobre sus labios—. Y vas a despertar a todo el mundo si sigues hablando.

—Lo de antes era una broma. No podemos hacer nada en casa de tus padres.

Lo había dicho en un tono tan pudoroso que a Ryan se le escapó la risa.

—Estaba pensando aceptar el reto, pero no aquí. Quiero que vengas conmigo.

—¿Dónde?

Ryan se puso las manos en las caderas y dejó escapar un suspiro.

—¿Es que no confías en mí?

Después de una breve vacilación Jessica apartó las sábanas y se colocó a su lado.

—Bonito pijama.

Ella arrugó la nariz, mirando la camiseta y pantalón corto que él llevaba.

—Estamos en invierno y la franela es muy calentita.

—Si tú lo dices... pero el calor corporal es mucho mejor.

Jessica aceptó la mano que él le ofrecía. Entonces, como dos niños intentando encontrar a Santa Claus en plena tarea, bajaron al salón sin hacer ruido. Ryan pulsó un interruptor y las luces del árbol de Navidad se encendieron, dándole un ambiente mágico al oscuro salón.

—¿Qué vamos a hacer?

—Colocar los regalos bajo el árbol —contestó Ryan—. Lo hago todos los años.

Y también tenemos que bebemos la leche y comernos las galletas para que los enanos se crean que Santa Claus ha venido a visitarlos.

El corazón de Jessica se encogió al ver sobre la mesa un vaso de leche y una bandeja de galletas, como solían hacer Brooke y ella cuando eran pequeñas.

—Bueno, vamos a empezar —dijo valientemente, sin querer que aquel recuerdo entristeciera el momento.

Después, lo siguió hasta el armario del pasillo donde habían guardado los juguetes y, una hora después, bajo el árbol había montones de paquetes envueltos en alegres papeles de colores. Desde luego, parecía que Santa Claus había visitado la casa de los Matthews.

—Y ahora, las galletas —dijo Ryan—. Voy a buscar un vaso de leche fría. Me apuesto lo que quieras a que no te gusta la leche templada.

—Pues no, es verdad —sonrió ella.

Ryan volvió unos segundos después y ambos se sentaron en el sofá.

—Esto es lo mejor de las navidades.

—¿Qué? ¿Comerse las galletas?

Ryan negó con la cabeza.

—Saber que los niños bajarán mañana al salón y encontrarán sus regalos. Que creen de verdad que Santa Claus existe. Yo me llevé un disgusto espantoso cuando descubrí que no existía.

—¿Cómo te enteraste?

—Me puse creativo para comprobar su existencia. En lugar de dejarle galletas, dejé un bocadillo de pasta de cacahuete y... sardinas.

—¡Qué asco! —rio Jessica—. ¿Querías que Santa Claus no volviera jamás a tu casa?

—No, pensé que si el bocadillo desaparecía es que Santa Claus existía de verdad. El viaje que tiene que hacer es tan largo que pensé que tendría hambre suficiente como para comerse algo tan asqueroso.

—Muy interesante. ¿Y qué pasó?

—Que el bocadillo había desaparecido por la mañana.

—¿Tus padres se lo comieron? —preguntó ella, sorprendida.

—No —contestó Ryan, reclinándose en el sofá—. Lo encontré en la basura. Fue horrible.

—Pobrecito —rio Jessica.

—¿Y tú? ¿Cuándo descubriste que Santa Claus no existía?

Ella subió las piernas al sofá y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Fue el año que mis padres se divorciaron. Para mí era importantísimo seguir creyendo en Santa Claus. Yo había pedido la casa de Barbie y Brooke estuvo varios días diciéndome que si no me la traía Santa Claus era porque tenía que hacer regalos a muchos niños. La pobre intentaba que no me llevase una desilusión porque en casa no había dinero —empezó a explicar Jessica—. Pero, por la noche, salí de mi dormitorio de puntillas y vi a mi madre envolviendo regalos. Uno de ellos era la casa de Barbie. Siempre le agradeceré que me comprase un regalo tan caro, pero esa noche dejé de creer en muchas cosas.

La angustia que había en la voz femenina encogió el corazón de Ryan. Y en lo único que podía pensar era en apartar la pena que veía en sus ojos y darle algo en lo que pudiera creer de verdad.

En él.

—Jessie, cariño —susurró, tomándola entre sus brazos. Ella enterró la cara en su pecho y Ryan sintió la humedad de sus lágrimas mojando su camiseta. Lo único que podía hacer era abrazarla, dejar que se desahogara y estar a su lado.

Los minutos pasaron en silencio, observando las luces del árbol de Navidad hasta que se dio cuenta de que Jessica se había quedado dormida. Un rato después la despertaría y volverían a su habitación. Pero, por el momento, saborearía el aroma de su pelo, la dulce sensación de acariciarla a través del pijama, de tenerla en sus brazos y... en su vida.

En ese momento se dio cuenta de que, aunque no había buscado el amor, lo había encontrado con ella. Y pasara lo que pasara, Ryan quería hacerle un sitio en su vida y en su futuro.

Si ella le permitía entrar en su corazón.

Jessica se apretó contra el pecho de Ryan, calentita y segura. Estaban muy apretados, pero le encantaba sentir las piernas del hombre enredadas en las suyas, el aliento cálido rozando su cara.

Nunca antes había dormido con un hombre. Ninguno la había abrazado con tanta ternura, ninguno la había acariciado con tanto cariño, dejando que llorase sobre su pecho amargas lágrimas del pasado. Él la había consolado en silencio, permitiendo que todo el dolor y la soledad de su infancia se fueran con aquellas lágrimas.

Sin embargo, sabía que la soledad y el dolor volverían cuando Ryan desapareciera de su vida. Sabía que era inevitable, que sus sueños y sus aspiraciones para el futuro eran incompatibles.

Intentando sobreponerse al dolor que esa idea le producía, suspiró, diciéndose a sí misma que debía disfrutar de lo que tenía. Y pensaba disfrutarlo todo. Y cuando la soledad se instalase de nuevo en su corazón, echaría mano de sus recuerdos para calentar las largas y frías noches.

El sonido de murmullos y risas la devolvió al presente. Y cuando abrió los ojos, se encontró con las tres sobrinas de Ryan frente al sofá, tapándose la boca con la mano, muertas de risa. Por el pasillo oía a los adultos acercándose al salón y, asustada, zarandeó a Ryan.

Él se despertó, estirándose perezosamente.

—Buenos días —murmuró, mirándola con ojos de deseo.

—Tenemos compañía.

Ryan levantó los ojos y al ver a las niñas, se incorporó de repente.

—Buenos días.

—¡Tío Ryan! —rio Jackie—. ¿Por qué estabas durmiendo con Jessica en el sofá?

—Pues...

En ese momento, el resto de los Matthews entraron en el salón y los miraron con expresión de sorpresa.

—¿Habéis visto a Santa Claus? —preguntó Lindsay.

Los niños los miraron, expectantes.

Richie se acercó corriendo a la mesa donde estaban las galletas y la leche.

—¡Mirad! ¡Se ha comido las galletas! ¿Lo has visto, tío Ryan?

Él se pasó la mano por el pelo.

—Pues verás, Jessica y yo bajamos al salón anoche para verlo, pero la verdad es que nos quedamos dormidos.

—¡Mira los juguetes! ¡Este es para mí! ¡Y éste para mamá! — exclamó Jennifer.

Los niños y los adultos se reunieron frente al árbol y empezaron a buscar sus regalos. Ryan aprovechó la oportunidad para tomar a Jessica de la mano.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No quería quedarme dormido.

—No pasa nada —rio ella.

Sin importarle que alguien los viera, Ryan acarició su mejilla con ternura.

—¿Dispuesta a disfrutar del día de Navidad al estilo de los Matthews?

—Dispuesta —dijo ella, encantada con la caricia.

Y mientras observaba a Ryan y su familia abrir regalos, sintiéndose como uno de ellos, supo que aquel siempre sería un precioso recuerdo para ella.

Capítulo 10

Esta noche es la noche.

La letra de la vieja canción de Rod Stewart llegó a los oídos de Ryan mientras aparcaba el coche en el garaje. Había visto el de Jessica en la puerta y sabía que estaría decorando la casa para el día siguiente. El día de Nochevieja.

Usando la llave que él le había dado, estaría colocando plantas, muérdago y luces por todas partes. Llevaban preparando la fiesta toda la semana, pero no habían tenido tiempo para ellos.

Aquella noche había algo diferente en el aire, una innegable sensualidad que calentaba su sangre. Sintióse seducido por la canción que tan bien explicaba lo que sentía por Jessica, Ryan entró en el salón dispuesto a encontrarse con la única mujer que había conseguido robarle el corazón.

Y que había conseguido fascinar a su familia. Su madre lo había llamado a la oficina para decirle cuánto le había gustado tener a Jessica como invitada y que esperaba verla a menudo en el futuro. Aunque a él le hubiera gustado decirle que sería así, sabía que no podía hacer esa promesa. Aún no, pero quizá después de aquella noche todo cambiaría porque pensaba arriesgarse y mostrarle claramente sus sentimientos.

Con la ronca voz de Rod Stewart envolviéndolo, entró en el pasillo y cuando la vio, se quedó sin aliento. Ella, que no oyó sus pasos a causa de la música, se movía de forma sensual mientras colocaba una guirnalda alrededor del pasamanos de la escalera. En ese momento, Jessica cerró los ojos y levantó los brazos, moviéndose como una bailarina exótica.

Ryan tuvo una erección observando el movimiento de sus caderas. Y entonces lo entendió todo... a pesar de lo que había conseguido profesionalmente, aquello era lo que faltaba en su vida. Jessica, con su risa, con sus bromas, con su sensualidad y su ternura. Jessica, que llenaba su alma. Ella era lo que quería encontrar cuando volviera a casa, ella era con quien quería dormir cada noche.

Aquella revelación lo dejó momentáneamente parado. En ese momento, Jessica se volvió y lo miró, sobresaltada. Pero en lugar de ponerse colorada porque la había pillado bailando, lo miró con los ojos oscurecidos de pasión.

—No pares por mí.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no bailas conmigo?

Un reto deliberado e irresistible, que Ryan estaba decidido a aceptar porque sabía que todo lo que había pasado durante aquel año los llevaba hasta aquel momento. Sin dudar un segundo, se quitó la chaqueta y la aplastó contra su pecho hasta que lo único que los separaba eran los milímetros que había entre sus labios y los de ella.

Pero no la besó. Si aquella era la noche, le tocaba a Jessica dar el primer paso.

Ella lo seducía, restregándose suavemente contra él, aplastando sus pechos contra el torso masculino. Y él le devolvía la seducción, deslizando las manos por su espalda, por su trasero apretado bajo los pantalones negros. Sus respiraciones se mezclaban. No había que decir nada más.

La música paró en ese momento y Ryan la soltó, dejándola más excitada que nunca. Ella abrió los ojos y en ellos pudo ver la afirmación que llevaba tanto tiempo esperando. Jessica estaba preparada.

Sin palabras, Ryan tomó su mano y empezaron a subir la escalera. Y aquella noche no quería compartir habitación, de modo que *Camelot* tendría que encontrar otro aposento.

Después de cerrar la puerta, encendió la luz de la lamparita. Quería verlo todo... quería disfrutar de las curvas de Jessica, de sus increíbles ojos azules cuando por fin estuviera dentro de ella, de su expresión cuando le revelase lo profundos que eran sus sentimientos.

Jessica no parecía pudorosa en ese momento, todo lo contrario, se mostraba confiada y segura de sí misma. La paciencia de Ryan había merecido la pena porque no aceptaría nada más que una rendición total.

Dando un paso hacia ella, tiró del jersey y cuando se lo quitó, descubrió una deliciosa sorpresa... Jessica llevaba un sujetador de encaje rosa con aros que levantaba sus pechos.

Ryan levantó una ceja, mientras pasaba un dedo por su escote.

—¿Qué es esto?

—Ahora me gusta la lencería de encaje.

Sonriendo, Ryan deslizó la mano hasta el elástico del pantalón.

—Sabes que me excitas con tu ropa interior de algodón, pero esto también me gusta.

Ryan le desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo, junto con el jersey. Le faltaban palabras de admiración por lo que veía, de modo que inclinó la cabeza y se lo demostró. Enterrando la cara entre sus pechos, respiró su aroma mientras pasaba la lengua sobre las suaves curvas y mordisqueaba los tensos pezones. Gimiendo, ella se sujetó a su pelo, dejando que la saborease.

Y eso solo era el principio.

Tomando el elástico del pantalón, Ryan tiró de él hacia abajo y empezó a besar su abdomen, su vientre y la cara interior de sus muslos mientras ella se deshacía de los pantalones. Después, empezó a acariciar el encaje rosa de las braguitas y no pudo evitar besarla con la boca abierta por encima de la tela. Jessica gimió, temblando. Antes de rendirse a una exploración más íntima, Ryan se apartó y se quitó zapatos y calcetines.

—Soy todo tuyo, cariño.

Jessica lo atrajo tirando de su corbata, mirándolo con una sensualidad desconocida. Él le devolvió la audacia tomando su mano y deslizándola hasta la fiera erección que se marcaba bajo sus pantalones.

Humedeciéndose los labios con la lengua, Jessica lo apretó descaradamente, acariciándolo a través de la tela hasta que Ryan tuvo que detenerla.

—Muy impresionante, letrado —murmuró ella, tirando de la corbata para besarlo con toda su alma.

Él le dejaba marcar el ritmo, sabiendo que su turno llegaría tarde o temprano. Jessica empezó a quitarle la ropa hasta dejarlo completamente desnudo y después lo acarició de arriba abajo con sus manos, sus labios y su lengua hasta que él tuvo que detenerla de nuevo. Tenía que hacerlo o estallaría.

—Jessica... —susurró su nombre.

Mientras se besaban, la llevaba a la cama poco a poco. Pero entonces tuvo que parar para buscar un preservativo. Jessica se sentó en la cama, apoyándose sobre los almohadones mientras él abría un cajón. Sus ojos estaban semicerrados, tenía el pelo revuelto y en el rostro una expresión de femenino deseo que ni quería ni podía disimular. Era tan invitadora, tan sensual que a Ryan le costó concentrarse en su tarea.

Por fin, consiguió ponerse el preservativo y la breve separación de Jessica le dio cierta calma para hacer las cosas lentamente. Ella iba a quitarse las braguitas, pero Ryan se lo impidió.

—Quiero quitártelas yo —dijo con voz ronca, colocándose sobre ella. Después, besó su vientre mientras le iba bajando poco a poco las braguitas hasta dejarlas enredadas en sus muslos, impidiéndole abrir las piernas.

Ella lanzó un gemido de frustración y tomó su cabeza con una mano, empujándolo hacia el centro de su ser. Un ansia cruda y primitiva lo envolvió entonces y Ryan dio rienda suelta a su deseo. Introduciendo la cara entre sus muslos, metió la lengua en la suave carne trémula y encontró el punto más sensible. Ella levantó las caderas mientras Ryan la besaba, chupaba y mordisqueaba, volviéndola loca de deseo.

Y entonces llegó el orgasmo. Jessica gritó de placer y durante las convulsiones, Ryan le quitó las braguitas, abrió sus piernas y se colocó entre ellas, con la respiración entrecortada. Después, levantó sus piernas para enredarlas alrededor de su cintura, la punta de su erección rozando su húmeda cueva.

En ese momento, sus ojos encontraron los oscurecidos ojos azules y la aceptación que vio en ellos hizo que se sintiera humilde y se preguntara por un momento si él podría ser lo que Jessica necesitaba, un hombre que pudiera prometerle amor para siempre.

Y podría serlo, si ella lo dejaba.

—Entra dentro de mí, Ryan —le rogó Jessica entonces con voz ronca.

Incapaz de negarle y negarse a sí mismo lo que ambos deseaban, Ryan se colocó sobre ella y se guio a sí mismo hacia el fuego líquido, llenándola con una embestida certera. Jessica ahogó un grito y él tuvo que ahogar otro al sentirse rodeado por el terciopelo húmedo.

Era increíblemente estrecha y el erótico frotamiento casi lo hizo estallar inmediatamente. Ryan movía las caderas, sus respiraciones mezcladas, ansiosas. Mientras ella se ajustaba a la invasión, su expresión se volvía anhelante. Ryan saboreaba las caricias, la instintiva forma en que levantaba las caderas para envolverlo mejor.

Le había dado su cuerpo, pero había otro sitio donde debía entrar, su corazón.

Enterrándose hasta el fondo con una profunda embestida, Ryan se quedó sobre ella, con el pulso acelerado, tomando su cara entre las manos para que lo mirase a los ojos.

—Te quiero, Jessica.

Sintió que se ponía tensa y vio el miedo en sus ojos. No le sorprendía su reacción. Mientras él llevaba tiempo aceptando sus sentimientos, ella solo había tenido unos segundos.

Con una ternura contraria al deseo de su cuerpo, Ryan inclinó la cabeza y la besó. Y entonces, fue ella quien lo sorprendió, abriendo la boca para él y respondiendo con una ansiedad que envió sus planes de ser tierno por la ventana.

Un sentimiento de desesperación la envolvía, la hacía sentirse salvaje, tempestuosa... y lo único que Ryan podía hacer era montar sobre las intensas olas de placer que los consumían a los dos. Ella llegó al final con un grito y él la siguió, rindiéndose a las llamas de su explosivo orgasmo.

«Te quiero».

Encogida en el cómodo sillón, Jessica se secó las lágrimas recordando las palabras de Ryan la noche anterior. Las mismas palabras que ella le había susurrado cuando estaba dormido y cuando se había levantado de su cama al amanecer.

Se había marchado sin decirle adiós, dejando la llave de su casa y una nota en la que le decía que se verían por la noche en la fiesta. No podía decirle con palabras que aquello daba por terminada su aventura.

Después de la fiesta, volverían a ser amigos. Nada más.

Ryan no se alegraría al ver que no estaba en su cama y tampoco le haría gracia que se hubiera marchado de esa forma, pero lo había hecho para salvarse a sí misma porque cuando él le había declarado su amor, Jessica había aceptado finalmente que estaba enamorada de Ryan Matthews. Mucho más enamorada de lo que quería reconocer. Y aunque era demasiado tarde para proteger sus emociones, podía guardar lo que quedaba de su corazón, que dolía más de lo que había dolido nunca.

Jessica se tragó las lágrimas. Sin duda, deseaba a Ryan y había deseado lo que ocurrió la noche anterior como no había deseado nada jamás. De modo que había aceptado egoístamente

de él lo que ella no podía darle porque amarlo y confiar en él completamente era imposible. Era una dura lección que había aprendido de su padre y de Lañe.

La carrera de Ryan era su prioridad. Él mismo había admitido que las relaciones duraderas no eran su fuerte y Jessica no estaba dispuesta a ser una víctima.

De modo que tenía que quedarse con los maravillosos recuerdos. No sería como estar en sus brazos, como escuchar su risa... Nunca podría volver a mirar una tarta sin recordar cómo él había despertado sus sentidos. Y un baño llevaría siempre el recuerdo de la sensual experiencia que habían compartido.

Jessica respiró profundamente. Iba a echarlo de menos, pero nunca lamentaría lo que había habido entre los dos.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Suponía que él iría a pedirle explicaciones, pero no imaginaba que lo haría a las siete de la mañana.

—¡Maldita sea, Jessica! —escuchó su voz al otro lado de la puerta—. Sé que estás ahí. Ábreme. No pienso irme hasta que abras.

Jessica no era una cobarde. Ryan quería respuestas y se las daría. Quizá, cuando se lo explicara, podrían separarse como amigos.

Cuando abrió, él pasó a su lado y entró en el salón, donde la esperó de brazos cruzados. Parecía furioso.

A juzgar por su apariencia, se había puesto la ropa que habían tirado al suelo la noche anterior. Se había vestido tan deprisa que ni siquiera llevaba la camisa dentro del pantalón. Estaba despeinado, sin afeitarse y tenía ojeras. Igual que ella.

Rezando para que no la odiase por lo que tenía que decirle, Jessica cerró la puerta y esperó que él dijera la primera palabra.

La tempestad no tardó en estallar.

—¿Por qué has desaparecido de esa forma, como si lo de anoche solo hubiera sido un revolcón?

Aunque sabía que la pregunta había sido formulada con furia, a Jessica se le encogió el corazón. Por supuesto, no había sido un revolcón para ella. Había sido algo mágico, sensual, inolvidable.

Y temporal.

—Lo siento —susurró, intentando controlar las lágrimas—. Creí que marcharme sería lo mejor para...

—¿Terminar lo que hay entre nosotros? —la interrumpió él.

—Sí.

—Pues te has equivocado, Jessica —dijo Ryan entonces, con tono herido y furioso—. Yo no me tomo lo que pasó anoche a la ligera. Cuando me fui a la cama contigo, cuando hicimos el amor, esperaba despertarme a tu lado. Y, en lugar de eso, me encuentro la llave de mi casa y una nota de despedida.

El peso que sentía en el pecho era terrible, pero Jessica levantó la barbilla, aferrándose a sus convicciones.

—Sé que lo de esta mañana podría haberlo hecho de otra forma...

—No —la interrumpió Ryan, dando un paso hacia ella—. No me gusta que tomen decisiones por mí cuando soy capaz de tomarlas solo.

El estómago de Jessica se encogió. No lo temía, pero temía sus argumentos. Ryan Matthews era un hombre acostumbrado a debatir y a ganar y aquel era un tema en el que ella tenía que mantenerse firme.

—Tomé la decisión de marcharme, de terminar nuestra aventura, por ti y por mí.

—Muy considerado por tu parte. ¿Y por qué crees que yo quiero dar por terminado lo nuestro?

En aquel momento, estaban tan atrapados en la euforia de su relación física que Ryan no quería parar. Y ella tampoco, pero era una mujer realista y seguir con aquello era un riesgo para su corazón.

—Pues...

—Quiero razones, Jessica. ¿No quieres seguir saliendo conmigo a causa de mi profesión?

Desde el día que lo conoció, un año antes, se había agarrado a esa excusa para no sentirse atraída por él. Y había tenido éxito, durante unos meses. Pero durante las últimas cuatro semanas había descubierto que estaba equivocada sobre él y sobre los abogados en general. Siempre había sentido la necesidad de culpar a alguien por la ruptura del matrimonio de sus padres y culpar a su padre y su abogado fue siempre el camino más fácil.

Pero Ryan era mucho más que su profesión y eso era lo que hacía todo tan difícil. Había visto muchas facetas de su personalidad y bajo su encanto y sus coqueteos había un hombre bueno. Un hombre que disfrutaba de su familia y amigos y que estaba orgulloso de su trabajo.

Jessica negó con la cabeza.

—No, no es tu profesión, pero tu carrera y tus ambiciones son lo más importante para ti. No tienes tiempo para una relación estable.

La estabilidad y seguridad que ella necesitaba.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó él con voz de trueno.

Jessica no podía dejar de pensar en el formidable oponente que sería en un tribunal.

—He visto tu dedicación al trabajo. ¿Puedes negar eso?

Él la miró durante unos segundos sin decir nada.

—No, no puedo negar eso —dijo por fin—. Pero estoy dispuesto a encontrar cierto equilibrio.

—Yo no puedo arriesgarme a que no lo encuentres, Ryan. No puedo esperar a que decidas si te interesa conservar esta relación o no. Por eso es mejor terminar ahora, antes de que las cosas sean más complicadas.

—Te quiero Jessica —murmuró entonces Ryan con ternura—. Es así de complicado.

—Sé que me quieres.

—¿Y eso no significa nada para ti?

Jessica no podía contestar porque su amor significaba demasiado y rechazarlo era lo más difícil que había tenido que hacer en su vida.

—Ah, ahora lo entiendo. Tú me dejas antes de que yo te deje a ti, ¿es eso?

—No sé de qué estás hablando —murmuró ella, sin mirarlo.

—Estoy hablando de que tienes miedo de que te deje, así que lo haces tú antes. Es más fácil para ti no comprometerte que confiar en que no voy a hacerte daño.

—No puedes hacerme esa promesa.

—Nadie puede, Jessica —replicó él. Jessica permaneció en silencio—. ¿No dices nada? Entonces, es que tengo razón. Pero entonces te quedarás siempre sola porque ningún hombre podrá hacerte esa promesa. La única garantía es lo que siento por ti. Y, si me quieres, tendrás que confiar en eso.

A pesar de que lo amaba, Jessica tenía miedo de poner su corazón en las manos del hombre. Las dudas la abrumaban, llevándola en dos direcciones diferentes. Las lágrimas asomaron a sus ojos entonces y tuvo que darse la vuelta para que él no se diera cuenta.

Unos segundos después, escuchó el sonido de la puerta.

Ryan se había marchado, dejándola completamente sola. Y la soledad la envolvía como un manto, más que nunca.

Había hecho todo lo que había podido. Ryan lo sabía, pero no podía dejar de recordar su conversación con Jessica una y otra vez, intentando imaginar qué podría haber dicho para convencerla de que sus intenciones eran puras.

No había nada que pudiera hacer y le resultaba imposible creerlo. Por primera vez en su vida se sentía derrotado por una mujer. Una mujer muy especial, hermosa y testaruda. Le había dado evidencias de su amor, no solo con palabras sino con sus actos, pero sus esfuerzos no habían valido para nada.

Incapaz de concentrarse en el discurso que tenía que escribir para la fiesta, dejó a un lado el bolígrafo y se pasó las manos por la cara. El peso que sentía en el pecho no había desaparecido desde que salió del apartamento de Jessica y dudaba de que pudiera librarse de él. Especialmente aquella noche, tan cerca de Jessica, pero incapaz de tocarla, de bromear con ella y disfrutar de que fuera únicamente suya.

No había querido enamorarse, pero ella le había mostrado lo que le faltaba en la vida... amor, risas y compartir su intimidad con una persona especial. Había conseguido no comprometerse desde los dieciocho años, pero estaba empezando a creer que su soltería no era una decisión consciente sino que hasta aquel momento no había encontrado a la mujer que lo complementaba.

Y Jessica lo complementaba, física, emocional e intelectualmente. Como si fuera su otra mitad, su alma gemela. Una

pieza de sí mismo que él no echaba de menos hasta que ella entró en su vida. Y dentro de Jessica, bajo muchas capas de dudas y vacilaciones a causa de un padre negligente y una infancia inestable, sospechaba que ella sentía lo mismo.

Suspirando, se reclinó en el sillón. No podía convencerla de que no la haría daño, de que no la dejaría con el corazón roto. Ella tenía que saber que era sincero, que la quería y que esas emociones eran más dolorosas que placenteras.

Media hora después de darle vueltas y vueltas al asunto, Ryan se resignó a lo inevitable. No había nada que pudiera hacer para convencer a Jessica de su amor, excepto dejarla ir.

No había nada más que hacer más que... decir adiós.

Y con aquel doloroso pensamiento en su cabeza, tomó el bolígrafo y escribió el discurso para la fiesta de Brooke y Marc, felicitando a la pareja y poniendo sus propios sentimientos en el papel, como una despedida para Jessica.

Capítulo 11

—¡Sorpresa! —exclamaron todos los invitados cuando Brooke y Marc entraron en casa de Ryan.

Frente al grupo, con el vestido azul que había comprado el día anterior, Jessica observó a su hermana llevándose la mano al corazón. A su lado, Marc sonreía divertido y confuso.

—¿Pero esto qué es? Creí que era una fiesta de Nochevieja.

Ryan dio un paso adelante y el corazón de Jessica se encogió aún más. Llevaba dos horas angustiada, desde que había entrado en su casa para dar los toques de última hora a la fiesta. Ryan se había portado de forma cordial, pero fría y casi indiferente. Actuaba como si no hubiera pasado nada entre ellos, como si no hubieran hecho el amor. Como si nunca le hubiera dicho que la quería.

Y aunque había sido decisión de Jessica terminar con su aventura, la distancia que puso entre ellos dolía como un puñal. Si tenía suerte, en veinte años los recuerdos que él había creado dejarían de doler. Y podría decir su nombre sin sentir como si se desgarrara un trozo de su alma. Y quizá, solo quizá, podría vivir un minuto sin pensar en él.

—Es una fiesta de Nochevieja —dijo Ryan entonces con una sonrisa—. Pero también es una fiesta sorpresa para vosotros.

—¿Tú sabías esto, Jessica? —preguntó su hermana, emocionada.

Ella asintió.

—Fue idea suya —contestó Ryan—. Yo solo he puesto la casa.

Había hecho mucho más que eso y los dos lo sabían. Había sido responsable de muchas decisiones y mucho trabajo.

—No deberíais haberos molestado —sonrió Marc.

Jessica se obligó a sí misma a sonreír.

—Queríamos hacer algo especial —dijo, tomando a su hermana de la mano—. Y ahora, todo el mundo a divertirse.

Después de la llegada de los invitados de honor, el ambiente de la fiesta se animó. Jessica hizo lo posible por pasarlo bien, intentando no mirar a Ryan. Pero cada vez que pensaba que no volvería a verlo después de aquella noche, su corazón se partía.

Unas horas más tarde todos se reunieron en el salón para que Brooke y Marc abrieran sus regalos. Recibieron de todo, desde pequeños electrodomésticos hasta cuadros. Cuando abrieron la cesta de productos que Ryan y ella habían comprado, todos empezaron a bromear con la pareja y Jessica no pudo evitar mirar a Ryan, apoyado en la pared con una copa en la mano.

Se quedó sin aliento cuando descubrió que él la estaba mirando, con un brillo cálido en los ojos como si también recordara lo divertido que había sido probar aquellos productos en su bañera. Jessica recordó lo paciente que había sido con ella... y cómo le había pagado rechazando su amor.

Ryan apartó la mirada cuando su hermana, Natalie, se acercó para decirle algo. Brooke la miró entonces, con una ceja levantada, pero Jessica aparentó no darse cuenta.

Unos minutos después, cortaron las tartas y su hermana levantó los ojos al cielo.

—Esta tarta es increíble. ¿Quieres probarla?

Lo que su hermana le ofrecía era la tarta de chocolate que tanto había disfrutado con Ryan. Jessica quería irse de allí, quería dejar de pensar en él.

Pero entonces, volvería a su solitario apartamento para seguir con su solitaria vida, le dijo una vocecita.

Aquello hizo que sintiera un escalofrío.

—¿Te pasa algo? —preguntó Brooke, acercándose.

—Nada. Estoy bien —intentó sonreír ella—. ¿Por qué?

—No sé, te veo rara. ¿Has discutido con Ryan? Parece que os estáis evitando.

—Ya sabes que siempre lo hacemos.

—No como hoy, Jessica. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

Le hubiera gustado contárselo a su hermana, pero sus emociones eran tan turbulentas que no sabía por dónde empezar.

En cualquier caso, perdió la oportunidad porque era el momento de los brindis.

—Faltan diez minutos para medianoche y antes de que llegue el nuevo año, quiero brindar por Brooke y Marc —empezó a decir Ryan, después de aclararse la garganta—. Conozco a Marc hace muchos años y siempre había creído que sería soltero durante toda

su vida, pero cuando se enamoró de Brooke, supo que ella tenía que ser una mujer muy especial, con un corazón generoso y bueno. Que era la clase de mujer que sería su mejor amiga en los buenos y los malos tiempos. Dicen que ningún hombre está completo hasta que encuentra a la mujer con la que se casa y está claro que Brooke ha completado la vida de Marc. Todos los hombres deberían ser igual de afortunados.

Jessica estaba detrás de Brooke y Marc y no pudo evitar sentir la mirada de Ryan clavada en ella. Y no se apartó. No podía hacerlo.

—Yo solo he estado enamorado una vez —siguió Ryan entonces—. Pero entiendo lo poderosa que es esa emoción. También sé que a veces el amor puede ser doloroso, así que quiero decirles algo que espero recordéis: el amor no debe tener miedo, debe confiar sin cuestionar, aceptar sin querer cambiar y desear sin inhibiciones. Creed siempre el uno en el otro y tened fe —añadió, levantando su copa—. Por el amor, por la risa y por un final feliz para vosotros.

—Por el amor —corearon los invitados.

Jessica brindó con alguien mientras observaba a Brooke y Marc besándose con ternura.

Se sentía tan emocionada que tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer de pie. Aunque el brindis de Ryan había sido dedicado a la pareja, las profundas palabras le habían llegado directamente al corazón. Se daba cuenta de que nunca en su vida tendría amor, risas y un final feliz.

—Faltan veinte segundos para Año Nuevo —gritó alguien.

Los invitados empezaron a contar en voz alta hasta que por fin llegó el cero y todos se abrazaron, brindaron y rieron, deseándose feliz año unos a otros.

Pero, incapaz de participar en el ritual cuando no tenía nada que celebrar Jessica salió del salón, llevándose con ella su corazón roto.

Brooke la encontró en el estudio unos minutos después. Jessica apenas tuvo tiempo de secarse las lágrimas.

—Sabía que había pasado algo entre Ryan y tú. Puede que haya hecho el brindis por nosotros, pero te estaba mirando a ti —

dijo su hermana, cruzándose de brazos—. Cuéntamelo ahora mismo.

Jessica ni siquiera se molestó en fingir. Aquella vez dio rienda suelta a sus lágrimas y le contó lo que había ocurrido durante el último mes, cómo se había enamorado y cómo no podía confiar en él por culpa de sus miedos.

—Jessica, a veces seguir los dictados del corazón es lo más difícil del mundo.

—Pero y si...

—No hay peros con el amor —la interrumpió Brooke—. Y, a pesar de lo que crees, no todos los hombres son como papá. Sé que eso te dejó marcada e insegura, pero tienes que aprender a confiar en los demás, cariño. No quiero ver cómo pierdes algo tan hermoso porque tienes miedo de confiar en tu instinto.

Jessica se apartó de su hermana, incapaz de abandonar sus acendradas inseguridades.

—¿Y si quiero más de Ryan de lo que él puede ofrecerme?

—¿Cómo vas a saber lo que es capaz de ofrecerte si no le das una oportunidad?

Eso significaba confiar en que Ryan la pondría a ella por encima de todo y en las ocasiones en las que no pudiera hacerlo por las demandas de su profesión, confiar en ser suficientemente fuerte como para creer que él estaba allí para ella.

Tener fe en que encontraría un equilibrio.

—Brooke, no puedo —confesó.

—No creo que puedas perdonar a papá lo que nos hizo —dijo Brooke entonces en voz baja—. Pero no dejes que sabotee tu oportunidad de ser feliz.

Después de eso, Brooke salió del estudio y volvió a la fiesta, dejando a Jessica pensativa. A pesar de sus inseguridades, se sentía fuerte por primera vez. Una fortaleza nacida del amor. Y el coraje de abrazar la felicidad como lo había hecho Brooke.

La clase de felicidad que se había negado a sí misma durante demasiado tiempo.

Le pareció que pasaba una eternidad antes de que todo el mundo se fuera y la dejara sola con Ryan.

Estaba exhausta, pero decidida a hablar con él. Y estaba nerviosa. Era un riesgo tan grande... su corazón, su alma.

El resto de su vida.

Él frunció el ceño cuando la vio sola en el pasillo.

—¿Qué haces aquí? Creí que te habías marchado con Brooke.

—No, solo los acompañé a la puerta —dijo ella—. Ryan... quiero hablar contigo.

Él la miró sin decir nada durante unos segundos.

—Después de lo de esta mañana, creo que no hay nada más que decir.

Aquella respuesta la asustó. Había preparado un pequeño discurso y, de repente, se sentía perdida.

—Pero...

—¿Pero qué?

Jessica necesitaba tiempo para organizar sus pensamientos.

—Pero la casa está muy desordenada y... —empezó a decir lo primero que se le ocurrió.

—Mañana vendrán a limpiar —volvió a interrumpirla él—. Adiós Jessica.

Ryan se volvió para entrar en la cocina y ella lo observó, con el corazón encogido.

No la quería. Y no podía culpar a nadie más que a sí misma.

Todo porque no había sido capaz de confiar en Ryan y en su amor.

Ryan oyó que se cerraba la puerta y sintió la partida de Jessica en lo más profundo de su corazón. Apoyándose en la repisa, cerró los ojos, diciéndose que era un imbécil. Podría haberla acompañado al coche, pero no había sido capaz de hacerlo. Le dolía demasiado estar a su lado y no quería alargar la despedida final.

Había sufrido durante toda la noche mirándola, respirando su aroma cuando estaba cerca. Se había atormentado a sí mismo con fantasías privadas que incluían arrancarle el vestido azul, fantasías de ella en su cama, en su vida...

Y había esperado que las razones para quedarse tenían que ver con él... no con el estado de la casa.

No tenía ni idea de cómo iba a soportar la pérdida de Jessica. Día a día, imaginaba.

Media hora más tarde, agotado, apagó las luces y subió a su dormitorio. Se desnudó y se puso un pantalón de deporte... Pero cuando iba a sacar una camiseta del cajón, descubrió una tela azul tirada sobre la alfombra. Su pulso se aceleró mientras seguía el rastro de las medias, las braguitas y el sujetador hasta el cuarto de baño.

Ryan empujó la puerta suavemente y fue recibido por un delicioso aroma a fresas, la luz de las velas y... una mujer dentro de su bañera, rodeada de burbujas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, cuando pudo encontrar su voz.

Dos enormes ojos azules se clavaron en los suyos.

—Quiero probarte algo.

—¿Cómo?

Jessica respiró profundamente.

—Tú me has enseñado que las acciones valen más que las palabras. Y como antes yo no podía hablar, he pensado llamar tu atención utilizando las técnicas que me has enseñado.

—Tienes mi atención, desde luego —murmuró él, pasándose la mano por el cuello—. Creí que te habías ido.

—No me fui, Ryan. No pude hacerlo. Y no pienso marcharme hasta que hablemos.

Su orgullo herido lo había hecho espetarle bruscamente que no tenían nada que decirse y Ryan no podía volver a rechazarla.

No habría podido aunque el suelo se abriera bajo sus pies.

—Muy bien —concedió, sentándose en el borde de la bañera—. Tú sabes lo que siento por ti. Es tu turno.

—Te quiero, Ryan Matthews. Más de lo que pensaba que podría querer a nadie y eso es lo que me asusta.

—¿Qué es lo que te asusta?

—Tengo miedo de confiar en un hombre. Tengo miedo de dar rienda suelta a mis sentimientos por ti y terminar sola —murmuró ella, sin mirarlo—. Ha sido muy difícil para mí, pero me he dado

cuenta de que mis expectativas no eran algo real, solo una forma de mantener las distancias. Aunque me gustabas desde el primer día, decidí condenarte por tu profesión. Pero ya no puedo seguir haciéndolo porque me has mostrado que eres un hombre bueno y que nunca le harías daño a nadie deliberadamente. Tengo que creer que te dedicas a tu oficio para ayudar a los demás porque no hay una pizca de egoísmo en ti.

Aunque la revelación le encantó, Ryan permaneció callado. Necesitaba más.

—Nunca podré olvidar lo que mi padre le hizo a mi familia, el dolor que nos causó al abandonarnos, pero estoy dispuesta a dejar todo eso atrás porque no puedo soportar la idea de perderte.

—¿Y mi carrera? —preguntó Ryan—. ¿Podrás aceptar que trabajo muchas horas y el equilibrio que tendré que mantener entre mi trabajo y nuestra relación?

—Estoy dispuesta a intentarlo —contestó ella—. Saber qué me quieres es lo que marca la diferencia. Sé que no te tomas eso a la ligera.

—Así es.

Jessica alargó la mano para acariciar su mejilla.

—Me haces sentir segura y protegida. Y hace tanto tiempo que no me siento así...

—Yo estaré siempre para ti, Jessie —dijo él, besando la palma de su mano—. Solo tienes que confiar en mí.

—Confío en ti, Ryan —musitó Jessica. Las luces de las velas se movían, iluminando su hermosa cara, la vulnerabilidad que había en sus ojos—. Y eso es parte de lo que me asusta. La profundidad de mis sentimientos por ti es tan grande, tan abrumadora...

—¿Qué sientes por mí, Jessie?

—Siento que cuando estoy contigo soy absolutamente feliz. Como no lo había sido desde niña. Y estoy dispuesta a confiar en lo que me dice el corazón —contestó ella con sinceridad. Después hizo una pausa, mirándolo a los ojos—. Estoy desnuda, Ryan. Física y emocionalmente. No quería que hubiera nada entre nosotros cuando te dijera que te quiero con toda mi alma.

Él soltó su mano.

—Levántate y muéstramelo.

Un reto sensual, provocativo. La disolución final de las barreras que la habían impedido ser completamente suya.

Sin un gramo de pudor Jessica se levantó, quedando expuesta ante él. La boca del hombre se secó al observar el agua deslizándose por aquel hermoso cuerpo desnudo. Y sintió un deseo que nunca podría saciarse. Nunca en su vida.

Ella puso los dedos bajo su barbilla para que la mirase.

—Te quiero, Ryan Matthews.

Ryan se levantó para quitarse los pantalones. No quería que ella fuera la única que estuviera física y emocionalmente desnuda.

—Te quiero Jessica Newman.

Una sonrisa iluminó el rostro femenino mientras observaba el cuerpo desnudo del hombre y su evidente deseo por ella. La pasión y la ternura brillaban en los ojos de Ryan.

—Te quiero sin miedos, confío en ti sin cuestionarme nada, te acepto sin querer cambiarte y te deseo sin inhibiciones.

Él entró en la bañera, pero no la tocó.

—¿Siempre creerás en mí, siempre tendré tu confianza?

—Sí —susurró ella.

Era todo lo que necesitaba oír. Ryan se sentó y tiró de Jessica para colocarla sobre él. A pesar del deseo que ambos sentían, no se movieron.

—Entonces, prometo darte amor, risas y un final feliz —dijo, acariciando su cara.

—¿Estás...?

—¿Pidiéndote en matrimonio? Por supuesto que sí Jessie.

—¿Quieres casarte conmigo? Es un paso muy importante, un compromiso...

—Para el que estoy preparado —aseguró Ryan. Pero ella seguía teniendo dudas. Ryan podía verlas en sus ojos azules—. ¿Quieres creer que mi trabajo ha hecho que me dé cuenta de lo difícil que es mantener una relación? La verdad es que admiro el matrimonio de mis padres y sus valores tradicionales. Y es lo que quiero para ti y para mí, Jessie. Y también quiero hijos.

Jessica sonrió. Los dos estaban de acuerdo en eso. Y en lo divertido que sería hacerlos.

—Una familia —susurró.

—Sí, una familia. Una familia para rodearnos de amor y con la que hacemos viejos.

Ella le pasó los brazos por el cuello, emocionada.

—Me asusta cuánto te necesito, Ryan.

Su sinceridad lo emocionó. Sonriendo, tomó su cara para mirarla a los ojos. Los pezones femeninos rozaban su torso, pero no quería tocarla. Todavía no.

—Esto también es nuevo para mí. Esperaba que intentáramos entenderlo juntos.

—Y lo haremos, Ryan.

—Dime que te casarás conmigo para que sepa que siempre serás mía.

Los ojos azules se iluminaron y, sin pudor, Jessica se restregó contra él.

—¿Crees que podrías convencerme para que dijera que sí?

Ryan ahogó un gemido, sintiendo su erección creciendo entre los dos.

—Haré lo que pueda —musitó, acercando su boca.

Jessica abrió los labios y se besaron con anhelo, con deseo, mientras se acariciaban por debajo del agua. Ryan deslizó las manos por sus muslos hasta encontrar la húmeda cueva que buscaba y empezó a acariciarla íntimamente con un dedo.

Ryan detuvo la caricia antes de que ella llegara al final y la miró a los ojos.

—Cásate conmigo.

El rostro de Jessica era el más hermoso que había visto nunca, colorada de pasión, con los ojos cerrados...

—Es posible —murmuró ella, pasándose la lengua por los labios—. Pero tendrás que ser más persuasivo.

El hombre la sujetó por la cintura y la colocó directamente sobre su erección. Ella gimió, temblando, mientras con una desesperante lentitud, Ryan la penetraba hasta estar enterrado en ella.

Jessica empezó a moverse, intentando llegar al orgasmo. Pero Ryan la detuvo, respirando agitadamente.

—Antes de que te aproveches de mí, necesito una respuesta —musitó con voz ronca, inflamada de deseo. Y de pura adoración—. Sé mi esposa, Jessica. Mi amante, mi mejor amiga.

Ella capturó la cara del hombre que amaba entre las manos para mirarlo a los ojos.

—Sí. Seré todo eso para ti... tu mujer, tu amante, tu amiga.

—Me alegra saber que no he perdido mi encanto —sonrió Ryan.

—Considerando los años que nos quedan por delante, yo me encargaré de que no pierdas la práctica.

Ryan no dudaba que sería así.

Y mientras la seducía y ella se abandonaba, supo que era un hombre de suerte.

Fin